TERCERA EDICION



Prólogo: CLAUDIO TAMBURRINI

DEPORTE, DESAPARECIDOS Y DICTADURA

TERCERA EDICIÓN

Gustavo Veiga



Veiga, Gustavo

Deporte, desaparecidos y dictadura / Gustavo Veiga. - 3a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Alarco Ediciones, 2019. 192 p. ; 20×14 cm.

ISBN 978-987-1367-78-8

1. Deporte. 2. Dictadura. 3. Desaparecidos. I. Título. CDD 323.044

Ediciones Al Arco: www.librosalarco.com.ar e-mail: contacto@librosalarco.com.ar

Diseño de tapa e interior: Ana Paoletti. e-mail: anapaoletti@gmail.com

Fotos de tapa (de izq a derecha, de arriba a abajo): Daniel Schapira (tenis), Osvaldo Víctor Mantello (rugby), Abigail Attademo (rugby), Gustavo Bruzzone (ajedrez), Silvina Parodi (natación), José Rafael Jasminoy (rugby), Marcos Alberto Luque (rugby), Julio Genoud (básquet), Ileana Esther Gómez (natación), Enrique Barry (rugby), Adriana Acosta (hockey), Rodolfo Walsh (ajedrez), Gabriel Dunayevich (rugby), Claudio Ferraris (waterpolo), Gustavo Lafleur (rugby), Hugo Alberto Megna (rugby), Julio Gerardo Poce (rugby), Ricardo César Poce (rugby), Alicia Alfonsín (básquet), Rodolfo Ratti (rugby), Patricia Roisinblit (tenis de mesa), Pablo Steimberg (rugby), Luis Zukerfeld (ajedrez), Ignacio Manuel Cisneros (fútbol), Daniel Omar Favero (fútbol), Gisela Tenembaum (natación), Eduardo Requena (fútbol), Enrique Walker (rugby), Alicia Rabinovich (pelota al cesto), Ricardo Leandro Tissera (rugby), Miguel Sánchez (atletismo), Antonio Piovoso (fútbol), Carlos Rivada (fútbol)

A los deportistas desaparecidos y en ellos, a los 30.000. Al Vasco Urzagasti (in memorian) y Martín, dos amigos entrañables cruzados por historias parecidas.

AGRADECIMIENTOS

A Claudio Tamburrini, por el prólogo, y por mucho más que eso. Por su compromiso, militancia y serena sabiduría para explicar y compartir el pasado que sufrió en carne propia. A mis colegas y amigos Ezequiel Fernández Moores, Pablo Llonto, Carlos Prieto (in memorian), Claudio Gómez, Gustavo Ferradans, Claudio Cherep, Nicolás Lovaisa y Santiago Menichelli por sus textos, indispensables para completar este libro y que quedaron agrupados en el último capítulo bajo el título Historias compartidas. A Marcos González Cezer y Julio Boccalatte, que acompañaron desde Al Arco cada una de las tres ediciones del libro en 2006, 2010 y ahora, en su versión actualizada y definitiva.

A Claudio Morresi por la primera y la tercera edición y a Alejandro Rodríguez por la segunda, a Ariel Scher por el prólogo de la primera edición. A Carola Ochoa por su trabajo incansable para actualizar a cada momento la extensa lista de rugbiers desaparecidos. A Hugo Caric, Ernesto Rodríguez III, Emanuel Lovelli, Gastón Cigalino, Marcela Ceballos, Víctor Lupo, Coco Blaustein, Oscar Magnífico, Alejandro Fabbri, Oscar Barnade, Claudio Keblaitis, Mary Depetris, Susana Crosetto, Fernando Cuesta, Fernando Sandoval y Luis Abad por la mano extendida a último momento. A Angel Berlanga por los consejos. A Marisú Hernández por su apoyo a esta tercera edición. Pero sobre todo, a los familiares, amigos y compañeros de equipo de los atletas desaparecidos que recrearon cómo fueron sus historias de vida con infinitos testimonios, documentos, fotografías, filmaciones, cartas y has-

ta canciones, durante todos estos años. Incluidos los aportes que están en la miniserie basada en las historias de este libro.

A Ana Paoletti mención especial por su comprensión, su aguante y su diseño. Y a cada uno de los compañeros o amigos que aportaron un dato olvidado o la actualización necesaria cuando me desbordó la tarea de buscarle un nombre a una cara o una cara a un nombre. Había que darles visibilidad a historias de vida muy jóvenes que quedaron truncas. Completarlas con sus trayectorias deportivas y también con sus militancias. Creemos que en parte lo conseguimos.

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Ciertos hechos en una sociedad tienen tal trascendencia que se convierten en un hito histórico que determina un antes y un después. Tal punto de inflexión no es sólo temporal sino que indica sobre todo un momento de definición ética y social en el seno de una comunidad. El golpe de estado del 24 de marzo de 1976 es uno de esos hechos en la historia contemporánea de nuestro país. Esa alzada militar resultó, entre otras cosas, en la desaparición de miles de ciudadanos.

En la realidad política internacional, ha predominado anteriormente un modelo clásico para el tratamiento de estos hechos. Generalmente ha imperado la impunidad y el ocultamiento de lo sucedido. Durante las últimas décadas, sin embargo, ha comenzado a ganar terreno una nueva política para tratar crímenes de lesa humanidad. La comunidad internacional ha tomado cartas en el asunto, juzgando y condenando a notorios violadores de derechos humanos. En algunos casos, esta iniciativa fue incluso llevada adelante por tribunales nacionales.

La experiencia argentina ha sido en ese sentido pionera: desde el embrionario juicio a las juntas militares de 1985 hasta la reanudación de las causas por violaciones a los derechos humanos a partir de 2003, nuestro país ha sido consecuente y decidido en la afirmación de los valores del Estado de derecho y de la no-prescripción de los delitos de lesa humanidad. En 2019, la impunidad por este tipo de delitos ha perdido terreno a nivel mundial y nada indica que el procesamiento y castigo de violadores de derechos humanos no siga adquiriendo características aún más globales. Lamentablemente, este proceso en sí positivo no siempre ha sido acompañado del esclarecimiento de los hechos.

Nuevamente el caso argentino se torna aquí paradigmático: a pesar de las muchas - y justas - condenas a los responsables de la desaparición de miles de ciudadanos, cargamos todavía hoy con el déficit de no saber con la extensión deseable y necesaria quiénes fueron los cómplices civiles de la represión, la identidad de los niños apropiados que aún restan por encontrar y dónde se encuentran los restos de los desaparecidos. Nuestras instituciones y líderes políticos han sabido implementar el procesamiento y castigo de los responsables. Pero no han conseguido quebrar el pacto de silencio de los militares culpables para llegar a saber la verdad de lo sucedido.

En una democracia vital, cuando el poder no consigue resolver cuestiones elementales de convivencia cívica y reconstrucción del cuerpo social, prosperan en su reemplazo iniciativas privadas. Ya sea a título personal o en el ejercicio de su profesión, los ciudadanos comienzan a actuar a fin de llenar el vacío de conocimiento que las políticas fallidas del Estado no han conseguido cubrir.

El libro que Usted tiene ahora frente suyo, lector, es un ejemplo de esas iniciativas ciudadanas y profesionales. La investigación presentada en estas páginas nos narra la historia, hasta ahora desconocida, de decenas de deportistas de nuestro país que, paralelamente a su vida laboral, familiar y social, creían en un modelo de sociedad más justa que pretendían hacer realidad. Han pagado por ello un precio muy alto: su propia vida. Pero las páginas que está Usted ahora a punto de leer los ha librado de un destino, de ser posible, aún peor: el olvido.



Claudio Tamburrini en uno de los equipos de Almagro que integró en la década del 70

Mediante un trabajo periodístico metódico y consecuente, Gustavo Veiga ha ido desentrañando las tramas del ocultamiento que históricamente han rodeado hechos de esta naturaleza. Ejercitando el arte, la pasión y la ciencia del mejor periodismo investigador, el autor nos introduce a la vida que estos deportistas víctimas de la represión han vivido, sus pasiones, sus amores y sus temores. A través de estas páginas, le será posible al lector, si no saber a ciencia cierta, al menos imaginar las vidas que estos deportistas argentinos hubieran podido vivir, de no haber sido tronchadas por la barbarie y el terror. No han podido ser vidas reales a causa de su desaparición. Pero, gracias a la investigación de un periodista, se convierten aquí al menos en vidas posibles e imaginables que, al ser relatadas, superan las sombras del ocultamiento.

En ese sentido, no es este libro el resultado final de un proceso de investigación, ni tampoco un informe cerrado y definitivo sobre un período particularmente oscuro de nuestra historia reciente. Es, más bien, la continuación de una labor interminable cuyo horizonte sin duda se ampliará con el aporte de otros profesionales comprometidos con la tarea de esclarecer la verdad sobre los desaparecidos.

> Claudio Tamburrini Estocolmo, 3 de abril de 2019

PRÓLOGO A LA PRIMERA Y SEGUNDA EDICIÓN

Este es un libro hecho de huellas. Huellas: las de uno, dos, tres, muchos jugadores de rugby, que tuvieron coraje para hacer fuerza a favor de un equipo de quince y también a favor de una sociedad más justa; las de Miguel Sánchez, que pisó y pasó senderos con su tranco de atleta noble; las de Daniel Schapira, que marcó con risas y con raquetazos el mundo que cabe dentro de una cancha de tenis. Huellas: las de las víctimas de la última dictadura militar argentina. Huellas: las de los criminales de ese mismo tiempo. Huellas: las de una época que arrasó derechos y respetos, conciencias y respiraciones, ilusiones y existencias, una época que atacó el sentido de la condición humana. Huellas: huellas pequeñitas y huellas majestuosas, huellas repugnantes y huellas del honor, huellas del peor poder y también huellas del deporte.

Gustavo Veiga es un gran periodista y, por lo tanto, es un empecinado observador de huellas. En estas páginas se nota. Durante años, a la par que escribía semana a semana las alegrías y las miserias del espectáculo deportivo, investigó y contó cómo la dictadura, que no dejaba nada fuera de su alcance, también impactaba, por ejemplo, en las canchas. Si Veiga, persistente, inteligente, no hubiera rastreado las huellas del ex futbolista Juan de la Cruz Kairuz en el norte argentino, probablemente hoy no sería un dato público que ese hombre durante el día entrenaba y durante la noche reprimía.

Algo más: como este es un libro hecho de huellas, resulta más que un libro.

Es una demostración de que las huellas resisten: están ahí, esperando que alguien, como hizo Veiga, las perciba, las siga, las continúe, las sienta propias. Y debe ser también porque está hecho de huellas que este libro es un camino: las generaciones que vengan tendrán que recorrerlo para conocer qué cosa es el horror, cuánto importa no olvidarlo y cómo se manifiesta en el deporte, un escenario enorme para todos los procesos políticos y sociales.

Pero, fundamentalmente, todas estas huellas que Veiga buscó con el oficio y encontró con el alma constituyen un homenaje. Los homenajeados son miles y miles. Y están desaparecidos. Están desaparecidos pero están en este libro.

Están desaparecidos pero sobre todo están: en un partido, en una carrera, en una tribuna, en una emoción, en la vida. En donde sea están y van seguir estando, siempre hechos memoria, siempre un albergue de esperanzas. Y siempre vueltos una huella. Una huella que no se borra ni se borrará jamás.

Ariel Scher

PRESENTACIÓN DE LA TERCERA EDICIÓN

Pasaron nueve años desde la segunda edición y trece desde la primera. Deporte, Desaparecidos y Dictadura ha desbordado las expectativas que se propuso: ser un trabajo riguroso y sistémico en un campo disciplinar inabarcable, cubierto de historias dispersas y por lo tanto sujeto a revisiones periódicas, determinadas por su propia composición temática. El objetivo que se planteaba en 2006, después en 2010 y ahora en 2019 no cambió. Es homenajear a los atletas detenidos-desaparecidos, a quienes sus familiares siguen buscando sin saber dónde están 43 años después, a los que aparecieron gracias al formidable trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), o aquellos que fueron asesinados por grupos paraestatales como la Triple A o la CNU en los días previos al golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976.

Pero este libro se formuló también una meta más ambiciosa. Contextualizar los hechos que fueron la consecuencia de un plan sistemático de desapariciones forzadas, robos de identidad, de niños arrebatados a sus padres, de rapiña de sus bienes con una ingeniería sofisticada que hubieran envidiado Hitler o Goebbels. Lo ratifica el reciente descubrimiento de que Buenos Aires fue la sede operativa del Plan Cóndor. Consta en documentos desclasificados del Departamento de Estado de EE.UU como un Reporte de Información de Inteligencia de la CIA fechado el 16 de agosto de 1977. Por eso el boxeador uruguayo y campeón panamericano Gualberto Floreal García des-

apareció en la Argentina y fue asesinado después de ser trasladado a su país. Militaba en Tupamaros.

Su historia no estaba en las dos primeras ediciones del libro. Tampoco las del waterpolista Claudio Ferraris, el basquetbolista Jorge Daniel Toscano, el arquero Pedro *Paisano* Frías, el delantero Ernesto David Rojas y el ciclista Ismael Chukri. Alguna de ellas es inédita, se conoce por primera vez en este libro. La inclusión en la tercera edición nos reafirma la certeza de que habrá muchas más historias por escribirse. Porque los más de doscientos deportistas desaparecidos – y dejamos constancia de una cifra imprecisa para que quede abierta a futuras indagaciones – requerirían de una enciclopedia para completar sus vidas con algo más que sus nombres. Basta con poner un ejemplo: el esfuerzo encomiable de Carola Ochoa, una joven sanjuanina que tomó para sí la tarea de investigar y ordenar uno por uno los casos de jugadores de rugby desaparecidos. Son hasta hoy 152. Casi tres cuartas partes del total que tenemos. Sin su trabajo, este libro hubiera sido mucho más incompleto.

Deporte, Desaparecidos y Dictadura ha sido revisitado, actualizado, ampliado, reordenado y corregido porque así lo requería su temática. En esta edición – como dijimos – hay historias que no aparecieron en las anteriores y también otras de 2006 y 2010 que ahora salieron del libro. Juzgamos que quedaron superadas por hechos posteriores que modificaron su desenlace. Los socios honorarios de River, por ejemplo. Videla, Massera y Agosti habían recibido esa distinción del club el 13 de octubre de 1978. Ahora esa historia se llama River recobró la memoria. Porque el 24 de abril de 1997 los dio de baja de sus registros. Y esa situación apenas constaba en un par de líneas de las ediciones que precedieron a ésta.

Argentinos Juniors es otro club que exorcizó fantasmas de la dictadura. El genocida Suárez Mason lo había manejado a su antojo,

con los ex presidentes Próspero Consoli y Luis Segura como sus títeres. Pero en 2013 se descubrió una placa con los nombres y las fotografías de siete socios e hinchas desaparecidos: Américo Jorge Marchetti, Néstor Julio Sanmartino, Gregorio Nachman, Guillermo Moralli, Ernesto "Jaio" Szerszewicz, Héctor Horacio Moreira y el cineasta Raymundo Gleyzer. La Comisión por la Memoria y la Justicia de La Paternal y Villa Mitre y los Hinchas de Argentinos Juniors por la Memoria pusieron las cosas en su lugar.

También recobraron la memoria muchas instituciones deportivas por el compromiso militante de sus hinchas y socios. Hay ejemplos de sobra que se sintetizan en el nacimiento de la Coordinadora por los Derechos Humanos del Fútbol Argentino y en la restitución de su condición de socios a los detenidos-desaparecidos.

Los genocidas ya no gozan del honor conferido por dirigentes pusilánimes o cómplices. Muchas de sus víctimas, en cambio, recuperaron la parte deportiva de su identidad en un carnet. Aunque ante todo eran militantes. Y no por eso dejaron de estudiar y trabajar. También se enamoraron, crearon una familia, tuvieron hijos y practicaron un deporte. Se completa así un aspecto relevante de sus vidas. Eran jóvenes que se entrenaban día a día para progresar en sus distintas disciplinas, que amaban los colores de su equipo, que los representaron en su infancia o adolescencia. Hoy tienen su nombre en una calle, una cancha de hockey sintético, una plaqueta o una tribuna. Atletas, pero también hinchas y socios de sus clubes que integran una nómina extensa. Qué homenaje más entrañable que ése podía concedérseles.

Gustavo Veiga

CAPÍTULO 1

LOS ATLETAS DESAPARECIDOS



La Plata Rugby. M. Montequín, O. Pascua y S. Sánchez Viamonte siguen desaparecidos.

LA CNU FUSILA A RANGA ROJAS

La noche del 4 de septiembre de 1970 no fue una noche más para Ernesto David Rojas. Sus amigos le decían Ranga y estuvieron pendientes de él. En Chile, ese mismo día Salvador Allende iniciaba su camino hacia el socialismo en democracia. Se imponía de manera reñida en las elecciones a Jorge Alessandri, aunque en Jujuy la atención estaba puesta en la Bombonera. Gimnasia jugaba su primer partido de la historia por un torneo de la AFA: el Nacional. Boca le

haría sentir el peso de su poderío y la condición de local. Le ganó 3 a 1 y tres meses después se consagraría campeón con José María Silvero como director técnico. Ese viernes de asombro en el gran estadio, Ranga, bajito y delgado, fue titular en el Lobo jujeño como wing izquierdo. Igual que en el último partido del torneo Regional que le había dado el ascenso al equipo contra Patronato de Paraná. Pero con la diferencia de que aquella tarde marcó un gol que se festejó en toda la provincia.

Después de esa victoria, el plantel se reunió en el barrio La Viña para celebrarlo hasta la madrugada. Aquel momento cumbre en la historia del fútbol jujeño, quedó eternizado en la esquina de Rivadavia y 18 de noviembre del barrio Sarmiento. Ahí se conserva desde hace décadas un mural que hizo perdurar la hazaña y que con el tiempo transformó al lugar en un centro de peregrinación futbolera. Es el principal punto de atracción del restorán que en esa esquina atiende Daniel Quevedo, el autor de otro gol en aquel encuentro contra los entrerrianos (el 3 a 1 lo completó Luis Siacia). Ranguita y sus compañeros quedaron retratados para la posteridad.

"Fue así que los equipos grandes de Buenos Aires tuvieron que venir a jugar a Jujuy por los puntos y ya no por mera visita en las fechas patrias de aquella época" dice la crónica del sitio Jujuy al momento que evoca la consecuencia deseada de aquel triunfo contra Patronato logrado el 17 de agosto del '70. Ranga Rojas tenía 24 años. Había nacido el 21 de marzo de 1946. Pero tres días antes de que cumpliera los 30 y cuando ya estudiaba abogacía en la Universidad de Tucumán, el 18 de marzo de 1976 su vida ya no sería una vida porque la Concentración Nacional Universitaria (CNU), un sucedáneo de la Triple A, lo decidió así.

El futbolista de Gimnasia ya no estaba en su San Salvador de Jujuy, sino a 1.550 kilómetros de distancia, en la morgue judicial de La Plata. Jesús Oscar Arabel, el padre de sus amigos, los hermanos Gerardo y Raúl –también asesinados por una patota de civiles que no escatimó balas para ellos – tuvo que identificar el cuerpo de los tres jóvenes jujeños. Había un cadáver más, el de Eduardo Julio Giaccio fusilado en el mismo camino vecinal sin nombre de la localidad de Gutiérrez, partido de Berazategui. Lidia –la mamá de los Arabel – y su esposo Jesús habían viajado antes del cuádruple homicidio para visitar a sus dos hijos. Pero se los devolvieron en un cajón.

Pregón de San Salvador tituló la noticia el 20 de marzo del 76: "Tres estudiantes universitarios jujeños cayeron víctimas de la violencia subversiva en La Plata". La causa que se generó y llevó adelante el juez Carlos Ramón de la Colina aporta datos concretos sobre los últimos momentos de Rojas. Había viajado a La Plata para acompañar a los Arabel, que estudiaban la carrera de Medicina y trabajaban en el hipódromo de La Plata. Tenía que operarse de una lesión de rodilla con el doctor Miguel Fernández Schnoor -célebre médico del plantel de Independiente- y coincidió con ellos la noche de su secuestro y asesinato. Los tres fueron llevados desde un departamento en la calle 61, nº 229 de la capital bonaerense, donde había dos compañeras más de la Facultad. A ellas las dejaron irse. Pero a los hombres les ataron las manos por la espalda y se los llevaron en la noche del 17 al 18 de marzo a la madrugada. Según la instrucción, Ranga se resistió a que lo metieran en el baúl de un Ford Falcón -el vehículo arquetípico de la represión ilegal- y habría sido muerto en el acto. El parte policial firmado por el comisario inspector de la Bonaerense, Francisco Wojciekian, decía que la patota utilizó armas calibre 45, 11.25 y escopetas Itaca.

Cuando el cuerpo del futbolista fue encontrado en Gutiérrez, presentaba según el informe forense "múltiples perforaciones de arma de fuego que le han ocasionado lesiones incompatibles con la vida". Hay otros detalles que por truculentos no merecen mencionarse. Están en las pericias médicas y las fotografías del expediente radicado en el Juzgado Federal 3 de La Plata que investiga los cuatro asesinatos de la patota paramilitar de la CNU en esa ciudad, 43 años más tarde. Sus integrantes más notorios, Carlos *el Indio* Castillo y Juan Jo-

sé *Pipi* Pomares, tuvieron suerte distinta en otros juicios por delitos de lesa humanidad. El primero fue condenado a prisión perpetua y el segundo absuelto en noviembre de 2017.

Un día antes del golpe de estado del '76, el martes 23 de marzo, los restos de Ernesto Rojas y los hermanos Arabel llegaron a Jujuy en medio de una multitud que los fue a recibir. María Angélica, la hermana del futbolista que lo sobrevive hasta hoy, estaba en el cementerio del Salvador. Ranga, que también trabajaba en la policía de la provincia, apareció mencionado en casi una docena de avisos fúnebres del diario local. Su club, Gimnasia y Esgrima, "participa el fallecimiento de su ex jugador e invita a todos sus asociados y simpatizantes al sepelio de sus restos", decía el texto acompañado por su fotografía de saco y corbata (la única que se conoce de él). También sus muchos amigos dejaron condolencias públicas: el Negro Calvetti, Chueco Ojeda, Gallo Cáceres, Gato Alvarez, Cóndor Chagra, Chingolo Di Pietro y Hugo Conde más otro grupo de la pizzería Belgrano. Sus compañeros de la promoción 1965 de la Escuela Normal mixta. Su novia Nelly Menéndez. Su cuñado y sus sobrinos.

Aquel futbolista que con sus compañeros habían llevado a Gimnasia al torneo Nacional regresaba seis años después a su provincia envuelto en una mortaja. En ninguno de los testimonios conocidos hasta hoy o en la instrucción de la causa judicial se le atribuye militancia como a los hermanos Arabel, del peronismo de izquierda. Lo confirma Angel Chingolo Di Pietro, uno de sus grandes amigos: "Se lo aseguro, Ranga no militaba. Yo era amigo de los Arabel que sí participaban. Los presenté a ellos tres". También ratifica la no militancia de Rojas el libro de Reynaldo Castro *Con vida los llevaron* (memoria de madres y familiares de detenidos-desaparecidos de San Salvador de Jujuy) publicado por la editorial La Rosa Blindada en 2004.

En él se explica que los hermanos Gerardo y Raúl Arabel de 26 y 24 años, respectivamente "estudiaban Medicina en la Universidad Nacional de La Plata, eran militantes comprometidos. A mediados de

marzo, se reunieron en Tucumán con Ernesto David "Ranga" Rojas (29 años) -conocido futbolista de Jujuy que integraba un equipo profesional tucumano- quien no tenía ningún interés por la política. Debido a que el jugador iba a operarse una rodilla en la capital de la provincia de Buenos Aires, aceptó la invitación de los hermanos y partió con ellos". Se acercaba el final.

Rojas jugó diez partidos en aquel campeonato Nacional de 1970 donde debutó Gimnasia entre los equipos profesionales de la AFA. Le tocó ser titular en aquella noche de la Bombonera del 3 a 1. El técnico Marcial Acosta lo reemplazó cuando terminó el primer tiempo, pero después jugó nueve partidos más de ese torneo corto. Dos los completó, fue sustituido en tres y como suplente ingresó en otros cuatro. No pudo convertir goles, aunque ya había hecho el último del 3-1 a Patronato en la final del Regional para clasificar a aquel Nacional de 1970.

Su equipo terminó noveno entre diez en su zona, pero él ya había disfrutado del ascenso. Sobre todo, por compartir el juego con compañeros que se destacarían también en otros equipos. Como Daniel Quevedo que pasó a Lanús y fue figura en Peñarol de Montevideo o René Taritolay, quien siguió su carrera en Ferro y Vélez.

El rastro futbolístico del delantero jujeño se perdió en Tucumán. Después de abandonar Gimnasia se fue a jugar a Central Norte de aquella provincia que no debe confundirse con el club homónimo de Salta. "De ahí pasó a Atlético Tucumán en 1972 y salió campeón de la liga local después de varios años sin títulos, pero se lesionó mal. Ranga estudiaba al mismo tiempo abogacía en la universidad tucumana. Él era una excelente persona y muy buen amigo. Creo que jugó hasta el 74 y si no me equivoco también lo hizo en All Boys de Tucumán" recuerda Di Pietro. En Atlético, uno de los dos grandes tucumanos, no llegó a integrar el plantel en el campeonato Nacional de 1973. Hubiera sido su segunda participación en el fútbol grande de la AFA. Rojas estuvo todo el año lesionado. Una ro-

dilla lo tenía a maltraer. Cuando viajó con los Arabel a La Plata "su idea era que lo operara Fernández Schnoor en Buenos Aires", cuenta Chingolo Di Pietro, el amigo jujeño que turbado por la noticia de su asesinato abandonó los estudios.

Junto a Antonio Piovoso, el arquero de Gimnasia y Esgrima La Plata que jugó tres partidos en el campeonato Metropolitano de 1973, Ranga es uno de los dos futbolistas víctimas del terrorismo de Estado que llegaron a Primera en un torneo profesional de la AFA. El platense continúa desaparecido. A Rojas lo asesinó la CNU seis días antes de que la dictadura genocida diera el golpe del 24 de marzo del 76. Fue un preludio de lo que vendría.

G.V.

(Abril de 2019, texto inédito)

LA PLATA, UN CLUB DIEZMADO

El necesario ejercicio de robustecer la memoria debe hacerse desde cualquier ámbito. En la educación, en la actividad política, en los organismos de derechos humanos y hasta en el deporte. Reconstruir una historia que tiene piezas dispersas, es parte de esa apasionante tarea. Una historia que, en este caso, contiene más de una pregunta inquietante: ¿Por qué la dictadura hizo desaparecer o asesinó a una generación de jugadores del club de rugby La Plata? ¿Qué unía a esos jóvenes, además del amor por una camiseta? ¿Por qué los hechos no han sido difundidos lo suficiente?

Cinco seres sacudidos por un mismo dolor - tres hijos, un hermano y un compañero de equipo - aceptaron unir los fragmentos de esta saga trágica y matizada de olvidos. Quebrados por el llanto e indignados por lo que pasó, ellos reivindican hoy los ideales de un mundo mejor que enarbolaban sus familiares y amigos.

Verónica Sánchez Viamonte es la hija de Santiago, el "Chueco", acaso el mejor jugador de todas las épocas que pasó por la institución de Gonnet, fundada el 20 de marzo de 1934. Diego Sánchez Viamonte es uno de los hermanos menores de ese destacado rugbier, desaparecido porque militaba en el PCML, el pequeño Partido Comunista Marxista Leninista de los años '70. Ana y Pablo son los hijos de Pablo Balut, otro integrante de aquel plantel de Primera y también sobrinos de Mariano Montequín, el capitán del equipo, ambos secuestrados por los grupos de tareas. El arquitecto Raúl Barandiarán era compañero de todos ellos y amigo íntimo de Otilio Pascua, muerto de varios balazos en uno de los tantos enfrentamientos fraguados por los militares.

Durante tres horas, en una tarde apacible y fértil como pocas en evocaciones, transcurrió la entrevista a quienes apenas conocieron a sus padres –como Verónica, Ana y Pablo– a alguien que, además del rugby, compartió con ellos el compromiso solidario de esa generación –como Barandiarán– o las travesuras de la infancia y adolescencia, como Diego Sánchez Viamonte.

-¿Por qué, hasta donde pudimos contar, hubo diecisiete (1) desaparecidos o asesinados por razones políticas en el club La Plata?

Barandiarán responde: "No puedo explicarlo racionalmente. Pero siempre me pregunto por qué fue el único club que sufrió esto, en un porcentaje mayor que otros. Cuando nosotros empezamos a jugar en los años sesenta y pico, éramos egresados del Colegio Nacional, que depende de la Universidad de La Plata. Y entre los jugadores desaparecidos creo que no hay estudiantes de escuelas privadas. Nosotros crecimos en la educación pública. Después fuimos a las facultades del estado. Todos militábamos. Y en el club nunca nos preguntaron qué hacíamos nosotros. Nunca nos discriminaron. Acá están las fotos de todos, pero en otros clubes de La Plata no están las

⁽¹⁾ La lista actualizada de desaparecidos del club es de veinte. Con motivo del trigésimo aniversario del golpe del'76, La Plata Rugby decidió hacerles un homenaje.

imágenes de los desaparecidos".

¿De qué manera se habían acercado a la militancia política? es una pregunta que a Barandiarán, ex jugador, entrenador y dirigente del La Plata Rugby Club, le permite explayarse en la descripción de su generación:

"Todos los que estudiábamos en la Universidad de La Plata teníamos un alto grado de compromiso con lo que pasaba. Cuando volvió Perón, estábamos cenando y definiendo si íbamos a Ezeiza, la noche previa al 20 de junio de 1973. Y ya jugábamos todos en Primera. Esas discusiones se daban naturalmente, aunque después, los que no éramos peronistas decidimos no ir. Hasta que llegó un punto de inflexión que es la gira del '75. Los que optamos por viajar nos salvamos y los que no, no pudieron. Digo esto porque tuvimos cuarenta días para repensar algunas cosas. Nos alejamos de la militancia y lo digo siempre: me siento con culpa, porque estamos vivos. Hubo una asamblea de jugadores para decidir si íbamos a Europa. Santiago (por Sánchez Viamonte) no viajó por ella –señala a Verónica– y Otilio (por Pascua) tampoco, porque ya tenía al padre muy enfermo".

El "Chueco"

Diego Sánchez Viamonte no supera un par de frases antes de emocionarse y ponerse a llorar. Con la voz quebrada por la evocación de su hermano Santiago, comienza a recordarlo: "Iba al frente, tenía audacia. Yo soy cuatro años menor y él cumplía el rol de hermano mayor, aunque en realidad era el segundo. Un poco por mandato de mis padres, que se habían separado cuando nosotros éramos chicos. El mayor sufría una discapacidad física y falleció en un accidente automovilístico. Santiago, Gonzalo, Carloncho y yo, cuatro de los cinco varones, jugamos en el club".

Diego es veterinario, el cuarto de los seis hermanos Sánchez Viamonte y apenas alcanza a contar que jugó "algún partido en la Superior". En cambio, Santiago, el "Chueco", integró durante casi tres

años el plantel de Primera División. "Cuando aparece un pibe con perfil de crack, se dice que juega tan bien como el Chueco. El parámetro es él. Dejó una huella. Era medio scrum, apertura, insider, jugaba de cualquier cosa. Porque con tres años en el club podría haber pasado sin pena ni gloria, pero no... A mí me da un poco de vergüenza decirlo porque es mi hermano. Acá lo reivindican igual los que no compartían sus ideas".

- -¿Qué recuerdo tiene de su militancia política?
- D. Sánchez Viamonte: "En aquella época, la militancia era clandestina. Yo no militaba, pero alguna vez le di una mano, como "levantar" una casa, por ejemplo. Fui y le saqué los muebles. O cada tanto, venía un compañero de él y me decía: fulano de tal pasará a buscar un televisor. Santiago me reclamaba: 'vos sabés que pasa esto, ¿cómo no militás?'. Yo sólo participaba solidariamente, le hacía gauchadas…"
 - -¿Siempre participó en el PCML?
- D. Sánchez Viamonte: "Creo que sí, Aunque vos, Raúl, ¿por ahí lo sabés mejor que yo?".

Barandiarán: "Jamás militó en el peronismo, de eso estoy seguro", sonríe su ex compañero en el Seven campeón de 1974, disputado en el club DAOM.

Otilio

Barandiarán jugó al rugby en La Plata hasta 1978 y tiene un hermano, Mario, que integró el cuerpo técnico de Los Pumas. Su amigo, Otilio Pascua, un empleado de la Municipalidad de La Plata y estudiante de arquitectura, ya conocía lo que era la represión ilegal antes del golpe del 24 de marzo de 1976. "El 23 de diciembre de 1975, el ejército le revienta la casa y, él se salvó, porque en ese momento estaba festejando con el Chueco y conmigo la navidad".

-¿Qué más puede contar sobre Pascua?

"Fue mi íntimo amigo, éramos como hermanos. En la facultad

nos decían Bochini y Bertoni. Otilio había jugado antes al rugby en Universitario de La Plata, un club vecino, pero muy poquito. Él está sepultado en el panteón de los periodistas, porque su papá era un periodista de la agencia Télam".

Pablo Balut: "Sí, me acabo de acordar una cosa. A Otilio lo asesinaron. Su cuerpo apareció..."

En efecto, a Pascua lo encontraron en una bajante del Río Luján, con las manos atadas a la espalda y una pesa en los pies. Su familia se enteró después que el cadáver había permanecido como un mes en el agua, junto al cuerpo de una mujer.

Hernán

"A mí, un tipo conocido del rugby, pero de otro club, me agarró un día en 8 y 48 de La Plata y me dijo: de los veinticuatro tiros, uno fue para él y los otros veintitrés para ustedes".

El arquitecto Barandiarán, tan locuaz como memorioso, se refiere a Hernán Roca, el primer asesinado del club, en abril de 1975. "Lo de Hernán fue como un bombazo, porque era un jugador vigente, de la Primera, que un día estaba y al otro día lo mataron", completa Diego Sánchez Viamonte.

"Nosotros esa semana llegamos de Europa y el club nos dio la libertad de tomar una decisión, porque a la semana siguiente comenzábamos el campeonato contra Champagnat, que nos ofreció postergar el partido. Pero decidimos jugarlo en honor a Hernán y el minuto de silencio duró diez. Cuando empezamos, estábamos como unos indios y ganamos con trece jugadores porque el hooker se lesionó rápidamente y después se quebró la tibia y el peroné otro compañero. En esa época jugábamos en Primera..." describe el más veterano del grupo.

Pablo Balut recuerda cómo pesó aquella muerte en el espíritu de su padre: "Yo sé que mi papá comenzó a militar por lo que le pasó a Hernán Roca. Fue como un click que le hizo en la cabeza".

Mariano y Pablo

"A mi tío Mariano lo secuestraron en la Capital Federal y a mi papá en Mar del Plata..." cuenta Pablo, quien milita en H.I.J.O.S de La Plata, como lo hizo en otra etapa su hermana Ana. Ciertos detalles de la desaparición de su padre, los consiguió recrear a través de testimonios recogidos en su familia.

"Se dieron cuenta que había pasado algo raro con mi viejo cuando el 26 de octubre no llamó para mi cumpleaños. Era muy extraño que no me saludara. A él lo habían secuestrado el 24 y ése fue el disparador que los llevó a sospechar. Yo cumplía cuatro y nosotros estábamos en La Plata", asegura. Ana, su hermana, señala otro hecho que sorprende a los demás: "Un dato interesante es que mi mamá estuvo presa. Y mi vieja no militaba. Yo no sé bien en qué fecha fue, pero me aseguró que no militaba". Diana Inés Montequín se entregó en el Regimiento 7 de La Plata, fue sometida a una parodia de juicio, sobreseída más tarde y liberada.

"Cuando secuestraron a mi viejo, los militares tenían contactos con la familia. Lo hacían para obtener más información. O para venderle información trucha. Iban al negocio de mi abuelo y le pedían plata o vinos a cambio de ciertos datos. Hasta pusieron a trabajar a una persona en su negocio. Ese era la forma en que manejaban la situación", agrega Pablo.

Mariano Montequín y Pablo Balut (p) eran cuñados, como también hijos de conocidos comerciantes platenses de indumentaria. Además, no tenían antecedentes de militantes en la familia. El primero fue secuestrado el 6 de diciembre de 1977 en la Capital Federal por un grupo de tareas. Desapareció junto con su pareja, Patricia Villar, y Virginia Casalaz, quienes continúan en esa condición hasta hoy.

"Una de las preguntas más interesantes que debería hacerse es, cómo este grupo en el que estaban Santiago, Otilio, mi viejo y mi tío, llegó a militar en una organización marxista leninista", se interroga Pablo, quien en H.I.J.O.S propicia una investigación histórica sobre el PCML.

Operativo en Mar del Plata

Verónica Sánchez Viamonte tiene los ojos de un azul profundo como su hija Emilia, la nieta del "Chueco". Cuando la marina secuestró a sus padres, Santiago y Cecilia Eguía – la hija de un ex presidente de La Plata Rugby Club–, ella tenía apenas tres años y su hermana menor, dos.

Luego de que Pablo Balut aportara el dato de dónde vivía su padre con el matrimonio Sánchez Viamonte y Otilio Pascua –en la calle Corrientes 2732, de Mar del Plata–, Verónica repite la trágica historia que debe haber explicado decenas de veces: "A mí me contaron que ese día estaban todos juntos almorzando, menos Otilio, que había salido a comprar papas. Fue cuando apareció un grupo de civil que le preguntó a la portera del edificio si los conocía. Como la encargada tenía buena relación con mis viejos y los demás, les dijo: viven en tal piso. Entonces se quedaron esperando al que había ido de compras y se llevaron a todos. Incluso había más gente que papá, mamá, el viejo de ellos (por Balut) y Pascua". Corría el 24 de octubre de 1977.

Pablo y el arquitecto Barandiarán mantienen una discusión no saldada sobre cómo inició su militancia el grupo integrado por Sánchez Viamonte, Montequín, Balut, Pascua y Roca, entre otros. Pero los dos coinciden –y Diego, Verónica y Ana asienten– en que los desaparecidos del club La Plata eran muy buena gente y que su compromiso con la sociedad en que les tocó vivir, debería ser reivindicado.

"No creo que haya una mancha que pueda encontrárseles. Por eso, en el club se los respeta y nadie va a ocultar quiénes eran. La Plata reivindica a todos..." sostiene Barandiarán. Ana Balut lo interrumpe para decir que, quizá, haya un reconocimiento de los antiguos compañeros del grupo, "pero no sé si del club como institución". Y Pablo

cierra la enésima ronda de testimonios con una reflexión que pretende ir más allá, como él mismo dice, de "si fueron buenos tipos, buenos jugadores o militantes de una época lejana".

"Reivindicamos su lucha – afirma – porque es una lucha que está vigente. Dentro de nuestro país hay gente que se sigue muriendo de hambre. Acá cerca de las canchas de rugby, tenés una villa miseria ahí, otra más allá. Las cuestiones fundamentales por las que pelearon nuestros viejos hoy continúan. ¿Qué los llevó a pibes de clase media, media alta, a jugadores de rugby, a ser parte de organizaciones revolucionarias? es la pregunta que yo me hago. Eran cinco jugadores de Primera División, pero todavía no se los recordó en ningún partido".

G.V.

(Página 12, 26 de marzo de 2006)

EL PRIMERO DE UNA LISTA DE VEINTE

Como buen medio scrum, Hernán Rocca clarificaba el juego en cada palomita. Sus brazos estirados acompañaban la pelota mientras se suspendía en el aire. La típica postal del rugby. Se lo ve en las fotos que atesora su familia y en el diario personal que llevaba con puntillosa prolijidad junto a su novia Ana. Su equipo era La Plata, campeón de Ascenso en 1972 y ganador del tradicional Seven nocturno de DAOM en 1973. Convocado a los Pumitas, titular indiscutido en su club, estudiante de Medicina y militante de la Juventud Universitaria peronista (JUP), lo mató un grupo parapolicial un viernes santo, nada santo, de 1975. Preanuncio de lo que vendría, su crimen fue el primero de una larga lista que sufrió el deporte de la ovalada, y en particular, La Plata Rugby. Después de Rocca, durante la dictadura desaparecieron dieciséis jugadores que habían sido sus compañeros o pasaron por el club antes que él.

El diario de Hernán es un documento histórico de los 70, una referencia ineludible del rugby de esa época. El medio scrum jugó contra los mejores y lo documentó con bastantes detalles. Entre 1968 y 1974 juntó y editó con criterio periodístico los momentos fundamentales que vivió adentro y afuera de una cancha. Como unas vacaciones del 71 en que combinó el descanso y su pasión por el rugby: "... Año 1971, 4ª A, en verano fui con mi familia a Mar del Plata, allí jugué el seven a side de verano, conseguimos llegar a la semifinal, a pesar de jugar con una banda (Barandiarán, Larraín, Herrero, Sánchez Viamonte, Rocca –se menciona en tercera persona–, Rojas, Maiztegui, Montequín)..."

De ese cuaderno de bitácora, también surge que hace cuarenta años, integró el equipo que logró volver a Primera. Esa formación que le ganó a Hurling como visitante y se aseguró el Ascenso, tenía entre sus titulares, además de Rocca, a Santiago Sánchez Viamonte, Pablo Balut, Otilio Pascua y Mariano Montequín, todos detenidos desaparecidos. Escribió Rocca en su diario encarpetado con hojas Rivadavia: "Lunes 21 de Agosto de 1972, Retorno a primera: Misión Cumplida!! (Hurling 0, La Plata 9)".

También se lee en el recorte del diario El Día de aquella fecha: "Concluido el encuentro, un nutrido grupo de adictos a la escuadra amarilla festejó con bombos y matracas el anhelado galardón. También enarbolaron una bandera". Tres semanas después, el 10 de septiembre del 72, La Plata le ganaba su último partido a un club que no existe más: YPF. Rocca y sus compañeros volvían a Primera luego del descenso de 1971.

El diario sigue: "...1973: 1er Partido en Primera División: Banco Nación 25, La Plata 23 (debió ser empate)". Una gloria del rugby nacional jugó aquella tarde para el equipo bancario: Hugo Porta. Marcó tres tries. La pareja de medios de La Plata la integraron Rocca y Sánchez Viamonte. Todos coinciden en que Santiago, un militante del Partido Comunista Marxista Leninista, era el jugador más destacado

de La Plata. Montequín, segunda línea que también pertenecía al PCML, completó en ese encuentro la formación de rugbiers que están desaparecidos.

Los resultados de cada partido continúan en la pluma de Rocca: "25 de junio de 1973, La Plata 7 - Pueyrredón 28. Lunes 2 de Julio de 1973, La Plata 16, San Martín 4. Domingo 8 de julio de 1973, La Plata 13, Deportiva Francesa 15. 23 de julio de 1973, La Plata pierde ante Hindú 15 a 19. Domingo 9 de Septiembre de 1973, La Plata 12, CASI 11". En ese último juego, disputado dos días antes del golpe que derrocó a Salvador Allende en Chile, Pascua marcó un drop y convirtió un try. La victoria como visitante fue titulada por La Gaceta: "La Plata dio la nota al derrotar al CASI".

Además de los resonantes éxitos contra el club de San Isidro y Pucará (9 a 7) en el Torneo Superior, el año 1973 les deparó a los platenses una alegría mayúscula en el seven nocturno de DAOM. Raúl Barandiarán, un sobreviviente de los 70, protagonista de aquellos partidos y compañero de los jugadores desaparecidos, suele contar que ciertos rivales se preguntaban cómo La Plata no conseguía destacarse en el rugby de quince teniendo en cuenta que en la modalidad de seven era muy fuerte.

Rocca destaca en el diario a ese equipo: "...La Plata campeón del seven a side de Daom, 21 de Octubre de 1973, derrotando a San Isidro por 16 tantos contra 0: "amarillo lindo color, a-ma-rillo... lindocolor... a-ma-rillo... lindocolor, atronaba la tribuna partidaria poniendo en la noche templada una nota distinta. Formación: Copello, G.Sánchez Viamonte, S. Sánchez Viamonte y H. Rocca, M. Mendy, M. Montequín y R. Barandiarán: Suplentes: Santander, Pascua, J. Mendy (revista de la UAR, 1973)".

La dimensión de la victoria en el seven nocturno está dada por los rivales que enfrentaron en la final. En el San Isidro Club jugaban González Victorica, Soares Gache, Alcacer y Lucke, figuras del equipo que ganó el torneo superior de la UAR en el 73 y que venía de ser cam-

peón tres años consecutivos (1970,71 y 72).

Araceli, una de las hermanas de Hernán Rocca, escribió el 27 de agosto pasado en la revista oficial del club: "...en su vida mostraron lo mismo que en el juego: espíritu de lucha, solidaridad, esfuerzo, espíritu de equipo alejado de todo individualismo (como les decía Pady Wilkinson, según el diario deportivo de Hernán que quedó en casa)". Su familia conserva ese documento que ilustra con esmero la trayectoria de un deportista asesinado por las bandas de ultraderecha prohijadas por el gobierno de Isabel Perón y José López Rega.

Rocca murió cuando sus compañeros del plantel de La Plata estaban de gira por Europa. No viajó porque tenía que rendir una materia de Medicina. El 28 de marzo del 75, después de aprobar el examen, se entrenó y llevó a su novia hasta la casa. Fue sorprendido por la patota cuando conducía el auto de su padre Ebert. Esta cronología la narra en su recomendable blog de poesía Los detectives salvajes, Julián Axat, hijo de otro rugbier de La Plata desaparecido, Rodolfo Axat.

"Encontraron muerto a tiros a un estudiante de medicina en la ruta 11, en Villa Ponsati", tituló un diario platense de aquella época. El juez en lo Penal que tomó el caso se autolimitó en la investigación y les sugirió a los padres de Hernán que desistieran de buscarlo "por la posibilidad de que el resto de la familia corriera riesgo de muerte", según un escrito judicial que presentaron los hermanos Araceli, María Antonia y Marcelo Rocca en la Justicia Federal de La Plata el 1º de septiembre de 2006. Los tres y su madre Martina esperan que se haga justicia desde hace 37 años.

G.V.

(Página 12, 2 de octubre de 2012)

EN EL NOMBRE DEL PADRE

Julián tiene 34 años y dice que es mayor que su papá. Rodolfo o Fel, como gusta llamarlo, andaba por los 30 cuando lo secuestró un grupo de tareas junto a su mamá. Jugaba, como él también jugó, en La Plata Rugby Club y egresó del mismo colegio, el Nacional Rafael Hernández, de 1 y 49. Julián acaba de descubrir una placa que perpetuará su apellido, como ya pasó con otros apellidos. Dice: "Aula Rodolfo Jorge Axat-Víctima del terrorismo de Estado". Cuando desapareció en el centro clandestino de detención La Cacha, Fel animaba a sus compañeros tabicados cantándoles una canción de Domenico Modugno: "El hombre en frac". Curiosidad azarosa o destino premeditado, qué importa, "lo mejor es que sin saberlo, y ¡por pura casualidad!, el aula de mi papá es el Salón de Música del colegio", cuenta asombrado Julián. Desde septiembre de 2004, el "Nacio", como lo llaman sus docentes y alumnos con afecto, repite esta clase de homenajes entre los 96 estudiantes desaparecidos por la última dictadura cívico-militar o asesinados por la Triple A. Fernando Cordero, Marcelo Bettini, Eduardo Navajas Jáuregui, Santiago Sánchez Viamonte, Alfredo Reboredo y Mario Mercader completan el imaginario equipo de seven con sus nombres grabados en seis aulas distintas. Todos lucieron con orgullo la camiseta amarilla del club de Gonnet.

El jueves pasado, Julián, su tío Raúl, las infaltables madres de los pañuelos blancos, un par de compañeros de estudios y rugby de Fel, Alberto "Naka" Pérez Alzueta, Eduardo Bustillo, Ricardo "Tite" Elicabe y Carlos "El Flaco" Carrera, la rectora del Colegio Nacional, María José Arias Mercader y militantes de La Cámpora, homenajearon al militante desaparecido el 12 de abril de 1977. Desde septiembre de 2004, el centenario instituto educativo que depende de la Universidad de La Plata (se fundó en 1885) les rinde tributo a sus alumnos víctimas

del terrorismo de Estado. Al primero que se le colocó su nombre en un aula fue a Claudio de Acha, uno de los secundarios secuestrado en La Noche de los Lápices. Rodolfo Axat es el último de esa larga lista que, además de los siete rugbiers del club La Plata, integran Graciela Pernas Martino, Claudio Tolosa, Joaquín Areta, Roberto Rocamora, José Abel Fuks, Rubén Fossati, Julio y Ricardo Poce; Marcelo, Pablo y Rafael Tello; Gustavo Ogando, Pedro Disalvo, Roberto y Horacio Rivelli.

"Mi viejo era un jugador multifunción: jugó de ala, de centro y de apertura. Se caracterizaba por cierta rapidez en el juego. Lo que más le gustaba era salir de gira y cuando llegaba el momento del tercer tiempo", lo describe Julián, que compartió el puesto de tercera línea con su padre. Los dos jugaron casi hasta la misma edad: dieciocho Fel, diecisiete él. La Plata Rugby Club comenzó a recordar oficialmente las historias de sus desaparecidos cuando cumplió 72 años, el 20 de marzo de 2006. Ese día homenajeó a los diecisiete jugadores víctimas del terrorismo de Estado que se conocían. Colocó una plaqueta en su sede social. Es la memoria que se prolonga en las notas de la revista oficial que diseña el wing Augusto Ramos y escribe el full back Dimas Suffern Quirno. "Memoria para recordar a aquellos 17 jugadores de nuestro club que fueron desaparecidos o asesinados por una dictadura militar nefasta, un odio que muchos no llegamos a conocer pero que siempre nos tocó bien de cerca", escribieron en un editorial del 2010 que acompaña una extensa y sentida nota de José Supera donde se relata cómo durante una gira por Europa en 1975 el plantel superior se enteró del asesinato del medio scrum Hernán Roca a manos de la CNU.

La fotografía sepiada de Fel junto a Pérez Alzueta y Bustillo, sus compañeros de equipo en la década del 60, no desentonaría en la moderna revista que también homenajeó al Chueco Sánchez Viamonte, un fenómeno del rugby para quienes lo vieron jugar y militante desaparecido del PCML (Partido Comunista Marxista Leninista)

igual que Pablo Balut, otro jugador de los '70 que fue secuestrado junto con él en Mar del Plata.

Axat era mayor que los integrantes del equipo que salió campeón del seven nocturno de DAOM en 1972. Ya había abandonado el juego y el Colegio Nacional, del que egresó en 1964, para compartir los estudios de medicina y filosofía con la militancia revolucionaria, primero en las FAR y después en Montoneros. Su hijo recuerda que antes de ingresar a esas organizaciones guerrilleras había conocido a Silo, el dirigente mendocino que fundó el Partido Humanista, con quien compartió sus ideas hasta que John William Cooke le marcó otro rumbo con su pensamiento simbiótico entre el peronismo y el marxismo.

Crítico de ciertos aspectos de la política militarista de Montoneros, como lo constató Julián en sus múltiples indagaciones sobre el pasado, su padre fue juzgado y condenado a cambiar la condición de clandestino en que militaba para proletarizarse en el Frigorífico Swift de Berisso. En 1972, Fel conoció a Ana Inés Della Croce, su compañera también desaparecida y al año siguiente, el 20 de junio de 1973, sería baleado en una pierna durante la masacre de Ezeiza.

"En abril de 1977 alguien lo canta, un grupo de tareas se presenta en una inmobiliaria conocida de La Plata y exige que se le informe el domicilio de mi viejo y si tenía alquilado algo a su nombre. Los militares van a la casa de Ringuelet donde vivíamos –yo tenía siete meses– y la dan vuelta de arriba abajo. Pero nosotros habíamos ido a dormir al departamento de mi abuela en el centro de La Plata porque el dueño de la inmobiliaria le avisó a mi abuelo que lo habían ido a ver los de la patota. A eso de las tres de la mañana del 12 de abril los milicos tocaron el timbre y se llevaron a mis viejos. Desde ese momento yo me quedé viviendo con mi tía Cristina, la hermana de mi mamá, hasta los 21 años", cuenta este joven abogado del fuero penal de menores platense. Poeta aficionado, en su blog Los detectives salvajes –llamado así por la novela del escritor chileno Roberto Bolaño– co-

habitan sus versos y algunas historias que recopiló con paciencia de artesano. Hablan sobre la represión en la dictadura y el rugby, que marcó a las dos últimas generaciones de su familia. Pero, sobre todo, destacan el espíritu con que Rodolfo, su padre, afrontó el cautiverio y la tortura inevitable.

"Según me contaron, muchos de los que estaban secuestrados junto con él lo seguían y cantaban ese tema de Domenico Modugno, "El hombre en frac". A veces lo hacían fuerte y a veces bajito". La canción comienza así: "Dormida está la calle/ la noche es muda y fría/ No deja en su agonía/ ni un rumor en la ciudad". En el acto donde se descubrió la placa que recuerda a su padre, Julián lo quiso homenajear leyendo su letra. "No se asusten, es medio bizarra, pero vale", se despidió el autor de "Los canarios románticos", un poema tributo a los 20 desaparecidos del La Plata Rugby Club.

G.V.

(Página 12, 15 de mayo de 2011)

MEDIA VIDA EN PUCARÁ

Ricardo Omar Lois reivindicaba el espíritu del rugby pero, por sobre todo, las luchas que en los años '70 le costarían su desaparición. Jugaba en el club Pucará desde los 8 años, donde llegó hasta el umbral de la Primera. Graciela, su esposa, lo conoció cuando había abandonado la práctica de ese deporte donde forjó en buena medida su temple y espíritu solidario. María Victoria, su hija, sólo pudo conocerlo por evocaciones sucesivas que, con los años, recrearon familiares, militantes como su padre y ex compañeros de equipo. A Lois, un morocho de jopo rebelde, flaco y fibroso, que combinaba su pasión por el rugby con la simpatía por San Lorenzo, lo secuestró un grupo de tareas de la Armada en el barrio de Belgrano, el 7 de noviembre de 1976. Su úl-

timo sueño deportivo había sido reunir quince voluntades en la Facultad de Arquitectura de la UBA -donde estudiaba-, para correr detrás de una pelota ovalada. No lo dejaron. Los militares le truncaron ése como otros sueños.

Graciela recuerda: "Él se había organizado con varios compañeros de curso para armar el equipo de rugby de Arquitectura. De hecho, jugaban informalmente. Y el domingo en que desapareció estábamos en el campo de deportes de Ciudad Universitaria. Yo lo conocí en el '74, cuando tenía 21 años y hacía muy poco que había dejado Pucará..." A su lado, María Victoria, quien hoy tiene 29 años, la contempla con cierta mezcla de ternura y devoción. Ella atesora algunas fotografías de Ricardo en su adolescencia, vestido con los colores rojo y azul de Pucará; también lleva consigo una revista que hizo época, Rugby XV, donde se lo puede observar en una quinta formativa junto a Ricardo Mayoral y los hermanos Rosales.

Lois se crió en Burzaco, junto al club donde pasó casi la mitad de su vida. Y había cursado sus estudios en un colegio religioso en Rafael Calzada. María Victoria recuperó ese pedacito de la historia, cuando se topó hace tres años, de manera fortuita, con un grupo de ex compañeros de su padre. Ocurrió en el balneario de Santa Clara del Mar: "Un verano me encontré con ellos en la casa de Daniel Camejo, que llegó a jugar en la Primera de Pucará. Estaba también Guillermo Alonso. Y se acordaban de mi viejo, de mi abuelo... Una amiga mía, Dolores Aragón, que ahora está en H.I.J.O.S, es hija de la pareja de Camejo y así fue como los conocí. Ellos se juntan todos los años a comer asado en Santa Clara y se sorprendieron cuando se enteraron de lo que pasó".

Ricardo y Graciela cruzaron sus vidas en Arquitectura. Una de sus primeras experiencias compartidas resultó una detención por haberse movilizado hacia el rectorado. "Nuestra relación comenzó en septiembre de 1974 y nos casamos el 28 de febrero del '75. Yo vivía en La Tablada y él, después de la muerte de su padre, se había mudado a Mansilla y Ecuador. Vivimos en la Capital un tiempo, después en la casa de mis padres y cuando nació María Victoria nos trasladamos a Mataderos, que es cuando él desaparece", evoca Graciela con nostalgia.

Los recuerdos surgen a borbotones mientras se desarrolla la entrevista. Graciela intercala anécdotas con un perfil de su compañero, que dice haberse modelado gracias al deporte: "El rugby lo formó. Era una persona muy noble, muy limpia y él decía que eso se lo había dado el deporte. Lo que más le gustaba era que lo acompañara al tercer tiempo. También llevábamos a un sobrino nuestro, Germán. Y seguimos yendo cuando estábamos casados. Ricardo trabajaba en mantenimiento de ascensores por la mañana, llegaba a casa, se duchaba y después se iba a la facultad. Esa era su vida. Le faltaban tres materias para recibirse".

Las raíces del apellido Lois se pierden en Santiago de Compostela, Galicia. La madre y los dos hermanos varones de Ricardo residen hoy en Madrid. María Victoria, la nieta y sobrina que quedó en Buenos Aires, tenía apenas tres meses cuando a su papá lo secuestraron. Y se le parece demasiado. Al punto de que su abuela le dice "mi Ricardita".

"Mi mamá empezó a ir a reuniones por los derechos humanos a los pocos meses de la desaparición. Yo crecí en el organismo, en Familiares de Desaparecidos, era normal para mí estar ahí. Mi vida cotidiana pasaba por el jardín y el organismo, las marchas... De más grande fui preguntando más cosas", describe la hija, quien a partir de los cuatro años empezó a vincularse con chicos que vivían tragedias semejantes.

"Ricardo era un tipo buenazo, pero de ideas firmes, sabía muy bien lo que quería. Era igual en la vida, en el estudio y el deporte. Se trataba de alguien muy alegre, ni triste ni melancólico, con muy buenos principios. Su padre era un militante de la resistencia peronista, muy comprometido también y él lo admiraba muchísimo", comenta Graciela.

Lois había nacido el 22 de diciembre de 1952. Aquel domingo caluroso de noviembre de 1976 lo arrancaron de una vida que él concebía en armonía con su entusiasmo por el rugby. "Pese a que le decían que era un deporte burgués, él lo defendía. Cuando yo estaba embarazada queríamos un varón y Ricardo decía que lo anotaría en Pucará", agrega su compañera. Un deporte donde decenas de militantes como él cincelaron su compromiso con los demás. Basta una acción del juego utilizada como metáfora para describirlo: el empuje coordinado del scrum, donde los ocho forwards de un equipo tiran para un mismo lado.

G.V.

(Página 12, 26 de marzo de 2006)

DE MIGUEL A MURAKAMI

Miguel Sánchez y Haruki Murakami no se conocieron. El fondista argentino desaparecido por la dictadura escribía poesía. El narrador japonés es un novelista consagrado. Para vos atleta es el texto más representativo del tucumano. De qué hablo cuando hablo de correr es un libro que Miguel, si estuviera entre nosotros, seguramente hubiera leído. Lo escribió Haruki en 2007. Son relatos deliciosos sobre su experiencia como maratonista. Donde quiera que esté, cumplirá 69 años el próximo viernes. Miguel tendría ahora 65. Ayer fue el 40º aniversario de su secuestro en Villa España, Berazategui. Los dos son de la misma generación. Podemos imaginar, y queremos intentarlo en este mismo momento, que si sus vidas se hubieran cruzado existiría una foto para sintetizar ese encuentro.

"Para vos, atleta/ que recorriste pueblos y ciudades/uniendo estados con tu andar" parece escrito por Miguel para Haruki. Un corredor que descubrió el deporte a los 33 años y se animó a marato-

nes en Grecia o Hawai. A una edad en que el tucumano ya había desaparecido a manos de una patota porque militaba en la JP. No pudo superar la barrera de los 25 y terminó en el centro clandestino de detención El Vesubio.

"Es muchísimo mejor vivir diez años de vida con intensidad y perseverando en un firme objetivo que vivir esos diez años de un modo vacuo y disperso. Y yo pienso que correr me ayuda a conseguirlo" parece escrito por Murakami para el tucumano. Miguel vivió con esa intensidad y perseverancia que menciona el japonés en su célebre libro. Fue changarín, bancario, cuadro político, poeta, futbolista –jugó en Gimnasia y Esgrima La Plata– y atleta. Todo eso junto en lo que apenas duró su vida tan activa, que podría caber en otras vidas como las que describe con maestría Murakami en sus relatos.

Miguel corrió en la Argentina, Brasil, Uruguay y decenas de miles siguen corriendo con él y por él en las más distantes geografías. Haruki dice de su escritura que cuando la piensa, la piensa con todo el cuerpo. "Corro, luego existo", se autorretrató una vez. Al atleta desaparecido lo rebelaba la injusticia, la opresión, la dictadura genocida. Al notable Murakami le duelen injusticias parecidas. Como la masacre de Nanjing cometida por el imperio japonés contra el pueblo chino en 1937. Hasta hoy el gobierno de Tokio la niega. Él la denunció con palabras que Miguel hubiera hecho suyas: "La historia está construida a partir de la memoria colectiva, y está mal olvidarla o alterarla".

G.V.

(Página 12, 9 de enero de 2018)

Desde la primera Carrera de Miguel del año 2000 en Roma, Italia, se realizan pruebas en su homenaje en distintas ciudades de la Argentina.

CIANCIO DESCANSA EN BERISSO

La pose de futbolista con las manos en la cintura, la camiseta de Gimnasia cuello en V sin publicidad, los árboles del bosque platense como fondo, la tribuna cabecera de madera, los mismos sueños de Primera División que cualquier pibe. Todo en la fotografía en blanco y negro (una entre tantas que conserva su hermano menor, Gabriel) parece estar en el mismo lugar cuarenta años más tarde. Todo menos él: Luis Alberto Ciancio. El tiempo que prolongó su desaparición, su pérdida de identidad ahora recuperada, supera con holgura sus años de vida. Por eso resulta imposible llenar semejante espacio vacío. Aun después de que finalizara su búsqueda.

Pese a la tarea formidable del Equipo Argentino de Antropología Forense, que identificó sus restos, faltan completar algunas partes de su historia. ¿Dónde está su compañera Patricia Dillon, la madre de su hijo Federico? ¿Quiénes dieron la orden de secuestrar a la pareja? ¿Por qué el estudiante de Ingeniería que militaba en política no pudo terminar su carrera? ¿Por qué se ensañaron con la mayoría de los jóvenes que integraban su organización, el Partido Comunista Marxista Leninista (PCML)?

"Hoy lloro a todos esos chicos, con los que tuve amigos compartidos con mi hermano. Casi todos están desaparecidos. El viernes, cuando regresaba con mi mujer del cementerio de Berisso, nos decíamos: 'Si volviera a pasar lo mismo que aquella vez en el país, seríamos muchos más los que saldríamos a dar pelea'. Lo que hizo la dictadura fue un genocidio que quedará en la historia como la Guerra del Paraguay o la Conquista", dice Ricardo (57), el segundo de los hermanos Ciancio, un empleado especializado en recursos humanos. Luis era el mayor, Alejandro (46) es el tercero y Gabriel (45) el cuarto.

Sus padres, Luis Alberto y Dora Hilda Alegre, provenían de Cha-

cabuco, la ciudad de Haroldo Conti y Daniel Passarella. El jefe de familia participaba de carreras en ruta con su bicicleta y un día, en uno de los tantos viajes que realizaba, pasó de la pensión en donde vivía a trabajar en el frigorífico Swift de Berisso. La familia comenzó a crecer en la calle 8, frente al legendario club Estrella fundado en 1921. Luis, el primogénito, cursó la primaria en la Escuela N 2, Manuel Alberti, donde fue elegido abanderado (otra fotografía en poder de Gabriel lo corrobora). Cuando eran chiquilines, los hermanos mayores se probaron en Gimnasia, el club del que son hinchas los Ciancio. Luis quedó y Ricardo no: "A mí me echaron", recuerda. La poca diferencia de edad entre los dos más grandes hace que Alejandro y Gabriel (12 y 13 años menores que el joven desaparecido) sugieran que, para este tipo de evocaciones, Ricardo sea la persona más indicada.

"Luis jugó desde la división más chica hasta la Tercera. Sólo un año interrumpió sus entrenamientos en Gimnasia para participar en torneos barriales, pero después volvió para 5 o 4. Era un volante derecho que llegaba al gol, aunque cuento esto y yo, en realidad, no soy futbolero. Mi deporte era el rugby", confiesa.

Alejandro es –según Gabriel– el más parecido al hermano que secuestró un grupo de tareas de la marina. Médico, hoy vive en Ingeniero Maschwitz y dirige la Corporación Médica de San Martín. También pasó por el área de Salud en el gobierno porteño hace varios años. Aunque era un pibe con edad de escuela primaria cuando Luis había fichado en Gimnasia, se acuerda de que "jugaba bien, tenía muy buena pegada y su puesto era el de volante por la derecha. Petiso, gambeteador, un día me contó que había compartido el vestuario con Gatti. Yo también jugué en Gimnasia y llegué hasta la tercera donde tenía como compañeros al arquero Castagnetto, que ahora es viceministro de Desarrollo Social, al Flaco Rifourcat, Marchi y otros jugadores que habían bajado de Primera como Espósito y Abel Alves".

Luis Alberto, el antiguo empleado de Swift -frigorífico que ce-

rró en 1970–, era un seguidor incondicional de su hijo, que en parte lo decepcionó cuando abandonó la carrera de futbolista para dedicarse por completo a sus estudios universitarios en la Facultad de Ingeniería platense. Ricardo confirma ese dato de la simbiosis que había entre su padre y su hermano mayor: "Lo seguía a todos lados, era infaltable en sus partidos. Por eso después lo buscó como lo buscó. Nosotros, el resto de la familia, lo hacíamos con algunos miedos, pero mi viejo no. Iba al frente contra lo que fuera".

De aquella etapa en la que el mediocampista de Gimnasia combinó brevemente estudios y deporte, sus hermanos también atesoran una foto en la que se lo observa junto a Juan Miguel Tutino, un volante creativo que hasta hace un tiempo trabajaba como taxista. Alejandro asegura que hay otra en la que se lo ve con el delantero sanjuanino Oscar Fornari, integrante de la llamada selección fantasma que jugó las Eliminatorias del Mundial '74 en la altura de La Paz.

Pero si Luis hoy pudiera responder con cuál de las imágenes del álbum futbolero se quedaría, seguramente elegiría la que comparte con su íntimo amigo Horacio Cegatti, con quien jugó en las divisiones menores de Gimnasia. A los dos se los observa en cuclillas, ataviados con el equipo del Lobo platense, antes de empezar un partido. Cegatti y el otro amigo íntimo de Luis, Miguel Segismundo, se mataron en un accidente automovilístico en Chacabuco, hace como veinte años.

En ese lugar situado a 215 kilómetros de Buenos Aires todavía vive un hermano de Hilda Alegre, la mamá del militante y futbolista que estuvo desaparecido durante casi 33 años. El tío de Luis se llama Ricardo Osmar Alegre, alias Caíto, y viajó, pese a que tiene algunos problemas de salud, a la inhumación de los restos de su sobrino (ver aparte). Militante del Partido Auténtico en los '70 (un intento político de los Montoneros por ir a elecciones en 1975), estuvo detenido durante nueve meses en 1976, incluso desde antes del golpe del 24 de marzo.

A Luis lo recuerda en la infancia como "un chico bárbaro. Me acuerdo que lo subía a un trencito, acá en Chacabuco, en el que le gustaba jugar. El venía generalmente a pasarla en lo de mis padres, o sea, sus abuelos". Con los años, tío y sobrino se enfrascaban en charlas políticas aunque no pertenecían al mismo partido. El joven desaparecido se había comprometido con el PCML (Partido Comunista Marxista Leninista Argentina),y, según Caíto, "tenía, como yo, la colección del periódico Militancia, que dirigían Ortega Peña y Duhalde. Cuando venía a Chacabuco había una confitería que se llamaba Lacentra donde discutíamos de política". El mayor de los Alegre, Antonio, ocupó la presidencia de Boca Juniors entre 1985 y 1995. Hoy tiene 86 años y también es tío de Ciancio.

Caíto evoca que cuando estuvo detenido a lo largo de 1976 "pensaba mucho en él". Pero cuando Alegre –quien ahora tiene 73 años–, recuperó su libertad, a la semana secuestraron a Luis. Ocurrió el 7 de diciembre de 1976, en el acceso a las oficinas de Vialidad Provincial, donde trabajaba el joven Ciancio. Ese mismo día la detuvieron a Dillon, presuntamente en la sucursal del Banco Provincia de Berisso, donde se desempeñaba. Otra versión indica que su desaparición ocurrió en la ex Casa Beige, una tienda de 48 y diagonal 74.

Para entonces, ya había nacido Federico, el hijo de Luis y Patricia o Pato, una rubia de rostro aniñado, pelo largo y estudiante de Letras, dos años menor que Luis. A los dos se los ve sonrientes en un par de fotografías; él demasiado delgado y ella "menuda, dulce, divina, la conocí cuando tenía cinco años", recuerda Gabriel, su cuñado.

Federico nació un día después del golpe, el 25 de marzo de 1976. Hoy está casado con Silvina y tienen una hija, Galatea, la nieta de Luis. Él es un músico prestigioso que acaba de recibir el premio Konex. Toca el órgano y el clavecín en composiciones clásicas, como lo ha hecho bajo la dirección de Carlos López Puccio, también integrante de Les Luthiers. A Federico lo criaron sus abuelos Hilda y Luis Alberto, que fallecieron en 2001 y 2003, respectivamente. Junto a los dos, en el ce-

menterio Parque de Berisso, ahora descansan los restos de Luis.

El 21 de abril pasado, la familia Ciancio se enteró de que el Equipo de Antropología Forense había identificado a su ser querido. Hubo que esperar un tiempo más para tener la confirmación oficial de un juzgado. Y habrá que seguir varios años para seguir sumando certezas. Sobre 337 cuerpos encontrados en el cementerio de Avellaneda, 47 ya se sabe de quiénes son. El ex futbolista de Gimnasia, estudiante de Ingeniería y cuadro político del PCML que pasó por el centro clandestino de detención denominado Pozo de Banfield fue fusilado de tres tiros. Ahora su familia quiere saber quién disparó. "Sin espíritu de venganza, sin odio. Pero sí con un profundo sentido de justicia", afirma Ricardo, con quien Luis también solía discutir de política. Una postal de época que hoy escasea y que cruzó a la generación de los dos.

G.V.

(Página 12, 13 de septiembre de 2009)

UNA LEONA HECHA PRESENCIA COTIDIANA

Son cuarenta años, demasiados para una ausencia. Un 27 de mayo como hoy pero de 1978, Adriana Acosta desapareció en Villa Devoto. Un grupo de tareas la arrancó del bar La tuerca de Pérez, en Francisco Beiró y Segurola. La buscaron sus padres Teresa y Oscar, sus hermanos menores Leticia y Marcelo, los organismos de derechos humanos. La negaron el obispo de Lomas de Zamora, Desiderio Colino, los jueces Guillermo Rivarola y Norberto Giletta que rechazaron los habeas corpus de su familia y la mayoría de una sociedad anestesiada en vísperas del Mundial. De esa grieta de memorias y olvidos, emerge fortalecida la jugadora de hockey del club Lomas y la Selección nacional. Su ausencia se vuelve presencia en una cancha del Cenard que la recuerda, en la organización El puente posible, en cada evocación de compa-

ñeras y amigos, en cualquier charla donde convoque su historia.

Alberto Costas, un profesor del Colegio Balmoral de Banfield donde estudió Adriana, la acercó a Lomas Athletic. Salió campeona juvenil, integró el plantel de Primera, pasó a la Preselección y debutó en un amistoso internacional con Estados Unidos en 1973. Ese mismo año capitaneó el equipo de Capital Federal. Hizo una gira por Inglaterra en 1975 y se retiró en el club Longchamps. Adriana jugaba al hockey, pero antes estudiaba de manera metódica, aplicada y solidaria. Ayudaba a otros alumnos que no tenían la misma capacidad de aprendizaje. Los llevaba a su casa y les enseñaba. Por eso la eligieron mejor compañera. Cada casillero de su boletín se completaba con un 9 o un 10. Teresa todavía los conserva.

"Es como si hubiera pasado ayer -cuenta la madre-, yo todavía no lo puedo digerir. Pero si me piden hablar de Adriana no tengo ningún problema. Porque fue tanta la injusticia, costó tanto responder a las mentiras que se dijeron, que acá estamos. Seguimos. Lo importante es que se la recuerda. El año pasado me llamaron para avisarme que habían pintado con su nombre las paredes del club Lomas alrededor de la calle Arenales. No sabemos quiénes pudieron haber sido, pero creo que para un aniversario de ella aparecieron esas pintadas que decían: ¿Dónde está la capitana Adriana Acosta?" cuenta la madre. Leticia, su hija, corrobora lo que pasó. Jugó en el club como su hermana.

El 6 de octubre de 2009 se inauguró con su nombre la cancha de hockey sintético del Cenard. Fue una iniciativa del ex secretario de Deporte Claudio Morresi. Al acto asistieron la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto, Taty Almeida de Madres Línea Fundadora, Luciana Aymar y Carlos "Chapa" Retegui. También le hicieron varios homenajes en el colegio Balmoral, donde siempre se la recuerda. Como después de aquellas pintadas en el club, en septiembre del año pasado se colocó una plaqueta en sus instalaciones.

Donde con más fuerza vive el espíritu inquieto y generoso de Adriana es en la ONG El puente posible, creada en 2009 en una pequeña plaza del sur del Gran Buenos Aires. La asociación civil trabaja en la inclusión social por medio del hockey. Jorgelina Rimoldi, una ex leona, ha colaborado con ella. En su página web puede leerse: "A octubre de 2017 llegamos a 1300 niñas y adolescentes desde 4 a 24 años. 200 en el interior del país, 300 en clubes asociados a la liga de capital y conurbano, más 800 en los clubes propios de la ONG localizados en la zona sur del Gran Buenos Aires". Todos los años organiza la Copa Homenaje Adriana Acosta a la que define como "una leona antes que nadie, enfrentó una época atroz sin medir los riesgos". La organización fue declarada de interés municipal por el Concejo Deliberante de Lomas de Zamora en junio de 2016.

Teresa tiene otro recuerdo que demuestra cuánto representa Adriana para aquellos que buscan detalles sobre su historia de vida: "Un día me llamó el intendente de Lomas, Martín Insaurralde. Me pidió que lo ayudara a su hijo a hacer un trabajo para la Facultad, donde estudia con mi nieto Santiago periodismo". Jessica San Martín y Marcos Sznac, dos alumnos de Ciencias Sociales de la Universidad de Lomas de Zamora, hicieron una investigación muy interesante que profundiza en la militancia política que se le atribuye a Adriana.

Citan un dato clave sobre su posible participación en el Partido Comunista Marxista Leninista (PCML): "En julio de 2004, la coordinadora del área de Casos y Situaciones de la Secretaria de Derechos Humanos de la Nación, Silvia López Massip, responde una presentación que hizo la familia de Adriana pidiendo información. En la carta confirman que Adriana perteneció al PCML según los datos aportados por la Conadep".

La jugadora de hockey que ya no jugaba, que estudiaba cuando podía, que se comunicaba por carta con sus padres desde una pensión de la calle Acevedo al 800, que compartió cautiverio en el centro clandestino de detención El Banco con María Elena Bugnone, la nuera de la presidenta de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, sigue desaparecida desde aquel sábado 27 de mayo del 78. Sus padres presentaron habeas corpus en la Justicia que fueron rechazados por dos jueces: Rivarola y Giletta. Leticia conserva las constancias de las cédulas judiciales fechadas en los años 1978, 1979 y 1982. Guillermo Federico Rivarola, el ex titular del Juzgado en lo Criminal y Correccional Federal Nº 3 y después camarista, cobró notoriedad no tanto por haber rechazado uno de los habeas corpus pero sí por otro episodio que terminó en la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH).

En 1989 el periodista Eduardo Kimel publicó el libro sobre La Masacre de San Patricio donde describía que "la actuación de los jueces durante la dictadura fue, en general, condescendiente, cuando no cómplice de la represión dictatorial. En el caso de los palotinos, el juez Guillermo Rivarola cumplió con la mayoría de los requisitos formales de la investigación, aunque resulta ostensible que una serie de elementos decisivos para la elucidación del asesinato no fueron tomados en cuenta. La evidencia de que la orden del crimen había partido de la entraña del poder militar paralizó la pesquisa, llevándola a un punto muerto".

Por esas líneas Rivarola querelló al periodista fallecido el 10 de febrero de 2010. Le siguió el juicio de manera rigurosa y metódica hasta conseguir tras sucesivas apelaciones la ratificación de su condena ante la Corte Suprema por la investigación que había hecho. Solo después de su muerte, Kimel terminó absuelto por la Cámara Nacional de Casación Penal que dejó sin efecto la sentencia por calumnias de 1999 a un año de prisión en suspenso y que lo obligaba a pagar una indemnización de 20.000 pesos (dólares de aquel momento). El ex juez es octogenario y sigue activo en las redes sociales donde apoya con fervor al gobierno de Macri y propone la expulsión de los indocumentados o la supresión de los planes sociales a piqueteros.

Adriana intuía lo que le podía pasar. En un mensaje a su mamá le había anticipado: "Voy a tener que cambiar la carrera de nuevo, porque acá no me puedo quedar más ¿Vos no sabés la gente que desaparece en La Plata? Por eso me voy a venir a vivir acá". Estudiaba Ciencias de la Educación en la UNLP –donde fue ayudante alumna—y se pasó a Medicina de la misma Universidad. Su última incursión académica fue en Ciencias Económicas de la UBA. "Tuvo que quemar los libros, no sabe qué pena me dio", cuenta Teresa en la miniserie Deporte, desaparecidos y dictadura que se estrenó en el canal Encuentro en 2013.

En ese trabajo para la TV, Cristina Tortti una ex militante del PCML describió los días de cautiverio que compartió con Adriana en El Banco de autopista Ricchieri y Camino de Cintura. Dijo que dormía mucho, que suponía que la iban a liberar antes que a nadie, pero que pasó lo contrario. La que salió fue ella. Por su testimonio se sabe que en el mismo centro clandestino estuvo detenido Mariano Montequín, el capitán de La Plata Rugby y también integrante del PCML. Como Adriana, él y otros diecinueve jugadores de ese club continúan desaparecidos.

G V

(Página 12, 27 de mayo de 2018)

ALICIA SOÑABA CON JUAN

Alicia no vivía en el país de las maravillas, pero soñaba con Juan. También soñaba con cambios transformadores mientras jugaba al básquet en el Club Deportivo y Social Colegiales. Juan, su hijo, la imagina hoy en un gesto solidario o encestando un tiro libre. Es como si tuviera que armar un montón de piezas sueltas de su vida deportiva, y de una vida con la que apenas compartió una ráfaga de encierro en las mazmorras de la ESMA. Damián Cabandié, su papá, había conocido a su mamá en la sede de la calle Teodoro García 2860, a pasos de la

estación Colegiales del ferrocarril Mitre. Hacia allí se había replegado desde la Unidad Básica del barrio con la excusa de montar una obra de teatro. "Cada vez que voy es emocionante. Tiene un gran componente simbólico para mí. Porque en ese lugar nace mi historia. Yo soy el producto del encuentro de mis papás en ese club", dice el nieto 77 recuperado por las Abuelas de Plaza de Mayo, transformado en un diputado porteño de 31 años.

Juan evoca que Alicia llegó al club Colegiales (no es el que participa en el torneo de la Primera B), con apenas 7 u 8 años. Vivía a la vuelta y caminaba esa cuadra y media sola. Así empezó a jugar al básquet como federada. Donde el tango había dominado el escenario con grandes valores como Aníbal Troilo, Osvaldo Pugliese y el Polaco Roberto Goyeneche o donde todavía se mantiene vigente el deporte que había elegido Alicia Alfonsín a fines de los 60 (Básquet ambos sexos, informa un cartel en la puerta).

La genética dejó su huella en los rasgos de Juan. Pero también hay otras coincidencias notables que escapan a un estudio de ADN. Su mamá jugaba con la camiseta número seis. Era la mejor encestadora del equipo. Él practicó un deporte muy distinto: el hockey sobre patines. Y también llevaba ese número en la espalda. Su puesto era back – más un rudo que exquisito defensor – en las categorías menores del Círculo Policial. Luis Antonio Falco, el agente de inteligencia de la Policía Federal que se lo apropió cuando era un bebé, había decidido que viajara desde su casa en Floresta hasta Núñez para que jugara en aquel club, a una cuadra de la ESMA.

La segunda coincidencia es que Alicia estudió la primaria en la escuela Capitán General Bernardo O'Higgins de la avenida Federico Lacroze mientras empezaba a jugar al básquet. Juan la visita cada dos años cuando hay elecciones porque le toca votar en sus aulas. La tercera es que en el Deportivo y Social Colegiales, durante la campaña en que Daniel Filmus compitió por la jefatura del gobierno porteño, el candidato a diputado Cabandié le organizó un acto de la Juven-

tud Peronista en sus instalaciones. Por eso, insiste, "es maravilloso cada vez que voy al club. Tanto por la vida deportiva de mi mamá, como por la actividad política que desarrollaba con mi viejo, escapando de la dictadura, del terrorismo de Estado".

Juan empezó a reconstruir la vida que no le dejaron vivir a partir del 26 de enero de 2004. Ese día se encontró con sus dos abuelas, un abuelo, cinco tíos y tías y más familiares en la sede de Abuelas de Plaza de Mayo. Cinco años después, sentado en su despacho de la Legislatura que irradia un continuo movimiento de jóvenes, habla de otras coincidencias con Alicia: "Digamos que en circunstancias totalmente distintas y en lugares totalmente distintos, tuvimos una vida similar, la vida de club, la vida social de club. Y la constancia de ir a entrenar, de jugar cada fin de semana".

La imagen deportiva de su mamá, que ahora percibe con mayor nitidez, se la transmitieron su familia biológica, una compañera que compartió el equipo con Alicia – cuyo nombre no recuerda - y Juan Carlos Junio, el actual director del Centro Cultural de la Cooperación que durante muchos años fue dirigente del club. "Todos con los que hablé destacaban el estilo con que mi mamá encestaba los tiros libres. Es una característica que me mencionaban y me llamó la atención eso. Junio conoció a mi papá, a mi familia materna, a mis abuelos. Él recuerda con datos muy precisos cómo entrenaba mi mamá, cuando se acercó mi papá al club y se pusieron de novios. Y casualmente me lo encontré hace poco y mencionaba esto de cómo tiraba, que era la goleadora del equipo y la que más tiros libres metía".

A Juan hay algunos datos que se le pierden entre esa información que, el día del reencuentro y toda junta, las Abuelas de Plaza de Mayo y Claudia Carlotto, la presidenta de la CONADI (Comisión Nacional por el derecho a la Identidad), le entregaron en un CD con un resumen del archivo biográfico de su familia biológica. Ése que le dan a todo nieto recuperado "con un relato audiovisual de los lugares por los que pasaron sus padres, dónde vivían, por dónde se movían y que

contiene el relato de gente cercana a ellos que cuenta todo".

El material menciona al club Colegiales, donde se conocieron Damián y Alicia. "Mi mamá tenía ahí su grupo de pertenencia, sus amigos, sus compañeros. Mi viejo era del mismo barrio, aunque él ingresó al club cuando cerraron la Unidad Básica que estaba sobre la calle Zabala, muy cerquita. Entonces los dos comenzaron a hacer política ahí. Se conocieron a fines del 75, se casaron y en el 77 desaparecieron", cuenta Juan mientras pregunta si puede fumar un cigarrillo.

El relato sigue: "Mi papá estaba en la JP; mi mamá era más admiradora del Che Guevara. Aunque por supuesto, con el vínculo que construye con mi viejo, también se le despierta el interés por el peronismo. Ella era la más chiquita de cuatro hermanos. La gente que la conoció me dice que era muy dulce. Muy dulce en el trato, en las formas, tenía una cara angelical, ésas eran sus características".

Alicia era una buena estudiante, buena lectora – como casi toda su generación – y le gustaba escribir versos. También la cautivaban los temas musicales de bandas de rock nacional como Vox Dei, Almendra y Aquelarre. Había empezado la secundaria en el colegio religioso Compañía de María. Ella tenía 15 años cuando lo conoció a Damián y él (hincha de River y amante del automovilismo) 19. Los dos hacían trabajo social en la ex villa miseria de Colegiales, donde se levantaba la cancha de fútbol del club Fénix. Juan calcula que a esa edad, su mamá dejó de jugar al básquet. En la historia que va rearmando de a fragmentos, se apura a explicar una situación que le contó Junio: "Él me dijo que en el club había una muchachada del Partido Comunista y que convivía en armonía con la JP cuando este sector apareció en el club. Algo que no pasó a otros niveles".

En el Deportivo y Social Colegiales se mantienen sus equipos de básquet en la Federación Regional de Básquet de Capital Federal, se practican patín, gimnasia y artes marciales, se juega al casín (una variedad de billar), a las cartas y se enseña danza árabe. Las instalaciones en que los padres de Juan se conocieron también sirvieron de

escenografía para varias imágenes de la película Luna de Avellaneda, de Juan José Campanella, que se estrenó el mismo año (2004) en que Cabandié recuperó su verdadera identidad.

G.V.

(Página 12, 26 de abril de 2009)

LA ÚLTIMA PARTIDA DE GUSTAVO

La vida de Gustavo Bruzzone, tan joven como intensa, fue superada con holgura por el tiempo que llevaba como desaparecido. Pasaron casi treinta y siete años hasta que lo encontraron, que son casi el doble de los que tenía cuando se lo llevaron de Rosario. El Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) identificó sus restos y cerró una búsqueda que había comenzado el 19 de marzo de 1977. Ese día lo secuestraron con 22 años y ya le habían destinado un futuro de NN. La dictadura se propuso borrar su identidad. "Es una incógnita el desaparecido", dijo con cinismo Videla en 1979, pero el ajedrecista, estudiante y militante revolucionario se empeñó en responderle que no. Estaba sepultado en el cementerio de La Piedad, una palabra inexistente en el diccionario de los represores.

Deportista destacado en el ajedrez y además en el fútbol, Bruzzone nació el 31 de agosto de 1954 en San Javier. Muy chico, con apenas 8 años, quedó huérfano de su padre, Rodolfo. En tan poco tiempo, él había conseguido transmitirle su pasión por el ajedrez igual que a su hermano mayor. También le gustaba mucho el fútbol: atajó en las divisiones inferiores de Gimnasia y Esgrima de Ciudadela. Cuando lo quiso Unión, el club del que era hincha, la dirigencia de Gimnasia no aceptó cederlo. "Se enojó y no jugó nunca más", contó una vez Fito, su hermano. "Íbamos a la cancha y llevábamos un muñeco con la cara de Victorio Nicolás Cocco, que era

nuestro ídolo", recuerda Rodolfo Bruzzone (h).

Él y su madre, Irma, lo buscaron de manera incansable. Recorrieron hospitales, comisarías, cuarteles, para saber qué había pasado con Gustavo. Durante un año viajaron a Rosario para entrevistarse con el teniente coronel Enrique González Roulet. "Un día no aguanté más sus mentiras y le dije que si quería una novela me compraba un buen libro. Me echó y me dijo que no volviera más, era mayo de 1978", recordó Chocha, que fue una de las primeras Madres de Santa Fe. "Ahora ya puedo partir tranquila. Sé dónde está y va a descansar junto a sus compañeros", agregó. "Necesitábamos cerrar la historia. Yo lo llevo en mi corazón, pero es muy duro poder verlo sólo en una foto. Se lo llevaron cuando era un pibe. Tenía apenas 22 años. A mi hermano no lo dejaron vivir", afirmó Rodolfo.

La labor del Equipo Argentino de Antropología Forense fue clave para identificar los restos de Gustavo. Cuando empezó su trabajo en La Piedad en 2011, encontró más de 300 conjuntos de piezas óseas. Miguel Nieva, el máximo referente del EAAF en la región, señaló: "Se extrajeron conjuntos de huesos, no esqueletos individualizados, así que el trabajo que tenemos que hacer es mucho más complejo porque tenemos que ver qué huesos corresponden con cuál esqueleto".

Irma esperó hasta los 90 años para recuperar a su hijo sepultado como NN. Sus secuestradores habían fraguado un enfrentamiento. Pero gracias al EAAF se supo toda la verdad, se reconstruyeron las últimas horas del ajedrecista. Lo habían trasladado al centro clandestino de detención El Pozo, que funcionó en Rosario. De allí lo sacaron junto a otros dos desaparecidos. Los tres terminaron asesinados. Les quitaron la vida, la identidad y hasta les inventaron una forma de morir.

El reloj, como en una partida de ajedrez, se detuvo en marzo del '77. Pero no la historia de Bruzzone, que sigue intacta en la memoria de quienes lo conocieron, como Ricardo Hase, su profesor del juego ciencia, quien lo definió como "un jugador creativo". En un capítulo de la miniserie documental de televisión Deporte, desaparecidos y dictadura, dijo que "buscaba siempre la mejor jugada, eso lo obligaba a meditar mucho, a consumir tiempo. Yo le enseñaba que tenía que aprender a gozar, porque ponía mucho esfuerzo en la meditación".

Gustavo ya había mostrado condiciones para mover los alfiles y caballos en la escuela Domingo Guzmán Silva de Santa Fe. También en los torneos de ajedrez entre clubes organizados por la AFA. Aquellos que jugaban grandes maestros como Najdorf, Panno, Rubinetti y Schweber. Allí lo conoció a Hase, que enseñaba en el Sirio Libanés y se lo llevó con él.

Era la época en que compartía los tableros con el fútbol. Jugaba en las divisiones inferiores de Gimnasia y Esgrima del barrio de Ciudadela. Tenía físico de arquero y ganas de defender el arco del club con el que simpatizaba. "Lo dirigía el Ñato Grasso, le ve las condiciones y lo quiso llevar a Unión, que se interesó en él. Pero Gimnasia pidió un dinero, Unión dijo que no y Gustavo abandonó el fútbol. Lo que no abandonó fue el ajedrez, su segunda gran pasión", cuenta Rodolfo Bruzzone.

Volcado de lleno a los tableros, el menor de los hermanos se convirtió con el tiempo en una de las promesas de la región. Los medios locales reflejaban su evolución: "Confirmando sus antecedentes y buen momento, triunfó el representante de la Federación Santafesina, Gustavo Bruzzone", informó el Nuevo Diario allá por enero de 1972 tras un torneo de juveniles. Desde ese medio salió el dinero para pagarle la inscripción en el Torneo Argentino de Mar del Plata que el joven ajedrecista, hijo de madre viuda, no estaba en condiciones de abonar.

Su nivel en el juego generó que fuera designado profesor de ajedrez por el Ministerio de Educación en la Escuela General San Martín, donde había cursado la primaria. Destacado estudiante –en la Domingo G. Silva era uno de los mejores promedios–, cuando terminó la secundaria ingresó en la Facultad de Ingeniería Química para cursar

la carrera de Bioquímica. Ya militaba en la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Antes había integrado el Movimiento de Acción Secundaria (MAS) ligado a la JP. Pero por sobre todo, había adquirido una gran conciencia social. Colaboraba en las inundaciones con las personas afectadas por la crecida, salía a pedir alimentos.

"Gustavo después de la Universidad se va a trabajar a los barrios de acá de Santa Fe", recuerda Vilma Cancian, una compañera de militancia. Carlos Arrua, un amigo y compañero de estudios en toda la secundaria y la Universidad dice que dejaron de verse a principios de 1975, cuando el clima político se volvió irrespirable en Santa Fe. "Él era una persona expuesta, por eso se va a Rosario", cuenta.

Estaba casado desde 1974 con Liliana Nahs, su novia de la adolescencia, también desaparecida. Juntos buscaron un destino común, empujados por la oleada represiva que no se detendría. Trabajó haciendo de todo, en el puerto y como pintor de paredes. Tenía un Citroën 3CV, el mismo que el 19 de marzo de 1977 fue a buscar a un taller mecánico rosarino para regresar a Santa Fe y festejar el cumpleaños de su mamá, Irma. Ahí se perdió su rastro, hasta que el EAAF identificó sus restos en junio de 2014. El 31 de agosto cumpliría 60 años.

G.V.

(Página 12, 20 de julio de 2014)

NADAR EN AGUAS TURBULENTAS

Claudio ocupaba la piecita del fondo en el viejo caserón de Belgrano R. De ahí se lo llevó un grupo de tareas la tarde del 30 de julio de 1977. Solía decir que no quería ser un turista en la clase obrera. Tenía una madeja de sueños donde se entrelazaban su vocación política, el periodismo, la poesía, la fotografía y el deporte. Era nadador y jugador de waterpolo. Toda su familia, los Ferraris, estaba asociada al club

Municipalidad, hoy Ciudad de Buenos Aires. Sus padres Arnaldo y Amneris; sus hermanos Eddie y Andrea, la única que los sobrevive. Memo, como lo llamaban sus compañeros de militancia, se destacaba en todo lo que hacía. Ricardo Fortser, su compañero en el Nacional Roca y la agrupación FLS (Frente de Lucha Secundaria) lo recordó en un acto de 2012: "Muchas veces trato de imaginar, sabiendo que era el mejor de nosotros, la vida que hubiera merecido vivir".

Sentadas alrededor de una mesa ratona donde se superponen fotografías y recortes, cinco mujeres repasan sus 20 años intensos, plenos de proyectos truncos. Andrea Ferraris, Adriana Sznajder –la cuñada que no llegó a conocer- y sus sobrinas Macarena, Franca y Julia. Están en la misma vivienda de la calle Sucre que construyó José Leva – el abuelo materno de Claudio – cuando llegó de Italia. La hermana menor del militante y deportista desaparecido recuerda aquellas interminables horas posteriores al secuestro: "durante quince días mi mamá estuvo sentada delante de una estufa como petrificada. Mi viejo lloraba por los rincones. Cuando tocaban el timbre, Eddie salía corriendo a la terraza. Estaban todos espantados. La puerta nunca más quedó abierta, siempre le pusimos llave desde ese momento". A Claudio lo habrían visto en el centro clandestino de detención de Campo de Mayo. La familia también recibió otra versión: que sobrevivió hasta la fecha del Mundial 78.

Arnaldo Ferraris era ingeniero. También su hijo mayor, Eddie, asesinado en 2003 en el partido de San Isidro en un episodio jamás esclarecido. Claudio había decidido romper con el mandato paterno. Apenas duró dos años en la Escuela Industrial. Estudió Letras. Quería ser periodista aunque antes eligió conocer el oficio de obrero gráfico. Pasó por el Taller Gustavo y el diario La Opinión. En esa etapa escribió un diario que sorprendió a su tío Walter Leva, militante comunista y cómplice de sus desvelos: "Ese cuaderno no lo leí mucho, pero terminaba diciendo 'hay que matar a Claudio'". La cita es del libro Con vida los queremos que publicó la UTPBA en 1986. Trata sobre las historias

de casi un centenar de periodistas desaparecidos. Leva también recordó en esas páginas las fobias y pesadillas que sufría su sobrino.

Pese a todo, la infancia y adolescencia de los tres hermanos Ferraris coincidieron – como las define Andrea – "con una época muy linda". Ahora cuenta que "siempre íbamos al club Municipalidad. Hacíamos natación los tres. Y ellos jugaban al waterpolo, entrenaban mucho y me acuerdo de los partidos que jugaban sobre todo contra Comunicaciones, Gimnasia y Esgrima o Independiente, que se mataban. Recuerdo patente los partidos, las salidas del club. Después íbamos a comer a un bar que se llama Rojo y Negro que queda en Libertador y Republiquetas" (hoy Crisólogo Larralde)

El waterpolo era una disciplina incipiente que en los 70 dependía de la Confederación Argentina de Natación. Arnaldo Ferraris llegó a presidir la federación del deporte y era delegado en representación del club. Adriana recuerda lo que le transmitió su esposo Eddie: "Había llegado a ser dirigente porque los pibes jugaban. Los dos hermanos empezaron de chiquitos y después cambiaron de club. Eddie terminó jugando en Obras, pero cuando lo conocí en el 83 ya había dejado el deporte. Volvió a hacerlo en veteranos." Su cuñada Andrea señala cómo nació el vínculo con Ciudad de Buenos Aires: "Mi papá trabajaba en la Municipalidad porteña. Terminó siendo el jefe de Departamento de Instalaciones eléctricas porque era ingeniero". Adriana, la más memoriosa, le explica: "En esa foto Eddie es un nene que no tiene ni quince años y Claudio debería andar por los 13 o menos. Así que vos deberías tener 7 u 8".

Los hermanos jugaron varios años al waterpolo y la familia conserva fotografías y recortes de diarios que lo documentan. Claudio llegó hasta juveniles y Eddie a Primera. El dato lo confirmó la Federación de Waterpolo de Buenos Aires (FeWaBA). En las imágenes se observan equipos o delegaciones de jóvenes deportistas en slip, a punto de zambullirse en una pileta o posando al lado de un avión, cada uno con su bolso y antes de partir hacia el exterior. Andrea tiene presente una



Claudio Ferraris era obrero gráfico, estudiante de Letras y jugador de waterpolo.

gira de 1972: "Sí, fue por Chile, Perú, Colombia y Venezuela. Y salieron campeones. Fueron partidos amistosos. Y después vino un equipo a Buenos Aires a jugar, pero no me acuerdo de qué país".

Claudio aparece en un artículo breve titulado "Triunfo de Municipalidad en waterpolo" que informa sobre el cuarto título consecutivo del club en el torneo juvenil argentino en septiembre de 1973. Fue con victoria en la final sobre Gimnasia y Esgrima de Rosario – la otra plaza fuerte de este deporte – por 7 a 2. El redactor escribió que el equipo de Ferraris ratificó "la buena línea de juego y el excelente entrenamiento que mostró en la gira por América cuando triunfó en los 16 encuentros que sostuvo". El plantel también lo integraba Jorge Osvaldo Jarast, hoy un conocido cardiólogo especializado en deporte e instructor de natación y waterpolo.

En Con vida los queremos, Eddie recordó que después de

aquella gira su hermano menor "quedó seleccionado para el Sudamericano, para lo cual entrenó todo el invierno. Tres veces por semana viajaba a Avellaneda y siempre llevaba un libro para leer en el camino de ida y vuelta. Al comenzar el verano decidió abandonar, pero en marzo se arrepintió y regresó al entrenamiento: lo dejaron afuera como represalia. Era un chico, por eso me dio mucha bronca. A partir de entonces le cambió el panorama y se metió de lleno en lo intelectual".

Macarena, la hija de Andrea, tiene presente que "la Federación de Waterpolo le hizo un homenaje a mi tío hará dos años. También publicaron un texto que yo escribí". Julia, otra de las sobrinas, cuenta convencida que "los dos llegaron a la selección. Mi papá era capitán y Claudio también".

Ferraris estaba hecho de una sola pieza. Las actividades simultáneas que desarrollaba se potenciaban por la adrenalina de la época. Su hermana menor lo recuerda con emoción: "Yo de Claudio te puedo decir que era super-estudioso, solidario, muy lindo (risas). Tenía un importante sentido del humor. Mi vieja siempre lo jodía. Él le escribía manifiestos. Hay uno que es redivertido. Era muy independiente. Fue el primero que se fue a vivir allá al fondo cuando se fueron mis tíos. Hacía sus reuniones con sus amigos ahí. Siempre que lo llamaban no había que decir el nombre. Sólo teléfono, pero nunca el nombre".

Con su amigo de la secundaria en el Roca, Juan Pablo Mobili, publicaron Poesía de mimeógrafo. "...No te vi/no estabas/cuando mi hermano caía/y derramaba gota a gota/ el color-el calor- de una bandera/sobre el pavimento". Conoció a Haroldo Conti cuando el escritor visitó una vez La Opinión de Jacobo Timerman. Había cumplido un sueño. Los demás se los arrebató la dictadura cuando iba camino a organizarse sindicalmente con sus compañeros del diario.

G.V.

(Página 12, 9 de abril de 2017)

DOS ARQUEROS DESAPARECEN

Tuvieron un destino común como arqueros y desaparecidos. Antonio Piovoso jugó tres partidos en la primera de Gimnasia y Esgrima La Plata en el torneo Metropolitano de 1973; Claudio Tamburrini debutó en Almagro el 19 de abril de 1975 por el campeonato de la B. El rastro del futbolista platense se perdió para siempre el 6 de diciembre de 1977 durante la última dictadura. Su colega logró escaparse de la Mansión Seré la madrugada del 24 de marzo del 78, donde la Aeronáutica lo mantenía en cautiverio. Piovoso Mengarelli figura en el Nunca Más con el segundo apellido de su madre. Porteño y vecino de Liniers, Tamburrini se exilió en Suecia, donde vive desde agosto del 1979.

Sus casos guardan esas coincidencias significativas y vieron la luz después de salir del túnel más oscuro de nuestra historia. Es cierto que no terminaron igual. Pero el sobreviviente, doctor en filosofía por la Universidad de Estocolmo y docente del Departamento de Filosofía Práctica en la de Gotemburgo, recuerda al estudiante de arquitectura que no pudo culminar su carrera universitaria porque lo secuestró un grupo de tareas por su militancia, usar barba y pelo largo o estar en el lugar equivocado, a la hora equivocada.

Tamburrini se enteró de quién era Piovoso cuando viajó a Buenos Aires en diciembre de 2011. Las preguntas sobre cómo armonizaba su compromiso político y el fútbol para la miniserie de TV, Deporte, Desaparecidos y Dictadura lo acercaron a la historia del Tano. Y así coloca en contexto los hechos.

"En mi época, el deportista que hacía política la hacía desde un desdoblamiento casi esquizofrénico de su personalidad. Una parte de sí – por decirlo de algún modo – hacia deporte y la otra se dedicaba a la militancia política o social sin que en un lado se conocieran las actividades que esa persona realizaba en el otro", cuenta el autor de Pase Libre, el libro en que se basó la película Crónica de una fuga, donde lo interpretó el actor Rodrigo de la Serna.

Hay testimonios que relativizan o no pueden confirmar la militancia de Piovoso. Humberto Bernardo Moirano, amigo y testigo de su secuestro en un estudio de la galería Williams de La Plata, declaró el 30 de octubre de 2002 en los Juicios por la Verdad: "lo único que hicimos alguna vez fue volantear". Liliana Gatti, su compañera de la Facultad de Arquitectura dice sobre el arquero: "lo que puedo recordar es que, cuando él desaparece, hilé algunas cosas. Como por ejemplo que cuando llegaba con las cartas de mi familia, él trataba de no arrimarse a mí en la facultad; él trataba de darme el paquete e irse". Deduce que lo hacía para protegerla: "si él militaba no lo sé, pero quizás tenía amigos que militaran y me protegía a mí desde ese punto".

Héctor Alfredo Piovoso, su hermano mayor, cuenta que "si él tenía alguna militancia, la tuvo muy en secreto". Cree que hubiera sido imposible por todo lo que hacía Antonio: "estudiaba, iba a la facultad todos los días, jugaba al fútbol, viajaba para jugar al fútbol, así que una persona no puede estar militando, sabiendo los momentos que se estaban viviendo, que en cualquier momento paraban al micro, paraban un auto, paraban lo que fuera y lo iban a encontrar. Él nunca dejó de hacer su vida".

Aún con las dudas que plantean estas declaraciones sobre la militancia del arquero, es el único futbolista profesional que jugó en Primera División y continúa desaparecido. Hubo otro que llegó a ese nivel en el fútbol profesional: Ernesto David Rojas de Gimnasia de Jujuy, con la diferencia de que lo mató la CNU. El caso de Piovoso es la antípoda de Edgardo Andrada, quien atajó muchos años. Sumó 184 partidos, sólo en Rosario Central, el club que le dio la fama. Mientras tanto, revistaba como personal civil de inteligencia del ejército. Aparece en la lista que dio a conocer el gobierno nacional por decreto y que cubre el período 1976-1983.

Tamburrini trazó una comparación entre el desaparecido y el agente al servicio de la dictadura que se hacía llamar Antelo: "En su momento y sin duda, en términos de fuerza bruta, Piovoso era el más débil. Fue el secuestrado, el que torturaron y el que desapareció. Andrada tenía una posición de superioridad física concreta en ese momento. A largo plazo yo creo que los roles son inversos. El que hoy es más débil, el que hace gala de una ideología errónea y ha sido derrotado históricamente es Andrada. Y la figura de Antonio Piovoso resurge y crece con el paso del tiempo".

El filósofo que publica trabajos científicos y da clases en Suecia, medita su propia visión sobre el puesto que ocupó en el fútbol: "la figura del arquero es muy peculiar. Es el espectador, el que observa el juego. Han sido por lo general figuras controvertidas, personalidades complicadas o por lo menos destacadas, para expresarlo en términos neutros. Lo vemos con estos dos ejemplos de arqueros. Uno víctima de la represión del Estado y el otro colaborador de las fuerzas represoras. Si uno hace un repaso a las personalidades del fútbol argentino que se destacaron por sus opiniones controvertidas, por haber transformado la dinámica del puesto, es más fácil encontrar ese tipo de personajes entre los arqueros antes que en los jugadores de campo". En efecto, Carrizo, Gatti y Chilavert, por citar tres casos.

El ex número uno de Gimnasia era asmático. Se crio en el barrio Gambier, en las afueras de La Plata, cuya estación de ferrocarril es un viejo recuerdo abandonado. Hizo las divisiones inferiores en Estudiantes hasta tercera, pasó al clásico rival de la ciudad y siguió su carrera en equipos del interior bonaerense: Atlético Mones Cazón, Athletic de Azul, Huracán de Tres Arroyos y Nación de Mar del Plata, donde abandonó el fútbol en 1976.

Medía 1,77, una estatura baja para su puesto. Pero como dice Daniel Guruciaga, otro ex arquero del equipo platense - salió lesionado el día que lo reemplazó Piovoso en su debut contra Argentinos Juniors - "se las ingeniaba y quizás por su personalidad de ser un tipo muy alegre, muy superado, entonces suplía su falta de físico con astucia".

A Tamburrini, militante de la Federación Juvenil Comunista, lo secuestraron el 23 de noviembre del 77 cuando llegaba a su casa de Ciudadela después de un entrenamiento. Compartía el fútbol con sus estudios de filosofía. A Piovoso se lo llevaron desde la galería Williams en el centro de La Plata, un par de semanas después. Había dejado de atajar un año antes y estaba volcado de lleno al estudio y a trabajar como dibujante en un estudio de arquitectura, la carrera que eligió.

El arquero de Almagro retomó el fútbol recién dos años más tarde. Fue en el por entonces rudimentario profesionalismo sueco. Duró poco. Desde entonces, contó decenas de veces la anécdota de la piña recurrente que le daban los represores en Mansión Seré: "entraban y preguntaban: ¿Quién es el arquero de Almagro? Yo, señor, contestaba, y ya me iba poniendo en guardia, porque por lo general me pegaban muy fuerte en la boca del estómago mientras decían: Atajate ésta". Su valioso testimonio en el Juicio a la Juntas de 1985 permitió condenar al brigadier Orlando Ramón Agosti. El arquero de Gimnasia que llegó a ser suplente de Hugo Gatti es hoy uno de los 135 desaparecidos cuyos casos se ventilan en el juicio del centro clandestino de detención La Cacha.

Tamburrini y Piovoso tienen dos historias parecidas con final distinto. Víctimas de la última dictadura y protagonistas del fútbol en los 70, no se conocieron, aunque eso es lo de menos. Para interpretar porque pasó lo que pasó, uno necesita del otro para hacer memoria, para tomar su voz. Por los dos y por los treinta mil.

G.V.

(Página 12, 4 de mayo de 2014)

RAPSODIA BOHEMIA

Un acto por la memoria –y se sabe de qué memoria hablamos cuando hablamos de memoria en la Argentina– es, de por sí, justo y necesario. Atlanta, un club con fútbol, aunque del fútbol deviene su fama, acaba de visibilizar la historia de un deportista desaparecido más. Un deportista de sus entrañas, jugador de básquetbol, pero además socio y dirigente bohemio. Jorge Daniel Toscano militaba, había sido padre veinte días antes de que lo secuestraran, tenía una esposa, y además era joven. El sábado 25 de octubre de 2014, en la sede social de Humboldt 540, donde pasó casi toda su vida, se descubrió una placa en su homenaje. La realizó la artista plástica Gabriela Faggiano.

La historia de Toscano ha sido rescatada por Sentimiento Bohemio, un medio identificado con Atlanta, pero que supera los límites del periodismo partidario. En un extenso artículo de Edgardo Imas, tan documentado como ilustrado con fotografías cedidas por la familia del desaparecido, se explica cómo fue la vida deportiva de ese basquetbolista que llegó a ser dirigido por León Najnudel, el hacedor de nuestra Liga Nacional. Pero el texto no se detiene en el militante peronista, ni en su familia también detenida y torturada (su compañera Nora Bernal, su madre Emma, su cuñada Patricia), ni en los expedientes judiciales que mencionan su caso.

Tiene el valor de reconstruir una época y la saga del club puertas adentro, donde hubo de todo. Desde víctimas de la represión ilegal hasta el hijo de un genocida que fue presidente: Roberto Viola (h.), jugador de básquetbol, futbolista de vuelo bajo y compañero de equipo del desaparecido.

Toscano fue levantado por un grupo de tareas en Bonpland y Niceto Vega, el 30 de enero de 1978. Llevaba en brazos a su bebé, Pablo. Lo acompañaban Nora y su mamá, que hoy tiene 94 años y

asistió al acto en la sede de Atlanta. Su mujer fue secuestrada dos veces. La sometieron a un padecimiento que lideraba los rankings de sadismo: tuvo que ver cómo torturaban a su compañero. Incluso la patota lo llevó a su casa como un trofeo, desahuciado. Hasta que un tal Julián se presentó en el negocio de la familia Bernal para decir que lo habían fusilado.

El destino de este joven alto, delgado, al que apodaban Bolita, se pierde en más de un centro clandestino. Lo que no se perdió fue su historia, que es una pequeña parte del club que lo vio crecer. Cuando Atlanta cumplió su centenario, alguien leyó por la voz del estadio unas palabras del poeta Juan Gelman: "Los mortales nos vamos a tocar el violín en otro barrio. Atlanta nunca morirá". De Toscano podría decirse lo mismo, ahora que una placa lo recordará para siempre.

Su desaparición también fue retratada en la novela Los Bohemios (1999), del periodista Enrique Martín, hincha del club. En un diálogo ficticio, el personaje principal le cuenta a su interlocutor: "Lo conocés, Gallego, de chico jugaba al básquet, y yo te conté que una vez fuimos juntos a Mar del Plata, con Zapato, te conté. [...] pero nadie sabe dónde está, porque no te informan nada, y entonces es como si se lo hubiera tragado la tierra. [...]"

Siglo Bohemio cita en su nota que la hija de un ex presidente de la institución de Villa Crespo, Amadeo Altamura, también fue secuestrada y liberada, pero que no tuvo la misma suerte una novia de Viola (h.), un tiempo antes y durante el gobierno de Isabel Perón: la asesinó la Triple A. "Los Toscano –informa la publicación– estaban muy identificados con Atlanta. Jorge creció en el club, donde su padre, Jorge José (socio activo número 703), y su madre, Emma Ferrario, tuvieron participación en distintas subcomisiones y comisiones directivas durante los años sesenta y setenta."

En ese ámbito era imaginable un futuro deportivo para Toscano. Llegó a integrar el plantel de básquetbol de Primera al que fue promovido para mezclarse con los mejores jugadores de aquella ápoca, entre quienes brillaba el santiagueño Benjamín Arce. Antes había jugado con continuidad en los equipos de las categorías cadetes y menores. Siglo Bohemio recuerda: "Fue en 1970 cuando Viola y Toscano coincidieron en el plantel de cadetes de Atlanta, cuyo DT era el citado León Najnudel y el delegado, Carlos Marchi".

Mónica, la hermana del joven desaparecido, cedió las fotografías familiares que contienen muchos momentos compartidos en el club con su madre Emma, Jorge, sus amigos y compañeros de equipo, y además los mejores jugadores de fútbol que pasaron por Atlanta en los '60. A Toscano se lo ve sonriente, todavía un pibe, con el defensor Oscar Alejo Clariá, en una época donde era más común ver a futbolistas bohemios en la tapa de la revista El Gráfico. También posa en la pileta del club o en la única imagen de color, con saco y corbata, que tenía su mujer, Nora.

La placa que convoca a recordarlo dice: "Daniel Toscano, socio, asambleísta y basquetbolista de Atlanta desaparecido el 30 de enero de 1978". Cuando fue secuestrado, según la memoria y balance del club de los años 1978/80, el presidente era Hugo Masci y el vice Antonio Carbone. Sentimiento Bohemio dice de la máxima autoridad del club que "tampoco se conoce que el presidente de Atlanta, Hugo Masci, haya esbozado alguna preocupación por lo ocurrido con alguien muy conocido en el club como Toscano, cuando se entrevistó con el por entonces teniente general y presidente de facto Jorge Rafael Videla en la Casa Rosada". El encuentro fue a fines de octubre de 1979, un año y nueve meses después de la desaparición del basquetbolista.

G.V.

(Página 12, 27 de octubre de 2014)

EN AZUL HAY UN DÍA DEL ARQUERO

Azul era su pueblo, pero no el color de la ve que lleva la camiseta de su equipo. El Vélez de Azul la tiene verde y no como el de Liniers. Aunque Pedro Frías atajaba y usaba un buzo cualquiera. Hoy sigue desaparecido y siempre se lo recordará como el Paisano. La dictadura genocida se lo tragó el 20 de junio de 1978, un día antes del 6 a 0 de Argentina a Perú en la Copa del Mundo. Justo en ese país decidió exiliarse en 1977. Pero regresó. Entonces se lo llevaron con su compañera María Segunda Casado. Ella estaba embarazada. Los secuestraron en Villa Tesei, cerca de Merlo, donde él había nacido. De muy pibe se mudó al barrio La Tosquera, a la ciudad donde pasó la mayor parte de su vida. Colocada en su memoria, una placa en mármol lo recuerda en una plaza. "Sus viejos trabajaban como empleados en una cabaña en Coronel Suárez, en Cura Malal", recuerda Julio Varela, su compañero de estudios, militancia, trabajo y fútbol en los seleccionados juveniles azuleños.

Además del homenaje en la plaza Juan Manuel de Rosas y de un espacio cultural peronista que lleva su nombre, Frías está presente entre quienes lo conocieron. Son los transmisores de su historia, como Varela, un ex preso político entre 1974 y 1982 que conduce la agrupación 26 de julio local. La referencia a la fecha parece obvia: el fallecimiento de Evita.

Compinches de la vida, los dos tuvieron muchas más afinidades que desencuentros. Si éstos se dieron fue por obra del fútbol. Pedro era fanático de River y Julio es de Boca. Pedro jugaba en el Vélez de Azul y Julio en Alumni, el mismo de donde surgió en las categorías infantiles Matías Almeyda, aunque después pasó a Cemento Armado. Los compañeros integraron distintos equipos: el del barrio Tiro Federal, en la fábrica donde trabajaban, la selección menor de Azul y has-



Pedro Paisano Frías es el arquero cruzado de brazos. Jugaba en Vélez de Azul.

ta una formación de la Jotapé. En un par de fotografías se los ve posando juntos, muy jóvenes.

"El Paisa era un deportista natural y destacado, creo que participó de todo: atletismo, básquet en el club Cemento Armado, vóley, aunque claramente entonces el fútbol era la cita obligada de los domingos...", le contó Varela al periodista Silvio Randazzo en una extensa entrevista para el diario local El Tiempo. Frías comenzó su carrera como futbolista amateur en Vélez y llegó hasta la Primera. Su compañero de la Jotapé y después en Montoneros lo enfrentó más de una vez y –recuerda– "hasta le hice algún gol".

Cuando terminaron la escuela técnica Vicente Pereda en el '67, empezaron a trabajar en Cerámicas San Lorenzo. En esa época la empresa tenía unos 1400 empleados, una cifra que casi quintuplica a la

dotación actual. El Paisano entraba a las 6 de la mañana, salía a las 2 de la tarde y se iba a militar en la Unidad Básica de Azul. El fútbol y su demanda de entrenamientos quedaban para la noche. Así transcurrió su vida hasta 1974, entre la producción de la fábrica, las lecturas de Cortázar y Hernández Arregui y las charlas sobre River, donde tenía dos ídolos: Amadeo Carrizo y Ermindo Onega. "Aunque él como arquero trató de parecerse al Loco Gatti y así se comió unos cuantos goles", dice Varela con una sonrisa, hoy referente del peronismo azuleño.

En los '70 la militancia le iba comiendo espacio al deporte de manera lenta, pero inexorable. "Teníamos responsabilidad política en Azul y la región centro de la provincia. Viajábamos a Plaza de Mayo, participamos del Operativo Dorrego. Entonces el fútbol comenzábamos a dejarlo. Yo me acuerdo que iba a las reuniones con el bolso de la ropa deportiva. Él había pasado de la cuarta a la Primera y jugó en uno de los equipos de mejor campaña de Vélez a mediados de los años '60, creo que en 1964", cuenta Varela. Si fuera así, Frías sería muy pibe. Nació el 4 de octubre de 1948. Su compañero es un año menor y no olvida que "se sabía todas las formaciones de River desde la fundación del club y era muy común verlo con la radio Spika en el bolsillo de la campera para escuchar los partidos de fútbol", recuerda el también ex concejal justicialista.

Varela y dos de los cuatros hermanos de Frías que lo sobrevivieron, Carlos y Oscar –los otros son Teresita y Mario – compartieron hace cuatro años un sentido homenaje al militante desaparecido en la plaza Juan Manuel de Rosas. Fue cuando se inauguró el pasaje de la Identidad Barrial Pedro Paisano Frías, para el 24 de marzo. También se colocó una plaqueta evocativa sobre la esquina de Alvear y Pringles, en uno de los mayores espacios verdes de Azul que tiene dos manzanas. El proyecto, según da cuenta el diario El Tiempo, lo presentó el concejal Gonzalo Rodríguez, del Frente para la Victoria. Fue votado por unanimidad en el Concejo Deliberante.

Azul tiene una densidad de desaparecidos por habitante muy

alta. Son más de cuarenta si se toman en cuenta los que fueron secuestrados en la ciudad y aquellos oriundos que resultaron víctimas de los grupos de tareas en otros puntos del país. Cuatro eran conscriptos del ejército en la guarnición local: Héctor Morandi Risso, José Luis Musmeci Orsi, Alfredo Thomas Molina y José Luis Vicini Alessio. En esa lista todavía están Pedro y María Segunda Casado. La familia Casado fue una de las más golpeadas por la represión. Gaspar Onofre, su hermano, al que le decían Quinto, también está desaparecido. Como María, esperaba un hijo de su pareja Adriana Tasca.

Cuando detuvieron a Frías y Varela en una misma redada el 10 de noviembre de 1974 -el ERP había intentado copar el cuartel de Azul el 19 de enero de ese año-, el acto de militar en la ciudad representaba un riesgo inminente de asesinato, desaparición forzada o un largo período en la cárcel. Ya actuaban las bandas paramilitares de la Triple A. Los dos amigos, trabajadores ceramistas y con futuro de clandestinidad, eran demasiado conocidos como jugadores de Primera en la Liga local. "Cuando mi mujer me festejó los cincuenta años, en el '99, junté mis dos pasiones de esa época, la política y el fútbol." Varela recuerda hasta en los mínimos detalles los cuatro títulos consecutivos que ganó con el plantel de Alumni en 1968, 1969, 1970 y 1971. Su club es el más campeón de la historia en la ciudad ubicada a 300 kilómetros de Buenos Aires.

La otra pasión la sigue despuntando en el día a día, con su militancia en la 26 de julio. Pero una parte de su vida, la de mayor adrenalina, la dejó en los años 60 y 70 antes de que la dictadura cívico-militar lo paseara de penal en penal. Compartió la detención con Dardo Cabo –su referente, también desaparecido– y con Juan Martín Guevara, el hermano del Che. El Paisano Frías, su amigo al que le brindó tributo en el local de Moreno y Guaminí que lleva su nombre, sigue vivo en un torbellino de recuerdos. Todavía cuenta ese gol que le metió cuando él jugaba para Alumni y Pedro para Vélez. El fútbol contribuyó a juntarlos desde pibes, la política los unió más y aunque la dic-

tadura los separó, hoy el Paisano está vivo en la memoria de un pueblo que no olvida. No importa cuán conservadora sea su matriz agropecuaria. Ni tampoco si la historia la escriben los que ganan, porque eso quiere decir que hay otra historia.

G.V.

(Página 12, 12 de agosto de 2018)

UN CICLISTA DE PERÓN

La plazoleta de Villa Lugano frente a la sede de la UOM tiene un monolito que dice: "Ismael Chukri, ciclista y peronista". Se inauguró el 29 de septiembre de 2007 y homenajea al deportista desaparecido de padre turco y madre española secuestrado el 29 de septiembre del '77. Un grupo de tareas se lo llevó del taller mecánico de Cañada de Gómez 4.603, esquina Unanue, donde trabajaba con su hermano Ahmad. No quedaron rastros de su paso por ningún centro clandestino de detención, pero sí de su memoria, una memoria documentada que mantienen viva dos de sus compañeros de militancia: Guillermo Gómez y el ex diputado porteño Carlos Luis Elías. "La unidad básica era la casa de mi abuela", recuerda el primero, que conserva una fotocopia del carnet de la Federación Ciclista Argentina que identificaba al Pato, como lo apodaban. Consta ahí que con 25 años representaba a Boca Juniors. También guarda Gómez otros papeles escaneados, que envía uno tras otro por wathsapp desde su casa de Villa Riachuelo. Son piezas vitales para armar una trayectoria deportiva que derivó en dos competencias que llevan el nombre de Chukri. El Gran Premio de la institución xeneize que se corría en los '90 y el del club Lomas de Zamora que empezó a organizarse en 2001.

"Ismael era mayor que yo. Militaba con Gustavo Rearte, del Peronismo Revolucionario", lo sitúa Elías en el ancho campo del movi-



Monolito colocado en Villa Lugano a la memoria del ciclista Ismael Chukri

miento justicialista. Ya había comenzado la década del '70 y Chukri no era de conversar sobre la otra pasión que convivía en él con la política: el ciclismo. De pibe se había sumado al Círculo Argentino de Ciclistas Juan Perón, del que Gómez mantiene una copia de su credencial o la licencia de corredor fechada en 1963. Comenzada la década del '60, el deportista desaparecido por la última dictadura representó a la Argentina en competencias internacionales. Roberto Baschetti sostiene en su completísimo sitio Militantes del peronismo revolucionario uno por uno, que ganó "varios trofeos".

Un afiche original que Gómez conserva intacto, anuncia el Gran Premio Ciclístico Ismael Chukri de 1993. Se corrió en el ex Circuito KDT el domingo 5 de diciembre de ese año y lo organizó Boca. La prueba fue para veteranos A, B y C y la auspiciaba el taller mecánico de afinación y encendido del hermano menor del ciclista. Repartía un total de 1.300 pesos-dólares de la Convertibilidad y hasta tenía relator oficial: Rubén Ganduglia. Dieciséis años antes de esa carrera

en su homenaje, en aquella primavera trágica de 1977, al Pato lo secuestró una patota en un operativo con zona liberada. Tenía 40 años y según recuerda el ex legislador peronista Elías "vivía con su mamá en Ciudad Evita", aunque militaba en la actual comuna 8 de Lugano. Su compañero evoca que "me enteré de su desaparición cuando fui al taller mecánico. Creo que en esa etapa trabajaba con un taxi". La semblanza de Chukri la completa con sus condiciones humanas: "Era un excelente compañero, humilde, muy sensible a todo y más adelantado que yo. Se sabía expresar muy bien".

La Unidad básica Felipe Vallese donde militaban Chukri, Elías, Gómez y tantos otros, resultó muy castigada por la represión de la dictadura genocida. "Hubo varios desaparecidos en la agrupación", cuenta el último. Todos habían militado por el retorno de Perón el 17 de noviembre de 1972, se habían alineado en agrupaciones cercanas a la CGT de los Argentinos y enfrentado al vandorismo que planteaba un peronismo sin Perón. Habían fundado el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre y la Agrupación 9 de junio. Rearte era uno de los referentes. Gran aficionado al boxeo, murió de leucemia el 1º de julio de 1973 con apenas 41 años. Delfor Soto, un militante y concejal de la vecina La Matanza - también deportista federado- era otro cuadro destacado. Desapareció el 21 de agosto de 1976. Un dirigente importante de Lugano era Ricardo de Luca, del Sindicato de Obreros Navales (SAON), diputado del Frejuli en 1973 y detenido por la dictadura en 1976. Pudo salir hacia el Paraguay, regresó a la Argentina con la democracia y falleció en 2004.

Entre los documentos que atesora Guillermo Gómez está el carnet número 143 del Círculo Argentino de Ciclistas Juan Perón, donde se ve en una fotografía al jovencísimo Chukri con apenas 16 años. También se observa con claridad la dirección donde funcionaba la institución deportiva: la calle Austria 2549, en Barrio Norte. El militante ya veterano pero de prodigiosa memoria lo recuerda al Pato como "un tipo jodón, que era de reírse mucho".

El deporte que practicaba el joven peronista de Villa Lugano registra otro ciclista aficionado desaparecido. Tristán Omar Roldán, de Mar del Plata y militante de la JTP. Un grupo de tareas de la Armada lo secuestró en su ciudad cuando tenía nada más que 19 años. Como él, Chukri figura en la Conadep con el número de legajo 9356. Congresal peronista y fiscal en las elecciones del 73, Gómez dice que "es el único desaparecido que tiene una plazoleta con su nombre en Villa Lugano". Convive en el mismo monolito con una plaqueta recordatoria de José Ignacio Rucci y el escudo peronista que precede a tres palabras: Capital del Peronismo. Cuando Víctor Tito Pandolfi, el último presidente del Concejo Deliberante porteño presentó su proyecto para hacerle el homenaje al ciclista, lo justificó en las dos primeras líneas: "El nombre y la figura de Ismael Chukri están últimamente ligados al deporte, el compromiso político y la solidaridad". Destacó también que había participado en los Juegos Evita cuando era muy joven. Un evento emblemático que es una marca de identidad peronista. Tan peronista como lo fue la militancia del pedalista que representaba a Boca en la década del 60.

G.V.

(Página 12, 24 de marzo de 2019)

GARCÍA, EL BOXEADOR TUPAMARO

La medalla de oro le colgaba a la altura del ombligo. Era peso mosca y los mosca, se sabe, son bajitos, metro sesenta y pico. Gualberto Floreal García la había ganado en los Juegos Panamericanos de 1963; una de las trece (cuatro doradas) que Uruguay conseguiría en San Pablo, Brasil, para clasificarse sexto, un escalón debajo de Cuba, que respiraba los nuevos aires de su revolución. Cuentan las crónicas de la época que el crédito del barrio Los Olivos, cuando llegó al aeropuer-

to de Carrasco, se negó a subir a un viejo Cadillac que lo aguardaba para mostrarse por las calles de Montevideo. El prefirió un camión compartido con sus amigos. La anécdota lo define con precisión quirúrgica, la misma que tuvo para derrotar por puntos al brasileño Pedro Días en aquella final.

"La decisión de los cinco jurados fue unánime", informó el diario uruguayo La Mañana. La inconfundible voz de Buck Canel, un relator de origen hispánico, referente de las transmisiones deportivas en Estados Unidos, mantuvo en vilo a toda su familia por la radio. Hasta que, de pronto, aquel 4 de mayo de 1963 se escuchó: "Gualberto Floreal García, campeón panamericano".

Un año después, en vísperas de los Juegos Olímpicos de Tokio, el mejor boxeador del club Centella se bajaría del viaje. "¿Qué le pasó a ese deportista disciplinado, que nunca faltaba a sus entrenamientos, que no tomaba ni fumaba, que aceptaba las normas más duras desde los primeros años de entrenamiento?", se preguntó el periodista Nelson Lista, del diario vecinal Periscopio, que se edita al otro lado del Río de la Plata, el 20 de mayo de 2006.

Aún hoy, no encuentra una respuesta que lo convenza. "No está claro por qué renunció", se interroga desde Montevideo cuando se lo consulta. ¿Una hipótesis posible? Las promesas incumplidas de los directivos del boxeo que no le consiguieron un trabajo mejor remunerado. O acaso, la que cuenta Uruguay, uno de los hermanos de Floreal (a quien se lo conoce más por el nombre del célebre cantor de tangos, que por Gualberto): "No estuvo de acuerdo con el cambio de técnico que hicieron los dirigentes. Ellos sacaron a Pedro Carrizo, que era del club Olimpia y con quién él se sentía a gusto, y colocaron a Francisco Costanzo, que era del club Nacional".

Lista cita en su extenso e interesante artículo el testimonio de Rocío, la cuarta de los hermanos García: "Cuando él dijo que no iba a Tokio, no habló más. Después vinieron a buscarlo mil veces y no había caso, era de una sola palabra". Esa es la bisagra que mar-

có un antes y un después en la carrera boxística del campeón uruguayo. Ni Tokio, ni los Juegos Olímpicos estaban marcados en el itinerario que imaginó. Sí Minas, la principal ciudad del departamento de Lavalleja. Allí donde vivía uno de sus inseparables amigos, Hugo "Pocho" García.

Pasaron siete años, los puños de Floreal ya eran un lejano recuerdo en el Boxing Club Canillitas o Peñarol y su medalla de oro se transformó en una estadística. Él se había bajado del ring, pero mantenía la guardia en alto. Sus peleas irían cambiando de escenario. De la fábrica textil Cuoopar a la militancia en Tupamaros, su tránsito fue tan rápido como las victorias que acumuló con los guantes en sus comienzos.

En 1971 resultó detenido y terminó en la cárcel de Punta Carretas. Desde allí, el 11 de septiembre de ese año, escaparon 106 guerrilleros y cinco presos comunes. Floreal se quedó adentro. Sus compañeros le habían sugerido que no se fugara porque tenía chances de salir en poco tiempo. Hoy, en donde se levantaba el penal, funciona el shopping más exclusivo de Montevideo.

En febrero de 1972, tras su liberación, viajó hacia el exilio en Santiago de Chile. Se le sumarían después su compañera Mirtha Yolanda Hernández y su pequeño hijo Amaral. El golpe de Augusto Pinochet, estimulado por los Estados Unidos, provocó un nuevo exilio de los García, esta vez en Argentina. Sería la anteúltima escala de la pareja. El 8 de noviembre de 1974, Floreal, Mirtha y tres militantes uruguayos más (Graciela Estefanell, Héctor Brum y su esposa María de los Angeles Corbo), fueron secuestrados en Buenos Aires y trasladados al Uruguay. "Yo ya estoy jugado", le advirtió el ex boxeador a su cuñado Carlos la última vez que lo vio, camino a la casa donde se ocultaba.

El final del campeón panamericano que militaba en el Movimiento Nacional de Liberación Tupamaros lo informaron los diarios uruguayos con la misma letra de molde con que habían ensalzado su

éxito del '63 en San Pablo. El País tituló: "Soca: encuentran cinco cadáveres acribillados". Soca es una pequeña localidad de Canelones, donde el 20 de diciembre de 1974 apareció fusilado Floreal junto a sus compañeros. Lo habían torturado con saña. Sus secuestradores también lo separaron de su hijo Amaral.

Juan Gelman rescató su historia en la contratapa de Página/12 el 22 de mayo de 1998: "Amaral García –que se sepa– fue el primer chiquilín secuestrado en la Argentina en 1975. Asesinaron a sus padres y llegó la orden de asesinarlo también a él: tenía cuatro años, sabía hablar y decir su nombre y apellido. Es decir, era peligroso. El asesino designado, como en el mito de Edipo y algunos cuentos infantiles, no se atrevió a matarlo y lo llevó a algún lugar del interior".

En la actualidad, Amaral es camarógrafo de TV Ciudad, el canal de la intendencia de Montevideo. Su papá, aquel cuya medalla dorada encandilaba desde una fotografía tomada hace 44 años, tiene el nombre de una pequeña plaza circular en la intersección de las calles Torricelli, Chapicuy y Emilio Zola, del montevideano barrio Las Acacias. Juan Gargiulo, el actual presidente del Centella donde Floreal tiró las primeras piñas, justificó el homenaje: "El club entendió que había que hacer justicia con uno de sus socios". La historia del militante popular también lo merecía.

G.V.

(Página 12, 15 de octubre de 2007)

CAPÍTULO 2

REPRESORES, SERVICIOS Y DEPORTISTAS



Angel Racedo y José Bujedo (los primeros de la izquierda) eran árbitros y represores

EL SEÑOR SUÁREZ

El señor Suárez parece un anciano apacible. Goza de todos los derechos ciudadanos, camina por la calle sin urgencias y gusta cubrir su calva con una gorra. Sin embargo, sus apariciones públicas son cada vez más furtivas, acaso porque teme beber un mal trago. Una de las escasas actividades sociales que cumple se desarrolla en el club con el que siempre se identificó: Argentinos Juniors. De vez en cuando suele ver algún partido en el estadio de Ferrocarril Oeste, donde su equipo favorito juega como local. Cuando asiste al fútbol no paga la entrada. Posee el carnet de asociado Nº 322,082 de la institución cu-

yo corazón late en el barrio de La Paternal. Pero además, goza de un privilegio destinado sólo a cierta gente; es socio honorario. También es el presidente de la Comisión de Patrimonio de la entidad.

El señor Suárez abandonó hace tiempo todo vestigio anglosajón de su apellido. En el padrón de socios de Argentinos Juniors figura como Guillermo Suárez (no aparece su primer nombre, Carlos). Ya no es Mason, como Perry, el famoso abogado de una serie de televisión. El genocida indultado, general todopoderoso en los tiempos más sangrientos de la represión ilegal, está en condiciones de votar el próximo 28 de noviembre por cualquiera de las tres listas que se presentan para conducir el club. Su imagen, un tanto difusa para muchos jóvenes argentinos, sobrevuelva a los candidatos -perturba a varios como seguramente despierte simpatías en alguno- y devuelve hacia el presente los más oscuros recuerdos de un pasado inconcebible y cruel.

El señor Suárez no está solo en la institución de La Paternal. Su cuñado, Félix Alejandro Alais, alias el Oso, es el propietario de la empresa de seguridad Fast que custodia el complejo deportivo Malvinas, en la calle Punta Arenas 1271. Este ex comisario fue denunciado el 8 de marzo de 1983 por el oficial inspector de la Policía Federal, Rodolfo Peregrino Fernández, ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU). Su colega lo acusó de integrar la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), bajo la tutela de Alberto Villar y consideró "altamente probable" que haya intervenido en el asesinato del diputado nacional Rodolfo Ortega Peña. Suárez Mason está casado con Noemí Angélica Alais, la hermana del Oso. Pero los lazos familiares y políticos del general no se agotan allí.

Eduardo Anguillesi es el actual titular de la Asamblea de Representantes de Argentinos Juniors y, a su vez, es cuñado de Félix Alais. Hoy aspira a conducir la tesorería del club por la lista Argentinos Unidos que lleva como candidato a la presidencia a Oscar Giménez, quien intentará continuar en el cargo durante un nuevo período.

Anguillesi -un próspero agenciero de loterías-, Alais y Suárez

Mason coinciden a veces en determinados eventos sociales. No resulta casual, entonces, que el ex colaborador del temido comisario Villar haya obtenido la tutela del polideportivo. En tiempos más propicios, el ex jefe del Primer Cuerpo de Ejército y su cuñado solían almorzar en el desmantelado asilo San Miguel, contiguo al predio Malvinas. Ahora, Pajarito trata de pasar inadvertido en la tribuna los días de partido y el Oso es detectado en ocasiones cuando pasa a cobrar por la sede social alguna factura de los servicios que presta Fast.

La lista Frente para el cambio lleva como candidato al máximo cargo al empresario Luis Miguel Segura, vicepresidente durante el período en que el fallecido Próspero Cónsoli gobernaba a la institución. Este había sido militar y hombre de confianza de Suárez Mason, a tal punto que el general llegó a sostenerlo en la presidencia del Círculo de Suboficiales del Ejército cuando tambaleaba en ese puesto durante la dictadura por su filiación peronista.

La dimensión de los favores que el genocida le hizo al club mientras disponía de la vida de tantos argentinos indefensos, obtuvo como moneda de cambio el reconocimiento. Cónsoli, Segura y los dirigentes que conducían formalmente el club, le otorgaron la distinción de socio honorario y presidente de la Comisión de Patrimonio, menciones que, en cualquiera de los dos casos, contribuían a alimentar el ego del siniestro personaje. Varias fuentes coincidieron en que Suárez Mason todavía es socio honorario. No corrió la misma suerte que sus antiguos superiores en las fuerzas armadas -Videla, Massera y el fallecido Agosti- quienes perdieron la misma condición de asociados en River. El personaje que optó por usar sólo su apellido de origen español, no fue despojado de los honores que le concedió el club en el pasado.

Aún hay viejos socios que rescatan la obra realizada por el militar con fondos que le pertenecían a toda la sociedad. Cuando manejaba dos ex empresas del estado como la petrolera YPF y la compañía de aviación Austral, contribuyó con dinero fresco a oxigenar las deterioradas arcas de Argentinos Juniors.

El máximo objetivo que se había fijado fue retener en el plantel profesional a un astro que ya asombraba a todos los hinchas, sin distinción de camisetas: Diego Armando Maradona. Pajarito logró que el futbolista -había debutado en 1976- permaneciera en La Paternal hasta 1980. Según evocan en aquel barrio porteño, impidió que el vicealmirante Carlos Alberto Lacoste -reconocido hincha riverplatensese llevara al zurdo que deslumbraba haciendo filigranas sobre el césped a otro barrio, el de Nuñez.

La lista Alianza Roja, un grupo de dirigentes que se separó de la mayoría oficialista, tiene un integrante al que se le adjudica un vínculo político con el general. Hugo Daniel Maiello, aspirante a la vice-presidencia segunda en los comicios de noviembre de 1998, desmintió esa relación que se basa en su participación dentro de un sector respaldado por Suárez Mason en 1996. En efecto, Maiello fue candidato a primer vocal suplente por la lista perdedora que encabezaba Emilio Asad en las elecciones de marzo de 1996. Este último sí consideraba al militar indultado por el Presidente Carlos Menem "un hombre del club", como consignó Clarín el domingo 3 de diciembre de 1995 en un artículo publicado en su sección Política.

"Yo ocupaba el vigésimo noveno lugar en esa lista. Ni política, ni ideológicamente tengo algo que ver con Suárez Mason. Lo vi una o dos veces y, sí por mi fuera, yo del brazo con él no voy a ningún lado. Es más, en caso de que ganemos las elecciones aspiramos a quitar-le la calidad de socio honorario que hoy mantiene" expresó Maiello. Por su parte, un integrante de la lista que encabeza Luis Segura, confió que "no tratamos el tema de una eventual expulsión". Acaso, porque como la misma fuente agregó, "con el general no se mete nadie".

Socio activo de Argentinos Juniors desde el 5 de setiembre de 1977, el militar no vive en La Paternal. Reside en Barrio Norte, en un cuarto piso de la calle Libertad. En octubre de 1996 le concedió a la revista Noticias un extenso reportaje durante el que se explayó con varias definiciones de su sello. Dijo, entre otras cosas: "yo nunca mandé

fusilar a alguien. A algunos los eliminamos. Creo que eso está más o menos claro" y "la mayoría del periodismo de este país esta infiltrado por la izquierda. Salvo Hadad, que es el más benigno con nosotros".

Quizás ni los propios hinchas del equipo que conduce Osvaldo Chiche Sosa sepan una cosa. Quien gusta presentarse como el señor Suárez, habría sido arquero en las divisiones inferiores del club. Además, su hijo Marcos también le siguió los pasos, aunque no se estiraba de palo a palo como su padre. Jugaba de delantero y, dicen los socios vitalicios memoriosos, que disputó varios partidos oficiales en la tercera división durante la década del setenta.

"Algunas veces iba a entrenarse custodiado por un helicóptero", recordó uno. Tampoco se olvida un encuentro decisivo para el Tifón de Boyacá a comienzos de la década del ochenta y que podía determinar el descenso del club a la B. Cuentan que el señor Suárez se apersonó en el vestuario del árbitro antes del juego y con gesto marcial le dijo al juez: "Espero que tenga un buen partido".

Argentinos Juniors permaneció en Primera A.

G V

(Página 12, noviembre de 1998)

PD: Suárez Mason murió el 21 de julio de 2005 mientras estaba detenido, aunque no recibió condena por los 200 secuestros y 30 homicidios por los que se encontraba procesado.

TÉCNICO DE DÍA, REPRESOR DE NOCHE

El 13 de junio de 1977, después de una misa y cuando las sombras ya se habían apoderado de Libertador General San Martín, un grupo de tareas invadió la casa de la familia Arédez. A su frente estaba Juan de la Cruz Kairuz, un policía que trabajaba como represor por las no-

ches y de día entrenaba al Atlético Ledesma, el club que ese año conduciría en el Campeonato Nacional de la AFA. Este esbirro de la familia Blaquier, propietaria del ingenio azucarero que colaboró con la desaparición de treinta trabajadores durante la última dictadura en aquella zona del noroeste, también había sido un conocido futbolista de Primera División en Atlanta, Newell's, San Martín de Tucumán y Gimnasia de Jujuy entre 1966 y 1975.

Ricardo Arédez grabó en sus retinas aquel episodio que no sería el primero ni el último en su trágica historia familiar. Es el hijo de Olga, la madre de Plaza de Mayo que falleció el 17 de marzo de 2005 después de dar sola y durante años las vueltas del coraje alrededor de la plaza San Martín, allá en Ledesma. Es también el hijo del doctor Luis Arédez, ex intendente del pueblo que osó cobrarle impuestos al ingenio en 1973 y terminó desaparecido el 13 de mayo del '77 cuando salió del hospital de Fraile Pintado, una localidad vecina.

"Se cumplía el primer mes de la desaparición de mi padre y veníamos de una misa. Cuando acabábamos de llegar a casa, tocaron el timbre. Atendí yo y me tiraron la puerta para atrás. Entraron en gran cantidad militares con uniforme y ametralladoras que estaban comandados por Juan de la Cruz Kairuz, que en esa época era técnico de Atlético Ledesma. Me quedó su imagen porque a cada momento salía en reportajes en los diarios y cuando entró a punta de pistola y se llevó un montón de cosas estaba de civil. El daba las órdenes, sabía perfectamente lo que hacía y en un segundo invadieron los tres pisos de mi casa. Sólo estábamos mi mamá, mi abuela y yo, que tenía dieciséis años", recuerda Arédez, quien trabaja hoy en la Universidad de Buenos Aires.

Del fútbol a la represión

El entrenador-represor hace tiempo que dejó de patrullar las calles de Libertador General San Martín, pero continúa en su otra actividad, el fútbol, que le daría cierta notoriedad cuando llegó desde su Tucumán natal a Buenos Aires para jugar en Atlanta. En el club de Villa Crespo, tuvo como compañero de equipo en 1966 a Carlos Timoteo Griguol, quien no lo recuerda: "La verdad, no me acuerdo de él. Como sí de Zubeldía, Artime, Alberto González y Gatti, que vino mucho después. También de Errea, de mi primo Mario... Si lo viera hoy a Kairuz, no lo conocería", cuenta el respetado técnico que salió campeón con Central y Ferro.

En el libro "La historia de Atlanta", cuyo autor es el cordobés Alejandro Domínguez, se lo puede observar al defensor en una fotografía en blanco y negro, formado en un equipo de 1967, el último año en que jugó para los Bohemios. Allí están de pie, Vignale, Biasutto, Lazzarini, Kairuz, Maguna y Perico Raimondo y en cuclillas Cabrera, Puntorero, Jorge Fernández, Salomone y Jorge Domínguez.

La trayectoria del lateral izquierdo nacido el 15 de marzo de 1945, dejó varias huellas en la crónica deportiva de los '60. Un comentario del diario Crónica del 4 de abril de 1967, lo describe como un "marcador con elogiable tendencia ofensiva, audaz en el ataque, tipo Díaz o Marzolini..."

Kairuz había debutado a los 15 años en su provincia, también integró una selección nacional "B" y poco antes de fichar para Atlanta, jugaría uno de los partidos más importantes de su vida deportiva: contra el Santos de Brasil, que visitó San Miguel de Tucumán en 1966. Bastante presumido a la hora de declarar, en un reportaje que le realizó La Razón el 8 de junio del '67, recordaría un hecho que, para él, fue el más destacado de aquel amistoso: "Tuve que marcar a Pelé y al decir de todos los diarios, lo hice perfectamente, al extremo de haberlo anulado".

Sus desempeños en el club de Villa Crespo le dieron una comentada posibilidad de ser transferido a Boca, aunque, finalmente, en enero de 1968 fue vendido a Newell's junto al volante Puntorero. Los dos pases se concretaron a cambio de 18 millones de pesos y la cesión del jugador Vizzo. Hasta 1970, Kairuz jugó en el equipo rosarino. Volvió a San Martín de Tucumán al año siguiente y luego continuó su campaña en Gimnasia de Jujuy, donde se perdieron sus últimos rastros como futbolista en 1975. Durante ese Nacional que ganó River – el segundo título consecutivo después de 18 años de sequía – el Lobo llegó al octogonal final e incluso le empató al campeón 2 a 2.

A fines de ese año, ya se gestaba el golpe militar y Kairuz bifurcaba sus ocupaciones. Como reconocería en un reportaje que le realizó el periodista Pablo Llonto para la revista El Gráfico en 2001, ingresó a las fuerzas de seguridad porque "...el Jefe de la Policía de Jujuy era hincha de fútbol y me ofreció el puesto. Se puede decir que fui lo que se dice hoy un favorecido, un ñoqui..." Un ñoqui que además reconoció en esa nota un dato clave para entender aquel episodio en que se cruzará con los Aredez la noche del 13 de junio de 1977.

"Yo vivía dentro del ingenio..." declaró.

Azúcar amargo

El menor de los Arédez – Ricardo tiene tres hermanos más, Olga, Adriana y Luis – sabe muy bien cómo funcionó el aparato represivo en Ledesma, la ciudad que toma el nombre del emporio azucarero de los Blaquier y donde nació Ariel Ortega. "Allá siempre hubo muchísima impunidad. Porque hay un poder feudal desde hace cien años, aunque no contaban con nuestra forma de tener memoria. La noche de los apagones y la complicidad del ingenio en llevarse a los nuestros en sus móviles, manejados por sus empleados, los denunciamos ante el mundo entero. No tomaron en cuenta que difundiríamos la complicidad del poder económico", sostiene quien apenas era un adolescente cuando Kairuz irrumpió en su casa.

Arédez tampoco olvida la noche del 24 de marzo del '76, cuando detuvieron a su padre por primera vez: "Yo lo vi cuando lo llevaban en una camioneta de la empresa Ledesma, manejada por un empleado de la empresa Ledesma". También lo impactó volver a ver el rostro de ese hombre de semblante duro y de baja estatura que coman-

daba el grupo de tareas que invadió su casa.

"Me impresionó mucho ver esa cara. Que ya fuera un hombre mayor, gordo, en la película Diablo, Familia y Propiedad de Fernando Krichmar. La foto de él, una foto actual, aparece ahí. Hasta donde sabía, trabajó en la seguridad de la Casa de Gobierno de Salta, con el gobernador Romero", dijo el hijo de Olga, la mujer que es un personaje destacado en aquel documental y en otro que produjo el periodista Eduardo Aliverti, Sol de Noche, y que investigó el apagón que permitió el secuestro de 400 personas en Libertador General San Martín y Calilegua.

Kairuz reconoce haber estado conchabado en la policía jujeña durante ocho años, función que desarrolló de modo paralelo al fútbol, donde continuó como director técnico hasta diciembre del 2004. Pasó por varios clubes del noroeste – además de Atlético Ledesma – como Juventud Antoniana y Central Norte de Salta, San Martín de Tucumán y hacia fines del 2004 todavía se desempeñaba en un equipo cuyo nombre le quedaba a medida: Atlético Policial de Catamarca. Su camiseta es igual a la de Boca y por eso les dicen los xeneizes.

"Al club lo fundaron ex policías, pero ya nada tiene que ver con ellos. Además, su fútbol está gerenciado. Se encuentra ubicado en la zona sur de la ciudad, en el barrio La Tablada y lo apoya una hinchada importante. Los dirigentes no quedaron conformes con Kairuz porque el equipo ganaba como local, pero lo goleaban como visitante. Por eso, lo reemplazaron" confió un periodista deportivo de El Ancasti, un diario local.

Desde entonces, nada se sabe del represor con nombre evangélico. Juan de la Cruz, quien acaba de cumplir 60, seguramente añorará tiempos mejores. Algunas fotografías de sus años como futbolista en Primera División, permiten verlo con la camiseta de Atlanta en un Monumental de Núñez repleto o con la rojinegra de Newell's, siguiendo de cerca a Daniel Onega en el estadio del Parque Independencia.

"Yo no puedo convivir con la idea de que este tipo está libre,

que goza de total impunidad, después de haber entrado a mi casa y dar órdenes a viva voz a los soldados que subieron hasta los tanques de agua. El operativo duró como una hora y me marcó muchísimo. Kairuz gritaba instrucciones precisas para hacer todo en el menor tiempo posible y así llevarse un montón de cosas, como sucedió", evoca Arédez con la mirada triste.

Su madre falleció después de sufrir un tumor cancerígeno estimulado por la bagazosis, enfermedad que ocasiona la quema del bagazo – un desecho de la caña de azúcar - que el complejo agroindustrial de los Blaquier realiza al aire libre. Un recurso de amparo contra la empresa se tramitaba hasta marzo de 2005 en la justicia jujeña, donde se pide que "cese la contaminación ambiental provocada por el ingenio Ledesma". La causa corre ahora el riesgo de archivarse porque murió la querellante. Kairuz y otros represores como él, que cumplieron tareas en la empresa, sobrevivieron a Olga Arédez, un símbolo de la lucha por los derechos humanos. Pero no contaban con su inquebrantable lucha. Ricardo explica por qué: "Estábamos nosotros para denunciarlos".

G.V.

(Página 12, 17 de abril de 2005)

Juan de la Cruz Kairuz continúa en libertad. Se presentó en la justicia para que lo investiguen y niega, pese a testimonios que lo incriminan, haber integrado un grupo de tareas en Ledesma, Jujuy.

REPUDIADO Y SIN PELÍCULA

Los últimos rastros de Juan de la Cruz Kairuz se pierden en Salta. En cambio, su imagen y su voz, contenidas en la película Siglo Bohemio,

tienen un destino seguro: el tacho de la basura. Mónica Nizzardo, Aníbal Garisto y Javier Orradre, los realizadores del documental sobre la historia de Atlanta, ya decidieron qué harán con el reportaje al director técnico-represor. Decidieron eliminarlo cuando se enteraron a través de Página/12 de su tenebroso pasado. Un gesto de repudio al ex futbolista que jugó en el club de Villa Crespo entre los años 1966 y 1967.

"¡Qué hijo de puta!", se dijeron los tres, después de saber que aquel marcador de punta tucumano había integrado un grupo de tareas en Ledesma, una localidad jujeña convertida en feudo de la familia Blaquier. Cuando lo entrevistaron para el filme, el 3 de junio del 2004, no tenían idea de que Kairuz había encabezado operativos ilegales durante la dictadura. Por eso, la película se estrenó en el cine Cosmos incluyendo su reportaje, que será borrado en una versión definitiva que los autores aspiran a colocar en el mercado asiático.

Nizzardo es la jefa de prensa de Atlanta. Además, trabaja como actriz de teatro, profesora de música y francés. Siglo Bohemio nació como una idea suya, que luego compartió con sus dos compañeros cineastas. Cuando se le pregunta sobre Kairuz, sin titubeos cuenta la determinación que ya tomó: "Estamos en pleno proceso de cortar la película y ninguno de los tres tuvimos que reflexionar demasiado sobre el tema. Nos dijimos: sí, ya está, este tipo no va. Es como una forma de no avalarlo. Yo no tengo ningún desaparecido cercano, pero tomé conciencia de lo que pasó y me identifico con el dolor de tanta gente que estuvo siempre en la búsqueda de justicia. Ojalá que esto sirva para algo".

Garisto es egresado de una escuela de cine y se especializó en guión. Hincha fanático de Atlanta como los otros realizadores, sigue al equipo desde la popular. Unos volantes que arrojó Nizzardo en el estadio de Villa Crespo lo pusieron al tanto del proyecto, cuando ninguno de los tres se conocía. Para él, si se difunde la historia de Kairuz podrían "cerrársele las puertas de los clubes. Porque había hecho

una carpeta que presentó en Atlanta y también en Tigre para que lo llamaran. Yo no querría en mi institución una persona así. Porque como socio que paga su cuota, no me parece justo que el dinero vaya a parar al sueldo de un represor".

Siglo Bohemio se estrenó el 30 de septiembre del 2004 y las cinco funciones que duró en cartelera fueron seguidas por muchos hinchas. Las imágenes que se ven de Kairuz se lograron gracias al dato que aportó un dirigente. "El tesorero me comentó que un ex jugador de Atlanta estaba dirigiendo a Tigre. Chequeamos quién era con Edgardo Imas, el historiador del club, y salimos a buscarlo. Como no queríamos hacerle el reportaje en el club donde trabajaba, conseguimos el teléfono de una casa de aberturas en la que estaba empleado, la empresa de un familiar suyo", recuerda Nizzardo.

"Nos pareció un hombre muy educado, tranquilo, que habla con ese tono pausado de la gente del interior. Y bueno, le hicimos la entrevista, y nos dijo que había sido el jugador más caro de todos los que vendió Atlanta en su historia. Me acuerdo de que tenía una carpeta con la historia de su transferencia y de sus trabajos como director técnico", agrega Garisto. En efecto, Kairuz fue vendido a Newell's en enero de 1968, junto al volante Puntorero. En esa época, la institución era presidida por el legendario León Kolbowsky, a quien el ex jugador se refiere en la película.

Para los autores, la idea de cortar esas imágenes del represor recibió una buena acogida en el club. "Yo les envíe un mail a varios dirigentes. Y para todos fue una sorpresa saber que Kairuz participó en la represión ilegal. Tomaron el caso con extrañeza y de todos hubo un repudio unánime. No hubo una persona que me haya preguntado: ¿por qué lo vas a sacar de la película?, después de haber comentado nuestra decisión. La tomaron como algo lógico", comenta Nizzardo, hincha de Atlanta por tercera generación.

Garisto coincide con ella. "Hay que darles la espalda a estos personajes que se hicieron fuertes entre 1976 y 1983. A Kairuz lo te-

nemos que sacar de la película, como cuando uno va a comer a un lugar público, hay un represor y se va. Pensamos que Atlanta hará lo mismo y no le va a dar cabida si alguna vez se le ocurre volver".

G.V.

(Página 12, 12 de junio de 2005)

AL SERVICIO DE LA DICTADURA

Edgardo Andrada tiene un sobrenombre con el que se hizo célebre como futbolista y otro que tomó prestado como represor. Tal parece que el Gato se hacía llamar Antelo cuando revistaba como agente de inteligencia. Por ese papel cumplido durante la dictadura, y aunque él atajaba, ya quedó varias veces en offside. La última posición adelantada se la cobró la Justicia en 2010 cuando fue indagado por el secuestro y asesinato de los militantes montoneros Osvaldo Cambiaso y Eduardo Pereyra Rossi ocurridos en mayo de 1983. En la misma semana que se conoció esa noticia, el ex arquero de Rosario Central, Colón y Vasco da Gama de Brasil, entre otros equipos, perdió su trabajo como coordinador de las divisiones inferiores del primer club. Su presidente Norberto Speciale le pidió la renuncia y aseguró que si el acusado era encontrado culpable, él mismo sacará "los posters de Andrada que hay en el Gigante" de Arroyito.

Igual que otro famoso ex jugador en los años 60-70 que niega su participación en la represión ilegal (Juan de la Cruz Kairuz integró la Primera de Newell's), el ex arquero le confesó al periodista Santiago Garat en un extenso artículo del diario digital Redacción Rosario: "no me mates que no tengo nada que ver". "Andrada renunció, ya tiene reemplazo y es más sano para Central", afirmó el vicepresidente 2º del club, Julio Colabianchi en declaraciones a Radio 2 de Rosario.

En su puesto fue designado Patricio Graff, un ex defensor al que después de salir campeón de la Copa Conmebol lo vendieron al Feyenoord holandés y que se retiró en Gimnasia.

Integrante del grupo de tareas mientras jugaba en Colón de Santa Fe y Renato Cesarini de Rosario (antes, entre 1960 y 1977 había atajado en Central y Vasco da Gama), Andrada quedó comprometido por tres razones: su pasado como agente de los servicios de la dictadura, una denuncia anónima que en 1997 recibió el juez federal de San Martín, Alberto Suárez Araujo y la acusación de su compañero durante la represión, Eduardo "el Tucu" Costanzo: éste señaló que pertenecía a "la patota que comandaba Feced", un oficial de Gendarmería que dirigió a la policía rosarina y que participó en el operativo clandestino donde secuestraron a Cambiaso y Pereyra Rossi.

"Tenemos acreditado en el expediente que el 14 de mayo de 1983 en que sucedieron los hechos, Andrada revistaba como agente del destacamento de Inteligencia 121 de Rosario", dijo en su momento el fiscal Juan Patricio Murray. Costanzo, un agente civil del ejército y testigo clave, fue condenado a prisión perpetua por crímenes de lesa humanidad y goza del beneficio de la prisión domiciliaria. Su testimonio permitió reconstruir la historia de Sabrina Gullino, la nieta recuperada número 96 que todavía busca a su hermano mellizo desaparecido. Y confirmó más de un dato aportado por las víctimas de la represión en los juicios relacionados con el Segundo Cuerpo de Ejército.

Andrada había conseguido refugio durante los últimos años en el complejo deportivo donde practican los pibes de Central. Casualmente, está ubicado a pocas cuadras de la fábrica militar Domingo Matheu, que operó como un centro clandestino de detención en la dictadura. "Lo tenían como escondido, metido en una casilla", cuenta el periodista Garat sobre los días que pasaba como coordinador de las divisiones inferiores en la zona sur de Rosario. Había pasado dema-

siado tiempo desde que Pelé le marcara su célebre gol número mil cuando atajaba en Vasco da Gama.

La doble vida del agente de inteligencia y futbolista ya era comentada en Santa Fe cuando atajaba en Colón. José Luis De Santis, su vicepresidente en los años 70, reconoció: "teníamos algunas versiones de que andaba en el Servicio de Inteligencia, pero nada seguro y no sabíamos lo que hacía en su vida privada. Sabíamos de su trayectoria, de su condición profesional de ese momento; fuimos a buscar al arquero, al jugador".

Hasta que Costanzo agravó con su acusación la situación del imputado: "El Gato Andrada era uno más de la patota que estaba en el secuestro de Pereyra Rossi y Cambiaso". Desde marzo del 2005 esperaron el fiscal Murray y la querella que el juez Villafuerte Ruzo se decidiera a indagarlo.

El 21 de marzo de 2017 el periodista Nicolás Lovaisa escribió una de las últimas crónicas sobre el paradero del Gato o Antelo en su blog Datadura: "Andrada se presentó a indagatoria, pero se negó a declarar. Luego, presentó un escrito. El juez Villafuerte Ruzo, con elementos similares al de otros imputados a los que procesó, le dictó la falta de mérito. Basó su decisión en que 'Andrada era una persona sumamente renombrada y popular en todos los ámbitos de la ciudad de Rosario e incluso en el ambiente futbolístico de todo el país, resulta llamativo que ningún testigo lo haya reconocido'. Las hermanas de Cambiaso, Gladys y Ethel, están convencidas, por la información que lograron recabar, que Andrada fue uno de los que golpeó a su hermano la mañana del secuestro. La resolución de Villafuerte Ruzo fue apelada por el fiscal Adolfo Villate, pero confirmada por la Cámara Federal de Apelaciones".

Su historia tiene una semejanza notable con la de Isidoro Gómez, el personaje que interpreta en El Secreto de sus ojos el actor español Javier Godino; un represor de la última dictadura que se mimetiza entre la multitud en un estadio de fútbol (el de Huracán, aunque

es hincha de Racing). Edgardo "Gato" Andrada no salió de una película, aunque su vida pueda parecer cinematográfica. El 2 de enero de 2019 cumplió 80 años.

G.V.

(Página 12, sobre textos del 28 de marzo de 2010 y el 6 de noviembre de 2011)

DOS ÁRBITROS EN OFFSIDE

Se llaman José Francisco Bujedo y Ángel Narciso Racedo. Fueron árbitros de fútbol en los años 70, pero la historia los recordará más como represores de la dictadura. Dirigían partidos en la Liga Marplatense; Bujedo como juez principal y Racedo como su asistente. En cambio, cuando salían a realizar operativos clandestinos desde la base naval (ambos pertenecían a los servicios de inteligencia de la marina), se invertían los roles: Racedo era el jefe bajo el alias de Comisario Pepe y Bujedo su subordinado. El primero murió el 26 de abril de 2015 en el Hospital Naval de Puerto Belgrano, en Punta Alta, por una afección pulmonar. Cumplía en su casa una condena de 12 años de prisión que le había aplicado el Tribunal Oral Federal de Mar del Plata. Su camarada y compañero de terna arbitral espera por la revisión de un fallo donde fue absuelto por el delito de asociación ilícita pero no por el de privación ilegal de la libertad e imposición de tormentos agravados por haber sido cometidos en perjuicio de un perseguido político: Edgardo Rubén Gabbin. El ex suboficial de Infantería de Marina recibió en principio ocho años de condena.

Sus casos revelan la doble vida que llevaban estos militares en la costa bonaerense. Ejercían una actividad de superficie como el fútbol -en la que incluso Bujedo llegó a ser considerado el mejor de la Liga en su época, entre fines de los 60 y comienzos de los 70 -, y en

paralelo se dedicaban a cazar personas en una ciudad donde hubo 290 desaparecidos entre 1976 y 1978. Juan Carlos Morales, el respetado periodista deportivo que nació y trabajaba en Mar del Plata en esa etapa, recuerda al árbitro que quedó retratado para la posteridad en una fotografía junto a Racedo y un asistente más cuando ingresaba al campo de juego con una pelota: "Tenía un nivel destacado, un gran estado atlético y era considerado el mejor".

Otro periodista deportivo marplatense, José Luis Ponsico, describió el 23 de abril de 2001 en el Juicio por la Verdad cómo el secuestro de su colega Amílcar González lo llevó hasta la dupla arbitral. Declaró que un sindicalista de apellido Bellini le había contado que dos referís se reunían en la sede del gremio UTEDyC y que pertenecían a "los servicios de inteligencia de la Marina". En aquel juicio que se desarrolló en Mar del Plata se describe que Ponsico, cuando intentaba averiguar el paradero de González, se entrevistó con Bujedo y Racedo. Al primero lo conocía por su labor como cronista deportivo. Del segundo tenía las referencias de Bellini: "Ojo, que en esta situación el jefe es Racedo y Bujedo es el segundo. ¿Sabés como lo llaman acá? (...) Lo llaman el comisario Pepe".

El referí vive en Mar del Plata y su compañero residía en Punta Alta hasta que fue detenido el 26 de agosto de 2008. Bujedo estuvo vinculado en 2007 al Ente Municipal de Deportes y Recreación (EMDER) de General Pueyrredón y presidía la sociedad de fomento marplatense San Carlos, mientras que Racedo vendía souvenires en un local de la principal galería de aquella ciudad cercana a Bahía Blanca, donde también incursionó en otra curiosa actividad. La revista Dazebao de Punta Alta, en un artículo publicado el 18 de octubre de 2008, explicó de qué se trataba:

"Intentó mantener un perfil bajo, aunque durante los '90 tuvo una cierta exposición pública al obtener por tres años la concesión de los carnavales de la ciudad de Punta Alta. Cuando tuvo que contratar personal para cobrar las entradas de "los corsos" dejó en evidencia

sus contactos: el primer año fueron los scouts navales; el segundo los infantes de la Escuela de Infantería de Marina que estaban de franco; al tercero lo mismo pero con los policías de la base".

Bujedo y Racedo son muy distintos físicamente. El árbitro es un hombre calvo y de baja estatura, a juzgar por las fotos en que vestía de negro y de pantalones cortos y que ya lo mostraban con una pelada inocultable. Su ladero en las canchas y en las mazmorras de Mar del Plata, según surge de las denuncias presentadas en la Justicia Federal, medía 1,80, tenía ojos verdes y el pelo ralo y canoso. La misma imagen que tomó el diario La Capital de Mar del Plata en que se ve a ambos junto a un tercer árbitro, le permitió al abogado César Sivo, quien patrocina a varios familiares de desaparecidos, identificarlo. "Es Racedo, el de pelo ondeado" le dijo a este diario sin dudar.

El hombre que vivía en Punta Alta sin ser molestado, siguió su carrera arbitral en la llamada Liga del Sur. Se explica por una sencilla razón: los marinos de guerra son mayoría en esa ciudad que posee la mejor calidad de vida del país (según un ranking reciente elaborado por un grupo de investigadores del Conicet). El 70 por ciento de su población de unos 60 mil habitantes depende directa o indirectamente de la base de Puerto Belgrano. En el legajo número 304.062 del marino Racedo, consta un pedido de autorización de marzo del 80 a su jefe naval para que pueda desempeñarse en aquella Liga, que reúne a clubes de Bahía Blanca y de localidades vecinas.

Lo firma el teniente de navío Enrique de León: "...desde hace varios años, siendo representante del consejo federal argentino y contando con la correspondiente autorización de la dirección del personal para desempeñarse como árbitro de la asociación marplatense..." El sello que acompaña el texto dice "Contra Inteligencia Operaciones Base Naval I.M Baterías" y está contenido en la investigación que llevó adelante la Secretaría de Derechos Humanos bonaerense.

En la Asociación Bahiense de Árbitros (ABA) que Racedo condujo en la década del 80, incluso cuando todavía se mantenía en actividad, se sorprendieron con la noticia de su arresto. "Fue un balde de agua fría", graficó un joven referí que atendió el teléfono de la sede gremial. En la ABA se dan cursos de arbitraje como el que desarrolló el instructor Juan Carlos Crespi, un conocido ex juez internacional de la AFA. Su presidente en 2008 era Marcelo Sánchez. Y Alberto Martínez, el afiliado más antiguo del sindicato, conducía la Escuela arbitral. Es la persona que – cuentan en el gremio – conoce mejor que nadie la trayectoria deportiva de Racedo.

Apenas lo detuvo la gendarmería, el represor se presentó así: "No tengo nada que ver. En los 70 yo era árbitro de fútbol". La coartada es más cínica que inverosímil y no lo salvó de quedar involucrado en la causa del Circuito Represivo Base Naval Mar del Plata. Durante los años en que Racedo operaba en la ciudad balnearia, también desaparecía gente en Punta Alta. Héctor González, ex secretario de Gobierno local durante la gestión del intendente peronista Jorge Izarra (1995-2003), sobrevivió para contarlo.

Estuvo detenido cinco años entre 1976 y 1981, tiene muy presente al marino y recuerda que "ya en democracia, continuaba siendo árbitro". A su salida de la cárcel, y de regreso en su pago chico, los mismos que lo habían secuestrado a cara descubierta le dijeron con sorna: "González, sin rencores, ¿no?". Él mismo se responde aquella frase con otra: "Hacíamos política en el riñón del enemigo". Su definición es todo un símbolo, como que el conocido represor Ricardo Miguel Cavallo, alias Sérpico, nació en Punta Alta. Muchos como él hacían operativos en sus calles cuando Racedo y Bujedo combinaban sus entrenamientos como árbitros con los secuestros, desapariciones y tormentos en Mar del Plata.

El primero estuvo detenido en la Unidad 44 de Batán cuando se descubrió su pasado como represor. Volvió a estar cerca de su compañero de arbitraje, como cuando en la dictadura dirigían partidos en el estadio General San Martín, que bien podían ser los clásicos entre Aldosivi y Alvarado o Kimberley y San Lorenzo de Mar del Plata, uno de los cuales todavía es recordado por el polémico desempeño de Bujedo.

Los memoriosos del fútbol cuentan que, en la principal ciudad balnearia del país, siempre se habló de un grupo de represores que recaudaba unos pesos más poniéndose los pantalones cortos para hacer sonar el silbato o levantar el banderín en una posición adelantada. Racedo y Bujedo fueron sus más conocidos exponentes.

G.V.

(Página 12, 9 de noviembre de 2008, con la actualización necesaria)

LA PROFESIÓN COMO ESCUDO VIL

Dos periodistas deportivos, uno de ellos ya fallecido, integraron el aparato de Inteligencia de la última dictadura en La Pampa. Feliciano Losada, el muerto, presidió el Círculo de Periodistas Deportivos de la provincia, y un premio otorgado por la entidad llevaba su nombre hasta 2009. Jorge Zaldarriaga supo ser relator de fútbol y se desempeñó en Radio Nacional como locutor. Ambos quedaron en evidencia el año pasado, cuando el gobierno nacional de Cristina Kirchner difundió las listas de agentes civiles que revistaban en las tres armas. A fines de 2010, la distinción al atleta pampeano con mejor proyección internacional dejó de llamarse Losada, en repudio a su papel como delator. Su colega también soportó el rechazo de la comunidad. Devenido folclorista, lo bajaron del escenario cuando se disponía a actuar con su dúo por los festejos del Bicentenario. Sus historias reflejan las conductas impronunciables de quienes trabajaron a sueldo del régimen militar mimetizados en la sociedad. Ni siguiera Bernardo Neustadt, re-

dactor de la revista Racing, y José María Muñoz, la voz del Mundial '78, habían llegado a tanto. Ellos hicieron otro tipo de daño.

El caso de Losada, un agente de reunión, como aparece en la nómina de quienes reportaban al Destacamento de Inteligencia 601, se conoce hace bastante tiempo en La Pampa. Esa categoría en el aparato represivo implicaba tareas como la infiltración en organismos de derechos humanos, sindicatos e institutos de enseñanza. Incluso, la participación en acciones armadas. Al mismo tiempo, Losada trabajaba en el desaparecido diario La Capital, en La Reforma y en la Facultad de Agronomía de la universidad nacional de su provincia como personal no docente. Lideró, ya en democracia, el Círculo de Periodistas Deportivos en la década del '80. En la siguiente, se transformó en dirigente de la Unión de Jubilados Civiles y en candidato a integrar el Instituto de Seguridad Social pampeano. Oscar Gatica, director de Coordinación Institucional de la Secretaría de Derechos Humanos pampeana, citado por Diario Textual.com, dijo que "el caso más conocido es el de Feliciano Losada. En ese momento, se decía y se sospechaba que era de la SIDE. Ya antes del golpe del '76 se decía. Siempre fue un nombre que estuvo dando vueltas, pero era de difícil comprobación".

Hasta fines del 2010, el Círculo de Periodistas Deportivos no había sopesado debidamente los antecedentes de Losada. En un artículo publicado el 3 de noviembre titulado "Círculo de Periodistas sigue 'homenajeando' a un delator del Batallón 601", el diario digital describía que el Premio Internacional Feliciano Losada otorgado a los más destacados atletas pampeanos se seguiría entregando. Un mes después, en diciembre, la repercusión que ya había generado la lista de 39 pampeanos que integraban el aparato de Inteligencia –conocida en febrero del 2010– acabó con el reconocimiento al periodista por los "servicios prestados". Ahora el galardón se llama Raúl "Poroto" Arballo, en memoria de un veterano cronista deportivo fallecido en abril del año pasado. Se concede a deportistas de 33 disciplinas diferentes.

De Losada hay que agregar un detalle: era concuñado del represor prófugo Luis Enrique Baraldini, ex jefe de Policía de La Pampa desde el golpe del '76, acusado por 214 secuestros y torturas en el juicio de la Subzona 1.4. El militar, un coronel carapintada que el 3 de diciembre de 1990 se sublevó a las órdenes de Mohamed Alí Seineldín, fue condenado por el hecho y cumplió prisión en Campo de Mayo hasta que lo indultó Eduardo Duhalde en 2002. Sus últimos pasos se pueden rastrear en Bolivia, en Santa Cruz de la Sierra, donde llevaba una vida en apariencia normal. Adiestraba militares que en 2005 lo condecoraron por su "vocación de servicio" y se daba el gusto de dedicarse a la equitación. En actos públicos también se hacía pasar como Luis Pellegri, integrante del Círculo de Caballería. Un pedido de captura internacional pesaba sobre él y cuando fue extraditado tuvo que responder por sus crímenes. Le dieron prisión domiciliaria cuando cumplió los 70, aunque se lo vio por la calle en agosto de 2018. Losada, en cambio, se murió sabiendo que gozaba del reconocimiento de sus colegas. "No se habló demasiado del tema en estos meses, pero el Círculo ni siguiera sacó una nota aclaratoria. Estaban todos los elementos para hacerlo", explicó el periodista deportivo Juan Carlos Jáuregui, de General Pico.

El Sapo Zaldarriaga revistaba en el aparato de Inteligencia como "dactilógrafo". Con Losada tuvieron en común que presidieron el Círculo de Periodistas Deportivos de La Pampa en distintas etapas. A diferencia del veterano cronista que falleció sin poder describirle a la Justicia cómo delataba gente entre 1976 y 1983, el relator de fútbol todavía está en condiciones de contar qué hizo durante aquellos años. Retirado de las canchas, se dedicó al folclore y estuvo muy cerca de subir a un escenario por los festejos del Bicentenario el 25 de mayo de 2010. No pudo porque el promotor del espectáculo, Gustavo Díaz, se percató de su pasado como infiltrado del Ejército y decidió cancelar su actuación en el Teatro Español con el dúo Zaldarriaga-González.

Mario Canoba, presidente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de la provincia, convalidó esa determinación: "Tendremos un festejo acorde, sin colaboradores de la dictadura arriba del escenario", le dijo a El Diario de La Pampa. "Si bien es cierto que no juzgamos la situación de Zaldarriaga porque nosotros no somos jueces, hay un documento que avala su participación y nadie puede quedar al margen, y hay que tomar decisiones rápidas por el bien de la democracia y la defensa de los derechos humanos", agregó.

Losada y el relator se reportaban al Destacamento de Inteligencia cuya sede se levantaba frente a la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), en la calle Quintana de Santa Rosa. La lista que los delató por ser delatores -vaya paradoja- tenía la firma del ex jefe de Inteligencia del Ejército, César Milani, condenado y detenido por delitos de lesa humanidad. En ella figura también un periodista más, Gerardo Adán Yanes, quien es director de un semanario de distribución gratuita, Región Empresa Periodística. "Me sorprende, la verdad, me sorprende", respondió cuando lo consultó Maracódigital.com, un portal de General Pico. El título del libro que escribió el periodista Fernando Ferreira en 2008 sobre el papel que cumplió el periodismo deportivo durante la dictadura viene bien para definir los casos de Losada y Zaldarriaga: "Hechos pelota", se llama. La lista con los 4300 agentes del 601 sólo aporta los nombres y la función que cumplían en el batallón. Los agentes de reunión como Losada eran los que acopiaban información más sensible. Buchones que aún se confunden entre la gente a cualquier hora y en cualquier sitio.

G.V.

(Página 12, 9 de enero de 2011, con la actualización necesaria)

DEL BATALLÓN 601 A ALL BOYS

La llamada telefónica pretendía dar con Francisco Capellano, un ex integrante del personal civil de inteligencia durante la última dictadura. Pero otra voz atendió el celular. Un dirigente respondió que el número no le pertenecía más al ex jefe de seguridad y gerente general de All Boys. El 11 de junio pasado había dejado de pertenecer a la institución del barrio de Floresta. "Nos decía siempre que nunca había estado en una fuerza de seguridad", comentó la fuente que pidió reserva de su nombre porque el ex empleado jerárquico acaba de iniciarle juicio al club y no quiere complicar la cuestión litigiosa. La anécdota describe cómo terminó la relación laboral entre la institución de Primera B y el ex colaborador del régimen que dio el golpe de Estado en el '76. Pero, además, demuestra otra situación delicada: los servicios con ese pasado están entre nosotros, contratados en empresas públicas o privadas, y hasta llegaron al fútbol.

A fojas 16 del listado del personal de la Dirección General de Inteligencia entre 1976 y 1983, y con el número de orden 834, aparece Francisco Capellano. Fue uno de los efectivos que revistaban en el Batallón 601 y cumplía funciones de "seguridad". Otros realizaban tareas como agentes de recolección de datos, analistas y auxiliares de inteligencia, asesores militares, agentes de censura y quienes cubrían todo tipo de tareas administrativas o frecuentaban de uniforme el edificio de Callao y Viamonte, desde dactilógrafos a oficiales del Ejército.

En All Boys dicen que se enteraron por Página/12 de la trayectoria como servicio de la dictadura de su ex empleado. "No sabíamos del tema. Él dijo que nunca había estado en una fuerza de seguridad. En el club llegó a jefe del área y fue adquiriendo tanto poder que se lo nombró gerente." La misma fuente agregó: "Si hizo inteligencia en All Boys me tiene sin cuidado. Acá la mayoría es gente del barrio, nos co-

nocemos todos. Yo vengo a este club desde que tenía doce años".

¿Por qué adquirió tanto poder el hombre que comenzó en All Boys contratado como personal de seguridad en los accesos al estadio? ¿Por qué se había convertido en el vocero del club, casi un alter ego de la Comisión Directiva, para ventilar temas como los operativos en la cancha de Floresta? Se dirá lo obvio: porque era el jefe de seguridad. Pero Capellano llegó a la institución en septiembre de 2002 como empleado de Prosegur y el sitio web http://www.elhinchadeallboys.com.ar lo define como el "hombre fuerte de Bugallo".

Bugallo es Roberto, el presidente del club que asumió en el 2000. El mismo que una vez admitió que "todos los dirigentes del fútbol argentino conocemos a los barrabravas y hablamos con ellos. Lo que pasa es que en algunos clubes se vuelven incontrolables, terminan manejando las instituciones y tienen más peso que los propios directivos". Es cierto, y para eso estaba Capellano. Supuestamente, para controlarlos. Y a juzgar por su verborragia y cierto reconocimiento que había recibido por su labor, se mostraba satisfecho. Bugallo lo elogiaba en Olé cuando el equipo lograba el Ascenso a la B Nacional en 2008: "Ni hablar de Francisco Capellano, Diego Desanzo o Catapano, que me acompañan desde el comienzo de mi gestión. Les debo mucho". Palabras del presidente.

Pasaron apenas dos años y el club ya jugaba en Primera. Su carrera ascendente era simétrica al protagonismo que iba ganando su empleado jerárquico. "All Boys ha quedado en la historia por un recambio histórico. Que la Policía Federal haya sido reemplazada por seguridad privada dentro de un estadio no es broma y es algo realmente importantísimo." El testimonio de Capellano se puede ver en http://www.youtu be.com/watch?v=ZvffJxap1X8 y es de agosto de 2011. Los medios deportivos llegaron a titular: "All Boys: el estadio más seguro del fútbol argentino".

Aquella noche en que hacía esas declaraciones, la empresa de seguridad privada MSM había reemplazado a la Policía Federal. El

objetivo acordado entre el gobierno nacional y el club era posibilitar una mayor presencia de efectivos en las calles. All Boys, quizás para sorpresa de muchos, había sido elegido por el Ministerio de Seguridad y su por entonces ministra Nilda Garré como modelo para llevar a cabo esta política.

Capellano había sido distinguido en 2010 por los árbitros de la AFA. En una votación anual que realizan, lo eligieron como el mejor jefe de seguridad. En el apogeo de su popularidad en All Boys declaraba: "En la Capital Federal el fútbol está ocupando entre 4000 y 5000 policías por fin de semana, por lo que se busca que se aboquen a la seguridad del barrio y no de una cancha. A partir de esto se fueron chequeando los estadios y decidieron que All Boys era el más propicio para esta prueba piloto. Se pusieron en contacto con nosotros y se hizo una reunión con Bugallo y el secretario de Seguridad, el doctor (Juan Carlos) Blanco, donde nos contaron de qué se trataba y nos preguntaron si íbamos a acompañar el proyecto. Nos pareció que había que acompañar el proyecto ya que no se puede predicar con lo que no se hace".

A Capellano se le fue apagando la estrella. El despido del ex personal de inteligencia en junio pasado no habría sido por un solo hecho. Hubo una actitud suya –según la fuente de All Boys– que no le cayó bien al presidente durante un acto en que se entregaron plaquetas a personalidades destacadas en la historia del club. Habría sido un desplante, o algo parecido. Pero el desencadenante, a juzgar por la proximidad de las fechas, serían los incidentes que ocurrieron el sábado 8 de junio, en el estadio de Vélez. Por ellos se suspendió el partido que jugaban el local y All Boys a los 26 minutos del primer tiempo. Los dirigentes de ambos clubes dejaron trascender en los medios que hubo una mano negra, sin mencionarla, pero lo concreto es que tres días después, el club de Floresta prescindió de su gerente general y jefe de seguridad.

Capellano, además de revistar entre el personal de Inteligen-

cia desde 1976 a 1983, aún figura en registros comerciales como empleado del club de Floresta y con actividad en la enseñanza de nivel inicial y general básica en instituciones de formación superior, colegios universitarios y universidades por correspondencia.

G.V. (Página 12, 4 de agosto de 2013)

CAPÍTULO 3

DEL MUNDIAL '78 A MALVINAS



Juan Colombo, el delantero de Estudiantes que combatió en Malvinas (a la izquierda).

CUANDO EL FÚTBOL SE LO COMIÓ TODO

Cambian los nombres pero continúa la misma política. Tampoco se modificó la estrategia de dominación que emplea ardides o mentiras para oprimir al mundo. George W. Bush puede ser como Richard Nixon y Colin Powell como Henry Kissinger. Es igual, no importa. Con la pantalla de un Mundial de Fútbol o con las armas de destrucción masiva como pretexto, el Imperio avanza, al revés que en la zaga sobre La guerra de las galaxias, en que el imperio de ficción contraataca.

En 1978, Estados Unidos intentaba desembarazarse de uno

de los tantos enemigos que se ha ganado en la humanidad durante sus 228 años de historia. El propio Kissinger, de visita en la Argentina para acompañar a sus esbirros de la dictadura, lo definía sin ambages: "Hay que terminar con el chantaje comunista, enfrentándolo sin miedo". Y daba como ejemplo a la república socialista de Fidel y del Che: "Hay que poner fin a la aventura imperial de Cuba (Sic) que manda soldados a África".

Aquí, mientras se jugaba el Mundial '78, hacían de las suyas los torturadores que aprendieron tormentos en la misma escuela que otras bestias, las mismas que hoy se ensañan con el pueblo iraquí. Les daba lo mismo que fuera a un puñado de cuadras del estadio Monumental de River (en la ESMA), del Chateau Carreras cordobés (en la Perla) o del mundialista de Mar del Plata (en la Base Naval). Esa era la manera en que se enfrentaba al fantasmal "chantaje comunista". Cuando se despellejaba o electrocutaba a militantes populares en las catacumbas de los centros clandestinos de detención, en la superficie, a ras del césped, se jugaba al fútbol, un antídoto comprobado en cualquier época contra disidentes u objetores de conciencia.

De Mussolini a Videla

Mussolini y el Mundial de Italia en 1934, Hitler y sus Juegos Olímpicos del '36, Franco y el Real Madrid que ganaba todo lo que se proponía en los años '50 y '60, son apenas algunos ejemplos de cómo el deporte – y en particular el fútbol – puede convertirse en un narcótico que opere con eficacia sobre el cuerpo social. Osvaldo Bayer, refiriéndose a los militantes anarquistas y socialistas de principios del siglo XX, describe en su libro "Fútbol Argentino" (Sudamericana 1990): "Comparaban, por sus defectos, al fútbol con la religión, sintetizando su crítica en el lema: "misa y pelota: la peor droga para los pueblos".

La utilización del Mundial '78 como antifaz del régimen fue confesada a todo el mundo por los amos y señores de ese gran cam-

po de concentración en que se convirtió la nación: "Este fue un triunfo de la Argentina que excede el ámbito estricto de lo deportivo. Esta fue la confirmación de la nunca desmentida victoria de la Argentina como país", expresaba el genocida Videla. A su lado, Kissinger, el ideólogo de varias intervenciones militares en América Latina, le ponía la frutilla al postre: "Fue una fiesta magnífica, con un merecido vencedor. Esto, y no sólo por la conquista deportiva, es una prueba irrefutable de lo que son capaces de hacer los argentinos". Del resto se ocuparían los procónsules del Imperio como él.

La historia puede ser útil para relacionar entre sí las intervenciones militares, más o menos encubiertas, en diferentes lugares del planeta. A la Argentina no hizo falta mandar tropas para dar un golpe de estado en 1976 como ocurrió en la isla de Granada, Panamá o República Dominicana en distintas épocas. La guerra sucia, como la denominaron los propios militares, se hizo con genocidas, torturadores y secuestradores formados en la Escuela de las Américas, epicentro de la maquinaria bélica y de inteligencia con que Estados Unidos escarmentó a países hostiles durante décadas.

Cuando ellos cumplían su faena en nuestra tierra, el Mundial surtía el mismo efecto que la música en los campos de concentración: garantizaba que nadie escuchara o viera a las víctimas de la tragedia. O acaso, ¿quién les prestaría atención a sus familiares mientras se jugaba un campeonato financiado con 517 millones de dólares, unos 400 más que los pagados por España en la edición siguiente de 1982?

La prensa y el Mundial

El Mundial se transmitió a todas partes por Argentina Televisora Color (ATC) y, fue tal la penetración que alcanzó en los sitios más alejados del globo que, a poco de finalizar el torneo, el dictador ugandés, ldi Amín, invitó al seleccionado argentino a pasar dos semanas de descanso en esa nación africana. Esa, la del éxito deportivo, fue la imagen que recorrió el mundo. El régimen nos atribuía ser derechos y huma-

nos, slogan que José María Muñoz, el relator emblemático de aquellos años, esparcía por el aire convertido en un cruzado futbolístico.

Las revistas de Editorial Atlántida se destacaron en la campaña que pretendía edulcorar lo que sucedía en el país. Para ti obsequiaba postales a sus lectores para que las enviaran a quienes protestaban en Europa por las violaciones a los derechos humanos. Somos se alarmaba cuando ya había comenzado el Mundial de que un "subversivo" encarcelado como Adolfo Pérez Esquivel pudiera ganar el Premio Nobel de la Paz. El Gráfico publicaba una carta apócrifa que el capitán de la selección holandesa, Ruud Krol, jamás le envió a su hija y que se convertiría en algo "indigno, artero y cobarde", según el propio futbolista.

El texto que se le atribuía decía: "Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en la Argentina. Pero no es así. Es una mentirita infantil. Esta no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la Paz... Papá está bien. Tiene tu muñeca y un batallón de soldaditos que lo cuidan y que de sus fusiles disparan flores. Diles a tus amiguitos la verdad, Argentina es tierra de amor". La carta fue escrita por el periodista Enrique Romero, aunque él dijo años después que Krol la autorizó. "Jamás escribí eso", retrucó el holandés.

Bernardo Neustadt se ufanaba en la revista La Semana que Kissinger, cuatro horas antes de que se disputara la final del Mundial, le había dicho: "Argentina le gana a Holanda 3 a 1", como en efecto ocurrió. La periodista Reneé Salas, de la revista Gente, según revela el libro El Terror y la Gloria, de Abel Gilbert y Miguel Vitagliano (una investigación sobre la Argentina en tiempos del Mundial '78), recorría las redacciones de medios europeos "para conocer las razones que los llevan a publicar notas contra la Argentina y qué argumentos tienen. En toda Europa hay una moda antiargentina. Es la moda de los intelectuales de izquierda. Es mucho más nota un jefe montonero que yo, y eso no lo dudes", diría.

Mientras estos periodistas beatificaban a la dictadura militar y casi un centenar de compañeros, que entendía el oficio de otro modo, desaparecía en sus mazmorras, el Mundial se continuaba disputando bajo la atenta mirada de Kissinger, conmovido hasta los tuétanos por la parafernalia desplegada. Su presencia en la Argentina de aquella época – según el despreciable Neustadt "el más importante visitante que tuvo la Argentina durante el Mundial" – resultó más que simbólica. Icono de la guerra fría, pieza clave de la política exterior imperialista en la guerra de Vietnam, Kissinger jamás había pisado nuestro suelo, ni siquiera como secretario de Estado de EE.UU.

Vino para recordarnos lo que éramos capaces de hacer. Presenció más de un partido decisivo y hasta se permitió sugerir antes de partir: "Busquen la democracia, pero con autoridad". No debe haber demasiada diferencia con lo que Powell les dice hoy a los iraquíes. Puede ser tan sólo una coincidencia de la misma política, aunque hayan cambiado los protagonistas. Qué más da.

G.V.

(Periódico de las Madres de Plaza de Mayo, junio de 2004)

LACOSTE, EL HOMBRE DEL MUNDIAL

"El hito histórico no es el Mundial ni el fútbol. El hito histórico es que pasamos de perdedores a ganadores. No en fútbol, en todo". (Carlos Alberto Lacoste).

El gesto altivo y la pose de marino sedicioso que lo caracterizaban se habían ajado con el paso del tiempo. Ya setentón, sólo conservaba su aspecto rollizo – que hacía juego con su apodo de juventud, el Gordo – y un pasado tan siniestro como la dictadura militar que lo había entronizado en puestos clave: Presidente provisional de la Nación, minis-

tro de Acción Social, titular del Banco Hipotecario y de la Secretaría de Vivienda. Pero en ninguna de esas funciones, ni siquiera en los once días que condujo al país durante diciembre de 1981, Carlos Alberto Lacoste acumularía tanto poder como en el fútbol.

Fue la cara del régimen en nuestro deporte masivo, controló al Ente Autárquico Mundial '78 y, por añadidura, todo lo relativo al campeonato que se jugó ese año mientras desaparecían miles de argentinos. Su mando, incluso, no decreció ni siquiera en democracia. Conservó la vicepresidencia de la FIFA hasta que Julio Grondona lo reemplazó en ese cargo cuando gobernaba Raúl Alfonsín. Con la muerte del vicealmirante, hombre de Emilio Massera y de José López Rega también, parecería que concluye la historia política más sombría del fútbol nacional, aunque en realidad es al revés: simbolizó una etapa sobre la que aún resta investigarse y escribirse demasiado.

Lacoste había nacido el 2 de febrero de 1929 en el barrio de Belgrano, donde solía vérselo caminar sin contratiempos por sus calles. Cierta vez, este periodista notó su presencia cuando esperaba para ingresar al cine a una cuadra de Cabildo y Juramento. Por entonces, otros militares como él, ya vivían cada tanto esporádicas temporadas tras las rejas. Pero a él, la gente no lo reconocía y ese era su mejor salvoconducto para pasar inadvertido.

Integrante de la promoción 77 de la Armada, había participado en el golpe de 1955 y a partir de 1961 se instaló seis años en los Estados Unidos para realizar cursos en administración y armamentos. Era primo de Raquel Hartridge de Videla y también primo político de Leopoldo Galtieri. Esos vínculos familiares explican en parte, sólo en parte, su carrera como funcionario de la última dictadura.

En octubre de 1974 y como capitán de navío, se sumó a la comisión formada en el Ministerio de Bienestar Social para tratar de organizar el Mundial '78. Representaba a la marina en ese ámbito donde convergían el comisario Domingo Tesone, quien años después sería presidente de Argentinos Juniors, Paulino Niembro, el sindicalista y dirigente de Nueva Chicago que concurría en representación de la AFA y hasta el mismísimo Lorenzo Miguel, por las 62 Organizaciones, entre otros. Lacoste estaba allí gracias a la influencia de su superior, el por entonces vicealmirante Massera y a la venia de López Rega.

Consumado el golpe de 1976, el marino se convirtió en un sujeto omnipresente dentro del fútbol argentino. Y sobre todo, después de que lo asesinaron al general Omar Actis, designado para encabezar el EAM '78. Este militar, quien había sido jugador de la tercera de River en la década del '40, resultó cosido a balazos el 19 de agosto del '76, el mismo día en que se aprestaba a dar su primera conferencia de prensa como el hombre clave del Mundial. El episodio ocurrido en Wilde se le atribuyó a la guerrilla, pero las inútiles pruebas que se recogieron allí, llevaban otra marca, más relacionadas con el ancla de los uniformes que lucían las patotas armadas por Massera.

Lacoste no perdió el tiempo. Ni siquiera concurrió al velatorio de Actis, a quien secundaba en el EAM '78. Desde ese momento, comenzó a manejar a su antojo la organización del Mundial pese a que el ejército reemplazó al uniformado muerto con el general Antonio Merlo. Una de las primeras medidas que le simplificó su tarea fue el decreto 1261 de abril del '77. Permitía que el ente a su cargo mantuviera "reserva en la difusión de sus actos".

El vicealmirante se movió a sus anchas en la AFA donde colocó a su amigo, el abogado Alfredo Cantilo y también respaldó la candidatura de su sucesor, Julio Grondona, quien continúa en la presidencia hasta hoy (NdelA: estuvo hasta su muerte el 30 de julio de 2014). "No sé si él tenía peso, pero en la AFA no se metió jamás. No se le permitió hacerlo", dijo hace unos años Cantilo, sin convencer. La dictadura, a diferencia de otros gobiernos de facto como los de 1955 y 1966, no intervino a la asociación del fútbol argentino. No hacía falta. Ni siquiera le importaba lo que determinara la FIFA que, en teoría, no acepta la intromisión de los estados sobre sus países afiliados. Lacoste controlaba todo desde el EAM '78 que jamás presen-

tó un balance, de lo cual el marino se jactaba. Según él, las cuentas de ese mega-evento constaban en apenas siete carillas que no valían la pena difundirse. El periodista Aldo Proietto, a cargo de las informaciones oficiales en el EAM '78, quizá recuerde esta anécdota que su jefe solía repetir ante la prensa.

Sea como fuere, la FIFA premió al vicealmirante como miembro del Comité que organizaría el Mundial de España, aunque se topó con una traba formal. No integraba la comisión directiva de ningún club ni cumplía funciones en la AFA. Sólo era un confeso hincha de River, esa especie de patio trasero para él, donde se sentía con derecho a hacer de todo: desde serrucharle el piso a un ídolo como Angel Labruna para reemplazarlo por Alfredo Di Stéfano, hasta presionar a Ubaldo Fillol para renovar su contrato por la suma que los dirigentes le ofrecían.

Su amigo Joao Havelange, sin embargo, le encontró la vuelta a aquel problema. Y entonces, Lacoste reemplazó en la vicepresidencia de la Confederación Sudamericana de Fútbol (CSF) al fallecido Santiago Leyden, con lo que se le abrieron las puertas de la FIFA. El 7 de julio de 1980 lo designaron como vice de la federación internacional, donde llegó a ocupar seis cargos. Su ambición de poder no le permitió cumplir siquiera, lo que había prometido durante una entrevista que le formularon apenas terminado el Mundial '78.

"Cuando termine la liquidación del EAM vuelvo a mi arma, que es mi familia y junto a mi familia".

G.V.

(Página 12, 27 de junio de 2004)

Lacoste falleció el 24 de junio de 2004 cuando tenía 75 años. Su muerte se conoció a través de avisos fúnebres que publicaron sus familiares y amigos en los diarios.

EL ARCHIVO DEL EAM '78

Un archivo que puede poner luz sobre un hecho clave de la última dictadura cívico-militar acaba de llegar a la Ex ESMA. Se trata de la documentación que perteneció al Ente Autárquico Mundial '78. La recibió el Archivo Nacional de la Memoria y contiene unos 2 mil metros lineales de papeles del organismo que manejó a su antojo los gastos de la Copa del Mundo. Conducido por el contraalmirante Carlos Alberto Lacoste, fue el poder real en el fútbol durante el régimen genocida. Este acervo estaba arrumbado en un edificio de la calle Perón, entre la avenida Leandro Alem y 25 de mayo, donde funciona el depósito patrimonial de la Casa Rosada. Conservado en ese lugar desde un tiempo impreciso, estaba junto a otros elementos como más documentos, cajas, biblioratos y aparatos de telefonía y todos cubiertos por una densa capa de polvo.

La Secretaría general de la Presidencia de la Nación derivó al Archivo que tiene su sede en la Ex ESMA este material sobre la estructura burocrática de la dictadura que centralizó todos los manejos del Mundial '78. Según informó la página oficial del gobierno, la documentación entregada "consta de legajos de personal contratado, archivos administrativos, planos de las obras realizadas en todo el país, expedientes de compras y contrataciones, entre otros documentos".

Ahora esta copiosa información acumulada en cajas y paquetes envueltos en papel madera ha sido destinada de manera provisoria al edificio de las Cuatro Columnas en la ex Escuela de Mecánica de la Armada. Se le buscará un destino definitivo más adelante.

La información difundida por el Estado que se titula La memoria del Mundial Argentina '78 tiene un presunto objetivo: que "la Coordinación de Fondos del Archivo de la CONADEP-Secretaría de Dere-

chos Humanos y Pluralismo Cultural será la encargada de su puesta en valor y del adecuado resguardo y relevamiento de lo que se convertirá en una herramienta de investigación clave para el estudio de la historia reciente de nuestro país".

Lacoste, quien llegó a ser presidente de la Argentina durante un breve intervalo de la dictadura, pudo disponer a su antojo de fondos para el EAM gracias al decreto 1.261 de abril de 1977 que le permitió "reserva en la difusión de sus actos". El Mundial '78 le costó al país una suma cercana a los 517 millones de dólares, 400 más que los pagados por España en la siguiente edición de su Copa del Mundo '82 que ganó la Selección italiana. Aunque el saldo oficial de los gastos del Ente Autárquico nunca se publicó por su política oscurantista que a partir de ahora podría empezar a conocerse.

De la deuda que contrajeron los militares, unos 67 millones de pesos de la época fueron reclamados en una demanda que llegó a la Corte Suprema de Justicia por la familia del ex presidente de Vélez, Ricardo Petracca. Era propietaria de un grupo empresario que ganó cuatro licitaciones por obras para el Mundial. El dirigente, quien falleció en septiembre de 2015 a los 89 años sin haber cobrado la cuantiosa deuda, solía contar que le tendrían que haber pagado en pesos ley 18.888. Aunque después de ir a implorarle a Lacoste por las obras impagas realizadas, le dieron un anticipo con un certificado de cancelación de deuda letra C. "Eran papeles que solo servían para pagar impuestos y nos descontaban el 7 por ciento", le comentó una vez a este periodista.

Con la entrega de la documentación del EAM '78, quizás pueda saberse algo más sobre este capítulo turbio del régimen que intentó perpetuarse en el poder con la organización de la Copa del Mundo.

G V

(Página 12, 9 de noviembre de 2017)

ASTIZ Y EL 6 A 0 A PERÚ

La frase resuena en la ex ESMA 34 años después. Miriam Lewin la dice con naturalidad, aunque hoy parezca asombroso. "Recuerdo haber visto el partido de Argentina-Perú con Astiz al lado." Esa experiencia (el 6-0 televisado) compartida entre un torturador y un detenido en un centro clandestino como el de la Marina nos remite al Mundial '78. La periodista –por entonces una joven de 20 años que militaba en la JUP– había sido secuestrada el 17 de mayo de 1977. Aquella experiencia la acaba de contar en el auditorio Mabel Gutiérrez del edificio Cuatro Columnas, un sector de la ex ESMA. Su exposición es una invalorable clase práctica sobre cómo la política y el deporte son engranajes de una sola pieza, un hecho que la última dictadura cívico-militar ratificó con crudeza.

"Por vivir el Mundial entre estas cuatro paredes de la ESMA, en el Casino de Oficiales, me quedó tan claro que el Mundial fue la más descomunal y genial campaña de propaganda del gobierno militar y la única exitosa, porque la otra fue la de Malvinas. Si ustedes comparan lo que fueron estas dos campañas, lo que sostenían, eran dos sentimientos muy arraigados en la población: por un lado, la pasión del fútbol y, por el otro, el sentimiento legítimo por una porción del territorio que desde chicos nos han venido diciendo que nos pertenece. Que es un enclave colonial en el Hemisferio Sur."

"Yo creo que los militares de la ESMA tenían muy en claro esto, que prácticamente nos imponían ver los partidos por televisión. Recuerdo haber visto el de Argentina-Perú con Astiz al lado. Astiz no era un tipo especialmente futbolero, porque tenía unas características bastante elitistas y, sin embargo, se manifestaba apasionado. Y todo el resto de ellos eufóricos. Cada victoria de la Argentina a partir de que nos acercábamos a la final, nosotros la vivíamos mirando por las ven-

tanas desde las habitaciones que dan a Libertador, una de ellas de las embarazadas. Veíamos cómo el pueblo salía a festejar, tocando bocinas, embanderando los autos, gritando, abrazándose, embanderando los edificios, tirando papelitos."

"Cuando se jugaban partidos acá en River, depende de cómo viniera el viento, nosotros escuchábamos cuando se gritaban los goles. Esto se mezclaba con lo que pasaba acá adentro, porque acá adentro hubo un parate por la presencia de la prensa extranjera."

"Yo no lo recuerdo del todo bien, pero sí Ricardo Coquet, a quien llamamos Serafo, se acuerda de haber visto a un compañero acribillado tirado en el pasillo del sótano de la ESMA en ese momento. Y él dice que soñó en esos días que tenía puesta la camiseta de River, pero que la franja roja de la camiseta estaba hecha con una ráfaga de ametralladora y toda sangrada, una pesadilla tremenda."

"Para nosotros fue una tortura refinada y adicional que nos sacaran a festejar en autos con el pueblo por Avenida del Libertador porque los argentinos éramos derechos y humanos. Ellos le habían pagado a una empresa norteamericana, Burson and Masteller, para que mejorara la deteriorada imagen argentina en el exterior. Decían que era la campaña antiargentina, que eran todas mentiras y de una manera muy perversa nos llevaban a mezclarnos con el pueblo que unido demostraba que los argentinos éramos derechos y humanos."

"... Los desaparecidos esclavizados y torturados, en los autos donde ellos nos llevaban armados, por supuesto –no sea cosa que algunos de nosotros se fuera a escapar–, teníamos que mostrar la misma alegría y la misma satisfacción porque la Argentina había conseguido la Copa del Mundo. Tan era así que abrieron los techos de los autos y algunos de nosotros, no recuerdo quiénes, sacamos la cabeza, yo creo que no, y nos dejamos arrastrar por esa euforia."

"La gente lloraba, se trepaba a los autos, caminaba envuelta en banderas. Y ellos estaban sumamente satisfechos. Porque además de que ganaron la Copa, robaron durante su organización –como lo demostró la investigación del EAM 78- y obtuvieron un poco fraudulentamente la Copa, porque ese partido con Perú no queda muy claro cómo se ganó. Yo creo que ellos pensaron que iban a gobernar por siempre y de hecho nosotros en ese momento estábamos convencidos de que la dictadura iba a durar 40 años más. Porque veíamos a la gente tan enceguecida, tan borracha de victoria."

"Nos llevaron a una pizzería en la calle Maipú. La gente no paraba de saltar arriba de las sillas, de subirse a las mesas, de abrazarse y de tocar bocina. La euforia era tan enceguecedora, que nadie percibía que nosotros estábamos ahí, que estábamos pálidos, que temblábamos, que llevábamos la marca de la desaparición en la frente, nadie se daba cuenta de lo que nos estaba pasando. Y nosotros volvimos a la ESMA después de ese paseo triunfal, y volvimos absolutamente convencidos de que nunca más nos íbamos a sacar de encima el yugo de los torturadores. Felizmente esto no fue así."

"Toda la campaña mundialista, si ustedes analizan las publicidades, si ustedes analizan el rol que la mayor parte de los periodistas deportivos liderados por José María Muñoz llevaban adelante como propagandistas de la dictadura... aunque hay gente que dice que Muñoz no estaba a favor de los militares, sino que siempre había sido oficialista. Eso no lo disculpa. Yo mientras estuve en Fuerza Aérea, en el centro de detención previo, el dial de la radio de los torturadores estaba clavado en Radio Rivadavia y todos los días, triunfalmente, el Gordo anunciaba 'faltan 200 días para el Mundial, faltan 199'. Claro, evidentemente para ellos era una prueba de fuego, y la ganaron."

"No voy a entrar a analizar el rol que tuvo el equipo mundialista. Hubo algunas actitudes dignas entre ellos, lo sé..., pero yo no puedo disculpar a Menotti, un tipo que tenía militancia, que tenía conciencia, porque era demasiado grave lo que estaba pasando en la Argentina para que uno se prestara a semejante maniobra."

"Hay compañeros que piensan distinto, hay compañeros que incluso estando en libertad, y que después fueron secuestrados, fes-

tejaron en el Obelisco la victoria argentina. Me acuerdo de que había sido una forma de unirse y de manifestarse del pueblo argentino, por encima de los militares, incluso burlando el control y la censura militar. Una compañera me dijo que habían recortado una 'V' de la victoria y habían dibujado un Clemente y los habían llevado al Obelisco. Y que la gente se abrazaba y lloraba emocionada porque había logrado juntarse libremente una vez más."

"Esa no fue mi experiencia, todo lo contrario. Mi experiencia fue ver la inmensa satisfacción de los militares porque habían podido seguir adelante con el engaño. Y eso siguió cuando vino la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y atendía a los familiares de desaparecidos en la Avenida de Mayo y se jugaba el Mundial Juvenil en Japón y ante la victoria se les dio asueto a los chicos del secundario para que les gritaran en la cara a las Madres de Plaza de Mayo que los argentinos éramos derechos y humanos y que los desaparecidos no existían. O sea que la instrumentación del deporte y más concretamente del fútbol por parte de la dictadura es absolutamente indiscutible y fue mucho más allá del Mundial."

"Hace un par de años, cuando hice un informe sobre el Mundial, descubrí que varios de los militares del Cemida habían trabajado en el EAM 78. Tres de ellos: Ballester, García y Rattenbach hijo. Unos estaban en el área de Inteligencia y otro en Logística y se suponía que esa área de Inteligencia era para proteger a las delegaciones extranjeras que iban a venir de supuestos ataques. Y contaban que les pusieron un jefe, que nombraron a un tal coronel Roualdes. El tipo, famoso represor, estaba absolutamente paranoico, y era imposible trabajar con él, de manera que al poco tiempo los hicieron renunciar porque no se avenían a llevar adelante todas las operaciones y tareas delirantes que este hombre pretendía obligarlos a hacer."

G.V.

(Página 12, 22 de julio de 2012)

DE ESTADIOS Y DICTADORES

Entrar en una cancha de fútbol no siempre significó cumplir con un masivo ejercicio ritual: gritar un gol, sufrirlo o desgañitarse por una camiseta. En la Argentina y en otros países también, así como un estadio permite hoy organizar un partido por la memoria y mañana un recital o un acto proselitista, también puede perderse la vida. Nos lo recuerda Puerta 12, el documental de Pablo Tesoriere sobre la tragedia que provocó la muerte de 71 hinchas de Boca el 23 de junio de 1968 en el estadio Monumental de River.

Pero en una cancha también se moría (se muere) por razones ajenas al fútbol: la alienación colectiva, la represión policial o la política de inseguridad deportiva. En River nunca se produjeron los fusilamientos de militantes que proponía el almirante Horacio Zaratiegui (que sugería televisarlos y acompañarlos con un brindis posterior) porque el plan que se impuso fue otro.

A un puñado de cuadras del Monumental, en la ESMA, hubo cinco mil detenidos-desaparecidos, avenida de por medio con otro estadio de fútbol, más pequeño, el de Defensores de Belgrano. Ahí, una tribuna techada lleva el nombre de Marcos Zucker, hincha del club y militante montonero desaparecido. Una bandera de la memoria levantada frente a las paredes y las rejas del horror.

En América latina, el caso más emblemático de un escenario deportivo utilizado con fines represivos es el del Estadio Nacional de Santiago de Chile. La dictadura encabezada por Augusto Pinochet Ilegó a mantener en su perímetro hasta 7000 detenidos en un solo día, según denunció la Cruz Roja Internacional. También torturó y asesinó a hombres y mujeres, los hacinó en sus vestuarios y los mantuvo apuntados en sus tribunas después del golpe del 11 de septiembre de 1973.

La dictadura de Videla, Massera y Agosti no siguió la sugerencia de Zaratiegui ni copió la forma de exponer a sus víctimas de Pinochet en una cancha. Sí se valió del Mundial 78 para disciplinar voluntades y tratar de difundir en el exterior una imagen beatífica. Y escogió los mismos grandes teatros de cemento que Hitler y Mussolini para tonificarse con respaldos masivos. Grandes estadios, como el Olímpico de Berlín, o el de Roma, donde el Führer y el Duce, como Videla en el Monumental, gastaron a cuenta de la popularidad que, generoso, suele ofrecer el deporte. Y en particular un deporte: el fútbol.

G.V. (Página 12, 29 de junio de 2008)

HISTORIAS DE TRINCHERAS Y PELOTAS

Llegaron a las Malvinas cuando comenzaban la vida adulta. Estaban asomándose a la Primera de sus clubes o seguían en sus semilleros hasta que los llamaron a la guerra. Cambiaron su refugio natural en clubes como River, San Lorenzo, Huracán, Estudiantes o Los Andes por una pequeña trinchera o pozo de zorro. Ya no pertenecían a un equipo y sí a un regimiento, batallón o compañía que les auguraba un futuro más incierto que su sueño pendiente de ser futbolistas. Habían dejado de entrenarse en una cancha para el partido de cada fin de semana. Tuvieron que chapotear sobre una mezcla de barro y turba para esquivar las bombas inglesas. El 13 de junio de 1982, un día antes de la rendición, algunos soldados con la fatiga encima del combate, quisieron tener su breve momento de distracción. "Me desesperaba por escuchar el partido inaugural, el de Bélgica 1, Argentina 0 en el Mundial de España" recuerda ahora Edgardo Esteban, colimba clase 62, periodista de Telesur y ex juvenil de Morón, San Lorenzo y Argentinos Juniors.

Juan Gerónimo Colombo dice que "Estudiantes, Bilardo y el fútbol me salvaron la vida". La guerra postergó su debut en Primera casi un año. El 3 de abril de 1983 le tocó saltar a la cancha de Instituto de Córdoba contra Unión San Vicente. Jugó como siete partidos hasta que se rompió los ligamentos de la rodilla derecha. "Terminé mi carrera en Ferro de General Pico y aunque viajé a España para incorporarme al Logroñés, por aquella lesión tuve que abandonar el fútbol. Vivo en Roque Pérez de mi jubilación y algunos alquileres", cuenta.

Las historias de Esteban y Colombo son apenas dos entre casi una docena protagonizadas por pibes que anhelaban un destino de Primera y terminaron en las islas del Atlántico Sur. Esteban escribió Iluminados por el Fuego – con la colaboración de Gustavo Romero Borri – que fue llevado al cine por Tristán Bauer. El ex número 9 de Estudiantes – aunque es hincha de San Lorenzo – dice que haber pasado por ese club "fue como haber estado en Old Trafford con Zubeldía". Cuando se acerca cada 2 de abril, lo convocan a charlas evocativas igual que al periodista. Los dos tienen en común otra cosa. Volvieron de las islas con hepatitis.

En la película donde lo interpreta Gastón Pauls, hay una escena en que los soldados juegan a la pelota en un gallinero. Esteban corrobora que ese picado existió. Hoy todavía afirma que "quería ser jugador de fútbol, pero fue mi gran frustración". El corresponsal de Telesur en el país no pasó de la quinta división de Argentinos Jrs. "En las inferiores íbamos al polideportivo de Arata a ver cómo se entrenaba Maradona. Yo tenía de director técnico a Tardivo", recuerda. Cuando volvió de Malvinas su rumbo futbolístico se desvió hacia el periodismo. Pudo seguir jugando de delantero en los torneos sindicales de prensa y ya no marcaba a Jorge la Chancha Rinaldi como en los juveniles. Lo marcaban a él colegas que no tenían demasiada idea de cómo patear una pelota.

Colombo cumple con el pedido de fotografías que le hicimos sobre su etapa de soldado-jugador. En una imagen se lo ve en cuclillas formado con la camiseta de Estudiantes y con el estadio Monumental de fondo. En la otra aparece vestido de colimba, con la ropa de fajina y la cara embetunada con su gran amigo, el conscripto José Luis Del Hierro cuyos restos se encuentran en el cementerio de Darwin. El delantero cuenta que Roque Pérez ya no es lo seguro que era cuando se instaló ahí. También explica que quebró la principal empresa avícola del pueblo. Criave empleaba a unos 3.000 trabajadores de manera directa e indirecta y exportaba pollos a Rusia y Hong Kong. La importación de aves brasileñas, combinada con el tarifazo, destruyó la economía de la principal fuente de trabajo local.

En 2016 el periodista Andrés Burgo publicó el libro El partido sobre el imborrable Argentina 2, Inglaterra 1, por los cuartos de final del Mundial de México 86. En el trabajo se brindan detalles sobre los doce futbolistas que lucharon en Malvinas. A Colombo y Esteban hay que sumarles los casos de Omar De Felippe y Luis Escobedo – los dos jugadores que llegaron más lejos en sus carreras deportivas -, Javier Dolard (inferiores de Boca), Gustavo De Luca (River), Héctor Cuceli (San Lorenzo), Claudio Petruzzi (Rosario Central), Raúl Correa (Mandiyú de Corrientes), Sergio Pantano (Talleres de Remedios de Escalada), Julio Vázquez (Centro Español de la Primera D) y el arquero Héctor Rebasti, quien pasó por el semillero de San Lorenzo pero cuando lo mandaron a las islas integraba el plantel de Huracán. Y hay un caso más. El de Marcelo Massad, arquero de la quinta de Banfield muerto en combate.

Al club de Parque Patricios volvería De Felippe después de la guerra. El conscripto se carteaba con su amigo Claudio Morresi, cuyo hermano Norberto fue desaparecido por la dictadura hasta que
sus restos fueron identificados por el EAAF en democracia. Aquel le
escribió una vez desde su trinchera: "Quiero que me hagas una gauchada. Decile a Rendo si todavía está, que no se le ocurra dejarme
libre porque voy a ir con mi ametralladora y no va a quedar nadie".
Alberto Rendo fue ídolo de Huracán y San Lorenzo, un crack de otra

época. El recluta que se transformaría en jugador de primera división en 1983 y en entrenador de muchos equipos después (el último fue Newell's) solía cargar un arma de 11 kilos, su ametralladora MAG. Salvó su vida porque saltó de su refugio unos segundos antes de que cayera una bomba. Lo había llamado su capitán para ir hacia otro lugar. Fue providencial.

Burgo cree recordar que a la lista de doce colimbas-futbolistas podría agregársele algún caso más. En su libro, Rebasti le contó que aquella victoria contra los ingleses con los dos goles de Maradona – el de la mano de Dios y el mejor de la historia de los Mundiales – fue como "el triunfo de la clase 62". Una manera de ver la guerra que durante su desarrollo dejó secuelas de soldados estaqueados, hambreados y congelados en sus pozos de trinchera con la única compañía de un FAL. Escobedo, ex jugador de Los Andes, fue uno de ellos. Sufrió un principio de congelamiento en los pies. Las consecuencias de Malvinas lo persiguen hasta hoy. Hace pocos días viajó a las islas con un grupo de siete ex combatientes de la zona de Lomas de Zamora.

En el cementerio de Darwin fueron a homenajear a los caídos en combate. Cantaron el himno nacional, gritaron "viva la patria" y desplegaron un cartel que decía "Territorio argentino". Los detuvieron y les incautaron los pasaportes, celulares, cámaras y otros objetos de valor. El ex defensor declaró que "nos denunció un chofer isleño que llevaba a un periodista austríaco, no le gustó e hizo la denuncia". La historia oficial no se compadece de este tipo de casos, como lo demostró el gobierno de Mauricio Macri que no dijo ni una palabra. Los veteranos tuvieron que batallar durante años por un reconocimiento, se suicidaron unos quinientos o más – no hay estadísticas precisas – y el fútbol que suele amplificar las tragedias, en determinadas ocasiones les dio visibilidad. Su lucha de 37 años hizo lo demás.

G.V.

(Página 12, 2 de abril de 2019)

CAPÍTULO 4

MEMORIAS RECUPERADAS



Marquitos Zucker en la entrada a la tribuna con su nombre de Defensores de Belgrano.

LA TRIBUNA DE MARQUITOS

"Nos buscamos en la felicidad pero nos encontramos en la desgracia" (Henri Bataille)

Marquitos Zucker soñaba con un mundo más solidario. Se lo demandaba su compromiso de militante político y pagó con la desaparición semejante desafío a la última dictadura militar. Hoy existe un sitio que evoca su memoria, que sintetiza en su persona a tantos como él, jóvenes de una generación entrañable que, también como él, fueron hinchas de algún equipo de fútbol. En el club Defensores de Belgrano

hay una tribuna que lleva su nombre desde el 25 de mayo de 2001. Un amigo y dos dirigentes de la institución recordaron al hijo del actor Marcos Zucker tras un acto que, sí registrara un antecedente similar, aún no ha sido difundido: por primera vez en la Argentina, un territorio tan sensible al sentimiento futbolístico recibió el nombre de un desaparecido y, al mismo tiempo, de un consecuente habitante del tablón. A menudo, las plateas, palcos o sectores populares de un estadio perpetúan sobre el cemento a directivos, jugadores o periodistas. Esta vez, se hizo justicia como nunca.

Hugo Arbona, un integrante de la comisión que conduce la entidad, tuvo la idea. Se estaba por cumplir en ese momento el vigesimoquinto aniversario del golpe militar de 1976. Marcelo Achile, el presidente del club que tiene buenas posibilidades de salir campeón en el torneo de Primera "B", explicó cómo fue: "Arbona interpretó la voluntad de muchos hinchas de Defensores de reivindicar la memoria de Marquitos, porque él siempre está presente. La comisión aceptó totalmente la propuesta y nos pareció oportuno fijar la fecha de un nuevo aniversario del club para ponerle el nombre a la tribuna oficialmente, así como lo hicimos también con las nuevas plateas" (NdlaR: a este sector se lo denominó Daniel Deluca, en homenaje al hijo fallecido de Eduardo Deluca, el ex presidente de la institución).

La "techada", como se la conoce desde su construcción a mediados de los años '60, tiene en su corazón, en letras rojas y negras bien grandes, la inscripción Tribuna Marcos Zucker (h). Ubicada de espaldas a la avenida Libertador, sobre un predio de casi 16 mil metros cuadrados, es la cabecera de la cancha donde, desde siempre, se ubica la hinchada local. La avenida Comodoro Rivadavia separa a Defe de la tenebrosa Escuela de Mecánica de la Armada, acaso el símbolo más contundente de la represión ilegal que acabó con los sueños del hincha que ahora tiene su nombre pintado sobre el cemento.

Nicolás Bezazián, el vicepresidente 1° del club, conoció a Marquitos: "El comenzó a venir al club con otro chico de la zona de Paler-

mo, su barrio. Era un flaquito de pelo ensortijado, que nos acompañaba a nosotros y se sintió plenamente identificado con Defensores. Calculo que habrá sido a fines de la década del '60. Pasaba todo el día acá, en Nuñez. Inclusive se puso de novio con una chica de aquí y venía a la pileta. Él era muy solidario, un chico muy querible y, con muchísimo dolor, años después nos enteramos lo que le había ocurrido". Achile, un militante peronista de 34 años que supo de la vida de Zucker por los más veteranos, agregó: "Este tipo de trayectorias me encanta reivindicarlas, porque lo que le sucedió a él, nos pudo pasar a cualquiera de nosotros. Los más grandes siempre nos expresaron todo el amor y el cariño que sintieron por Marquitos y que, por sus ideales, le pasó lo que le pasó".

Amigos del tablón

Juan Romeo Ferrara, alias Toti, mantuvo una estrecha amistad con el joven desaparecido. Hoy, desde San Miguel de Tucumán, donde reside, es capaz de recordar con una precisión que no alteró el paso del tiempo varias anécdotas que revelan cómo se identificaba su amigo con Defensores. Corría el 18 de noviembre de 1972, cuando ambos, al día siguiente de que Perón regresara al país durante una lluviosa jornada, salieron desde la cancha de Defensores hacia la casa de la calle Gaspar Campos, en Vicente López, para ver al anciano general. "Ese sábado, el equipo le había ganado a Dock Sud 3 a 1 por el campeonato de Primera C...", afirma Ferrara sin titubear. Un flaquito huesudo, que gambeteaba rivales sobre la raya de cal con una facilidad asombrosa, les habilitaba a él y a Marquitos la ilusión de un pronto retorno a la "B". Se trataba de René Orlando Houseman.

Habían pasado la dictadura militar del general Alejandro Lanusse y los gobiernos justicialistas de Héctor Cámpora, el propio Perón y su esposa Isabel, los desaparecidos ya comenzaban a contarse por miles y el fútbol, a unos pasos de la ESMA, continuaba jugándose. El Loco Houseman hacía rato que ya había salido campeón con Huracán y De-

fensores continuaba a los tumbos en la "B". La tarde del 21 de diciembre de 1976, el gordo Toti – periodista y relator de fútbol – compartió con su amigo un angustioso desenlace deportivo. El equipo acababa de empatar en la cancha de Estudiantes de Caseros con Comunicaciones y debía esperar otro resultado para saber si mantenía la categoría.

"Defensores necesitaba que Flandria y Sarmiento, que jugaban entre sí, no empataran. Así, el que perdía, bajaba a la C. Nosotros sabíamos que iban 1 a 1 y ya se acababa el partido. Cuando estábamos escuchando la radio, sentimos que daban los resultados y, de repente, una voz dice: "Hay un gol, gol de Seppaquercia para Flandria. Marquitos venía de la calle, nos abrazamos y nos caímos al piso de tanto festejar".

En 1977, el joven Zucker fue secuestrado en la calle y mantenido en cautiverio por un grupo de tareas durante 46 días. Según su amigo, "le dijeron que no había nada en su contra, que iba a salir. Pero un día, se metieron en su casa de Palermo y él decidió irse a vivir a Brasil". A partir de ese instante, Ferrara comenzó a preparar un viaje a Río de Janeiro para encontrarse con el Pato, como también lo apodaban a Marcos. Terminaba enero de 1978, Independiente se consagraba campeón en Córdoba y Carlos Reutemann ganaba un Gran Premio de Fórmula Uno en Jacarepaguá.

"En la noche del 29 de enero quedamos en juntarnos en un departamento de Ipanema, en lo que hoy es la calle Vinicius de Moraes. Cuando entré había como quince personas y me sorprendí tanto por la cantidad, como porque eran todos argentinos. Les hacían una despedida a los que se iban a España. Yo, ingenuo, pregunté sí irían a la Costa del Sol o un lugar de ese tipo. Me contestaron que no, que viajaban a San Sebastián y que después volverían a recuperar nuestra patria. Ninguno de los que estaban allí podía regresar al país", evoca Toti, quien vio por última vez a Marquitos en Foz de Iguazú, una ciudad fronteriza de Brasil.

Con el tiempo, ambos se alejaron todavía más. Uno, el mili-

tante político, pasó a residir en Madrid. Sin embargo, volvió en varias ocasiones a la Argentina. El otro, su amigo-hincha, recibió la peor noticia una tarde imprecisa, de la época más infame que haya vivido el país. "Marcos no te va a escribir más", me dijeron. Y, desde ahí, empecé a atar cabos. Porque las cartas que me había mandado en 1978, '79 y '80 me llegaban abiertas y el teléfono estaba pinchado", sostiene Ferrara, quien integró la comisión de prensa de Defensores en los años '70.

El último 25 de mayo, Cristina, la hermana de Marcos Zucker (h), su sobrina y un grupo de sus compañeros de militancia, le tributaron un emotivo homenaje en la tribuna que ahora lleva su nombre. Varios centenares de hinchas que no lo conocieron también estuvieron presentes en el acto. Su padre, el actor, se encontraba en Estados Unidos. Toti, su inseparable amigo de tantos sábados compartidos en canchas del ascenso, permaneció en Tucumán. Unos y otros, a la distancia o en el club, levantaron sus banderas de lucha por una sociedad más justa.

"La juventud siempre fue la reserva moral de todas las épocas, aunque en la etapa de Marquitos había más participación de los chicos. Nosotros pensamos que es nuestro deber reivindicar la memoria. Porque ese capítulo de la historia nos causa mucho dolor, pero es parte de nuestra historia al fin" concluyó el vicepresidente Bezazián, como si sus palabras formaran parte de un discurso preparado para la ocasión. Desde algún lugar, allí donde las utopías cobran fuerza y un mundo solidario no parece inalcanzable, Marquitos Zucker está presente. Y en Defensores de Belgrano, su club, se lo hicieron saber.

G.V.

(Página 12, 18 de junio de 2001)

PD: Marcos Zucker es el único hincha de fútbol desaparecido durante la dictadura cuyo nombre fue colocado a la tribuna de un club de fútbol.

DE TERRENOS, JUGADORES Y DESAPARECIDOS

Las oportunidades de negocios que ofrece el mercado en países como la Argentina, a menudo pueden ser tan inexplicables como reprochables. Gama S.A, una empresa constructora con sede en Córdoba, no sólo se dedica a edificar departamentos; también adquiere futbolistas y, en esta cartera, ya cuenta con más de medio plantel de Belgrano y algunos jugadores de Talleres, los dos clubes más importantes de la provincia. Pero así como se la conoce por el alto perfil de su dueño, Jorge Petrone y las frecuentes campañas publicitarias que realiza, desde hace unos días su imagen su vio salpicada por una denuncia que la involucra en una operación inmobiliaria efectuada con el documento de identidad de un estudiante desaparecido en 1977. Se trata de un caso macabro que ha sido denunciado ante la justicia federal por la hermana de Fernando Manuel Degregorio, un joven secuestrado en la Capital Federal durante la última dictadura y cuyo DNI apareció en Córdoba nueve años después.

Resulta intrigante el origen y posterior desarrollo de Gama S.A. La firma que hoy posee la totalidad o considerables porcentajes de catorce futbolistas de Belgrano y un puñado de Talleres, deberá explicar ante la doctora Graciela Garzón de Lazcano, titular del Juzgado Federal N° 3 de Córdoba, cómo tomó posesión de un amplio terreno ubicado en el barrio Alberdi que, en el Registro de la Propiedad de la provincia, está a nombre de un desaparecido.

"La constructora Gama, como empresa vinculada, aparece desde un principio y también el presidente de Talleres, Carlos Dossetti, como contador de esa firma. Nuestra situación tomó relevancia ahora porque esta gente es conocida en el ambiente futbolístico cordobés. Gama, por ejemplo, desconoce la existencia de Fernando Degregorio, pero sí afirma que el terreno es de su propiedad y que se lo

habrían comprado a la empresa Konstrucciones SA", afirma Alicia Degregorio, la hermana menor del estudiante que un grupo de tareas secuestró de su casa en el barrio de Caballito, el 30 de marzo de 1977.

Konstrucciones S.A presentó su quiebra el 3 de octubre de 1984 y, desde ese momento, Petrone habría comenzado a adquirir la mayoría de sus propiedades. Quien era su presidente, Abraham León Kuschnir, en la actualidad se encuentra prófugo y, uno de sus ex directores, Héctor Hugo Huergo, tiene algunas causas abiertas en la justicia. El doctor Jorge Héctor Bertona, aquel que mantuvo un serio conflicto con la AFA ampliamente difundido por los medios cuando era asesor letrado de Talleres, fue el síndico de la empresa entre 1978 y 1984 (y hoy es concejal en la ciudad de Córdoba). Dos años después, el 14 de noviembre de 1986, Konstrucciones S.A vendió el terreno de 3.000 metros cuadrados que luego se escrituró a nombre de Degregorio. La familia del joven desaparecido se enteró de que había existido esta operación cuando en febrero de 2000, recibió una intimación de la Dirección General de Rentas por el pago de impuestos atrasados. Desde entonces, la doctora María Elva Martínez, del SERPAJ, como Alicia Degregorio, empezaron una investigación y pudieron atar los primeros cabos sueltos.

Así llegaron hasta Gama S.A, el constructor Petrone y el contador Dossetti. Ahora bien, ¿cómo arribó la propiedad a manos de esta gente? La reconstrucción de las sucesivas ventas está en manos de la juez Garzón de Lazcano, quien ya determinó un allanamiento en el domicilio del presidente de Talleres y otro en el Registro de la Propiedad. El dirigente niega cualquier relación con el caso del estudiante, pero no puede ocultar que asesoró en temas contables a Petrone, por lo menos hasta octubre de 1999. Este vínculo explica en parte por qué, el acaudalado empresario cordobés, asistió con fondos frescos al club que preside Dossetti. Dinero que, por otra parte, le ha costado recuperar, aunque quedó a cubierto con la cesión en garantía de los pases correspondientes al arquero Mario Cuenca y al

defensor Julián Maidana. Además, es propietario del 100 por ciento del volante Adrián Avalos.

El particular estilo de Petrone para hacer negocios heterogéneos, también lo ha llevado a colocar sus fichas en el otro club grande del fútbol cordobés: Belgrano. Con la misma dinámica que efectúa operaciones inmobiliarias, el empresario inyectó capitales en las empobrecidas arcas de la institución donde es ídolo Luis Fabían Artime y, a cambio, se quedó con un equipo completo y tres suplentes. Este versátil constructor posee hoy el 100 por ciento de los derechos económicos de Julio López, Darío Zárate, Esteban González, Gastón Martina, Marcelo Amaya, Heber D'Assise, Sebastián Jarast, Walter Roldán, Juan Cortés y Marcelo Iglesias. Además, tiene el 65 por ciento de Gustavo Bordicio, Franco Amaya, Julio Mugnaini y Franco Peppino. Sus primeros réditos ya los había obtenido cuando Leonardo Torres fue transferido a un club coreano a fines del año pasado. El pase del mejor futbolista que jugaba en Belgrano también le pertenecía a Gama S.A, o sea, a Petrone. Un personaje que ya se ha vuelto omnipresente como nadie en territorio cordobés.

G.V. (Página 12, 26 de marzo de 2001)

VOLVER A BOEDO

Si a menudo los dirigentes no dirigen o lo hacen pensando en sus propios bolsillos, menos frecuente es que investiguen los hechos del pasado que perjudicaron la vida de sus clubes. Juan Carlos Temez y Marcelo Pablo Vázquez, secretario general y miembro del Tribunal de Honor de San Lorenzo, respectivamente, se propusieron ir contra la corriente y redactaron un exhaustivo trabajo que reconstruye con crudeza cómo la dictadura militar, con la complicidad de ex dirigentes, em-

presarios y periodistas, despojó a la institución de Boedo de su bien más preciado: el viejo Gasómetro. Su investigación es la base de dos proyectos de ley que, si se aprueban en la Legislatura porteña, le permitirían a San Lorenzo regresar de manera simbólica al barrio donde nació. Porque recuperaría una porción de terreno que hoy ocupa el estacionamiento del hipermercado Carrefour y una plaza contigua que le pertenecieron en el pasado.

Los 27 años de desarraigo se resumen en una frase que es toda una sentencia: "El cierre y desaparición del Gasómetro es cosa juzgada". Corría el 21 de febrero de 1980 y la rubricaba Moisés Annan, el ex presidente de San Lorenzo, en la memoria y balance del club. Era el epitafio para un mítico estadio inaugurado el 7 de mayo de 1916. Pero el mayor profanador de viviendas de la dictadura militar, el brigadier Osvaldo Cacciatore, ex intendente de Buenos Aires, aunque más conocido por erradicar villas miseria de la Capital Federal o por expropiar y derrumbar casas para levantar la autopista 25 de mayo, también la emprendió contra la célebre cancha de madera. Y se salió con la suya.

"La expulsión del club de su lugar de origen marcó el fin de la expansión institucional y el principio de la debacle en la cantidad de asociados", afirman los autores en el texto de 16 carillas que sustentó las dos iniciativas legislativas de Miguel Talento, del Frente para la Victoria. La primera pide "la restitución del predio ubicado en Salcedo 4220, entre Las Casas e Inclán" (hoy ocupado por una plaza), y la segunda que se declare "de utilidad pública y sujeta a expropiación una fracción de terreno en forma de polígono de cuatro lados, de 15 metros de frente sobre avenida La Plata y 60,62 de fondo" (donde está Carrefour). Ambos proyectos fueron respaldados con la firma de legisladores suficientes como para pensar que pueden ser aprobados.

Vázquez, un joven juez de la Cámara en lo Penal y Contravencional de la Capital Federal, sugiere responsabilidades adicionales so-

bre la pérdida del Gasómetro: "La AFA resultó funcional a la política del régimen de facto en relación con San Lorenzo y los dirigentes del club en esa época fueron incapaces de impedir que un monumento histórico del fútbol desapareciera". En efecto, el 2 de diciembre de 1979, el local y Boca empataron 0-0 en el último partido que se jugó allí. Temez y Vázquez se permiten definir al estadio como "el desaparecido 30.001" de la última dictadura y precisan en su escrito que la "aniquilación de San Lorenzo fue ejecutada por el brigadier Cacciatore desde la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires".

Los dos dirigentes se apoyan en diferentes fuentes documentales y periodísticas, como el libro del colega Enrique Escande, Memorias del Viejo Gasómetro, del que citan información clave: "Hasta populares periodistas hicieron de portavoces de Cacciatore en llamadas telefónicas a los dirigentes para comunicarles la firme decisión del brigadier intendente de disponer de una parte de las instalaciones para un plan de instalación de escuelas, sin que aquéllos hubieran recibido antes una nota o una palabra oficial... El vicepresidente Passo afirmó que uno de los portavoces fue el relator José María Muñoz... La llamada de Muñoz a la secretaría del club fue atendida por el propio Passo y en ella el narrador más popular de la Argentina advertía a los dirigentes de San Lorenzo que 'el señor brigadier está muy disgustado con el club'".

El cierre de la cancha sobrevino después de estas presiones, y otras que consistían en amedrentar a los directivos con la apertura de calles que dividirían el espacio donde se levantaba el Gasómetro o la pérdida de los terrenos del Bajo Flores donde se encuentra el actual estadio y que el municipio le había donado a San Lorenzo a través de una ley del Congreso (la 16.729) sancionada el 22 de septiembre de 1965. Cacciatore concretó las amenazas tras promulgar la ordenanza 35.160 del 22 de agosto de 1979 que le quitaba al club las hectáreas de la ciudad deportiva y cerraba el círculo de asfixia política y económica con una demanda de difícil cumplimiento: la concre-

ción de refacciones en el estadio de avenida La Plata, bajo la amenaza de clausurarlo.

La claudicación definitiva sobrevino el 7 de marzo del '80, con el convenio que suscribieron el brigadier experto en demoliciones y el presidente Annan, luego aprobado por una ordenanza municipal el 24 de marzo de aquel año, "quizá para conmemorar el cuarto aniversario del golpe de Estado llevándose consigo una víctima más", aseveran Vázquez y Temez en su investigación. La crónica del despojo se nutre de sucesivos mojones y de sus respectivos partícipes necesarios hasta el 25 de septiembre de 1985, cuando, ya en democracia, Carrefour adquirió las tierras que ocupaba el Gasómetro.

Entre firmas de ordenanzas y remates, operaciones sospechadas de corrupción y violaciones a las leyes de los responsables de votarlas en el ex Concejo Deliberante, se intercalan nombres y apellidos insoslayables: el ex presidente del club, Héctor Habib, de vínculos estrechos con el Banco Mariva, uno de los operadores del negocio inmobiliario que cobró comisiones; el ex concejal y ex directivo de San Lorenzo, Jorge Enrique Benedetti, quien no queda bien parado en el informe; y el fallecido vicealmirante Carlos Alberto Lacoste, hombre fuerte de la dictadura en el fútbol, a quien Habib le atribuye la frase "vendan y paguen".

En el Gasómetro, el 20 de junio de 1977, las Madres de Plaza de Mayo hicieron una de sus primeras apariciones desplegando un cartel que colgaron desde la tribuna de avenida La Plata. Temez y Vázquez recrean una analogía entre el destino que sufrieron sus hijos y el histórico coliseo de tablones. Y aportan un dato clave para interpretar la justicia de un reclamo que ya supera el cuarto de siglo: por aquel pseudo convenio del 24 de marzo de 1980, San Lorenzo le cedía de manera gratuita a la Municipalidad 4500 metros cuadrados de terreno con el propósito de construir una escuela.

Hoy ni siquiera hay un ladrillo que permita imaginarla, ni chicos en guardapolvos que expliquen el silencio de miles de gargantas gritando un gol. Sí hay carritos de supermercado como los que recorren Buenos Aires repletos de cartones y góndolas colmadas de productos que millones de personas apenas pueden mirar.

G.V.

(Página 12, 14 de agosto de 2006)

En 2012 la Legislatura porteña votó una ley que estableció la restitución del predio de avenida La Plata. Fue el primer paso para el regreso a Boedo.

HURACÁN EN LA EX ESMA

Los derechos humanos y el fútbol, cuando se encuentran, pueden hacerlo en una esquina que se llama memoria. En cierta manera, eso fue lo que consiguió ayer una delegación del club Huracán cuando recorrió la ESMA. Un llamado del director de prensa del Archivo Nacional de la Memoria, Marcelo Duhalde, al técnico del Globo, Angel Cappa, sirvió como disparador para una visita desusada. El presidente Carlos Babington, los jugadores Paolo Goltz, Mario Bolatti y Carlos Arano, Cappa, su ayudante de campo Francisco "Fatiga" Russo, el preparador físico Alejandro Frega, el entrenador de arqueros Héctor Yáñez, el kinesiólogo Daniel Arias, el delegado Osvaldo Guillini y un grupo reducido de hinchas fueron recibidos por el secretario de Derechos Humanos, Eduardo Duhalde, y luego, durante dos horas, caminaron por las instalaciones del ex centro clandestino de detención de la Armada.

A las 11, el grupo –que completaban Julio Morresi y Bruno Palermo, los padres de dos jóvenes desaparecidos – se juntó sobre el ingreso de la avenida Libertador para hacer la visita. Cappa, quien había oficiado de interlocutor con el plantel para transmitirle la invitación, dijo momentos antes de ingresar: "Es una manera de rendir ho-

menaje a todos esos chicos jóvenes que soñaban con una Argentina más justa, más solidaria, más igualitaria y más democrática y que pagaron con su vida ese sueño".

Todos se interesaron en ese viaje de dos horas por el horror de la última dictadura, que comenzó con la proyección de un documental sobre la historia de la ESMA y su transformación en lugar emblemático de la memoria. Arano, el más inquieto de los tres jugadores, hizo varias preguntas. Y cuando con el grupo ingresó al sector denominado Capucha, ubicado en lo que fuera el Casino de oficiales, el sector más temido por los detenidos desaparecidos de ese campo de concentración, el marcador de punta soltó una sola palabra: "Escalofriante". Allí donde todavía se conservan los grilletes que usaban los grupos de tareas para inmovilizar a los secuestrados, la delegación de Huracán hizo la escala más prolongada.

Morresi (padre de Claudio, el actual secretario de Deportes de la Nación y de Norberto, su hijo mayor desaparecido) es un viejo militante por los derechos humanos y consecuente hincha de Huracán. El acompañó a Cappa y a los demás por las instalaciones por donde pasaron unos cinco mil desaparecidos. Su hijo desapareció el 23 de abril de 1976, cuando todavía no se había cumplido un mes del golpe de Estado. A su lado, Palermo colgaba del cuello una fotografía de su hijo Norberto, quien desapareció el 15 de octubre del '75, durante los últimos meses del gobierno de Isabel Perón.

En el Archivo Nacional de la Memoria señalaron que fue la primera visita a la ESMA de una delegación deportiva. El respeto por la militancia de Cappa, un bahiense que decidió abandonar el país en los años '70, motivó que se comunicaran con él para concretar la visita. Y uno de los que se anotó fue el capitán del equipo, Goltz, quien dejó su reflexión: "Yo no había nacido cuando pasó todo esto, pero es importante conocerlo para recuperar la memoria y pasarlo de generación en generación".

De eso se trató la invitación al plantel de Huracán, según las

palabras de Eduardo Duhalde: "Para nosotros éste no es solamente un lugar de repudio, sino también un lugar de educación, por eso es muy relevante contar con la presencia de los actores del deporte para que a través del conocimiento de la historia, ellos mismos puedan transmitirla".

G.V.

(Página 12, 23 de abril de 2009)

MARCHE PRESO MARCHETTA

La historia la contó Pedro Marchetta cuarenta años después. Pasó en agosto de 1976, pero se conoció con bastantes detalles en 2016. Salió en el libro El Negro, su biografía dialogada con los periodistas cordobeses Gustavo Gutiérrez y Hugo Caric. El técnico, hoy retirado en Villa Carlos Paz, aporta un par de datos más para redondearla en una conversación telefónica mientras sigue los últimos minutos del duelo Del Potro-Nadal. Tenía ganas de hablar. Está muy lúcido pese a que un ACV lo sorprendió en 2006. Se recuperó y su buena memoria la conserva intacta. Tanto, que cuando se transporta al año del golpe de Estado de aquella Argentina arrasada por desapariciones y rapiñas, lo sublevan los recuerdos. Se enoja de nuevo con el policía Roberto Patané que lo interrogaba. Con el genocida Ibérico Saint Jean que planificó el secuestro de su empleador, el contador Juan Amado Gramano, un peronista al que detuvieron con él y que figura en el Nunca Más. Putea contra la dictadura cívico-militar "porque en esa época no sabías si te acusaban de cualquier cosa y te encerraban, o si te pegaban un tiro y no veías nunca más a tu familia".

Marchetta tiene 76 años y una trayectoria repleta de fútbol, anécdotas risueñas y personajes que describe con una picardía que nunca perdió. Lo que perdió fue su libertad, un sábado a las 9 de la

mañana, cuando la policía de Córdoba lo fue a buscar a los hoteles de Embalse. Todavía no era el entrenador consagrado, que comenzaría como ayudante de campo de Alfio Basile en 1980, en el Racing cordobés y subcampeón del Nacional. Trabajaba en gastronomía y al mismo tiempo dirigía al Atlético Río Tercero. En el libro recuerda que "ganaba buena guita y los jugadores estaban concentrados en una hostería mía que se llamaba La cabaña del Tío Tom, ya que al día siguiente jugábamos contra Huracán de Tancacha".

Dice ahora que estuvo preso seis meses "por el solo hecho de trabajar junto con Juan Amador Gramano, detenido entre abril de 1976 y diciembre de 1977. Saint Jean se la tenía jurada porque le había ganado una concesión en los 70, antes del golpe. El contador era ligerísimo para los negocios y como era muy peronista sabía que lo iban a ir a buscar". Gramano murió al poco tiempo de salir de prisión. "Lo secuestran en Buenos Aires por subversión económica, se dedicaba al turismo y nunca le pudieron probar nada, era millonario y lo fundieron, cuando salió no tenía nada", recordó en un juicio de lesa humanidad otro detenido, Héctor Ballent, quien compartió celda con él en el centro clandestino Coti Martínez.

En El Negro, publicado por Ediciones Recovecos y que el entrenador presentó junto a los periodistas y el ex delantero Oscar Dertycia confiesa que se veía venir su detención "porque manejaba casi todo en la empresa y a todos les preguntaban quién daba las órdenes y respondían: Marchetta, Marchetta, Marchetta. ¡Y adentro Marchetta!".

Pasó primero por la delegación de la Policía Federal en Río Cuarto. Estuvo unos días preso y lo trasladaron a Buenos Aires, donde el cautiverio siguió entre el Regimiento Motorizado de Parque Patricios y el Departamento Central de Policía en la calle Moreno. "Ahí me vino a visitar Roberto Perfumo, con el que éramos amigos desde los 14 años, cuando comenzamos en las divisiones inferiores de Racing. Él había salido bicampeón con River en el 75. Era un tipazo, por eso me dolió tanto su muerte hace un par de años. También había si-

do solidario conmigo Anacleto Peano, otro compañero de Racing que cuando se enteró que estaba detenido en Río Cuarto me fue a ver".

El Negro recuerda que esa contención le permitió sobrellevar sus días en prisión. También que invitó a pelear a un policía de apellido Patané y que zafó por un coronel de apellido Flores Jouvet, que figura en el informe de la Conadep. "El tipo pidió mi legajo para revisarlo, pero la policía me quería cagar y un subcomisario le insistía para que me interrogaran. Al final me dejaron ir. 'Volvé a Córdoba, pero cuando estés en Buenos Aires me avisás', me dijo el milico... Cuando agarré la dirección técnica de Los Andes en 1983 un tipo me llamó por teléfono para saludarme: era este coronel Flores Jouvet", comenta en el libro. El militar también aparece en el testimonio de los hermanos Alejandro y Carlos laccarino, empresarios que estuvieron detenidos-desaparecidos y que perdieron todo a manos del régimen cívico-militar. Hasta hoy siguen reclamando sin éxito un resarcimiento económico del Estado por el patrimonio que les arrebataron.

Marchetta perdió el rastro de Gramano en 1977, pero se sabe que aparece nombrado en el juicio que condenó al sacerdote Christian Von Wernich por crímenes de lesa humanidad. Estuvo detenido en centros clandestinos junto al periodista Rafael Perrota, el ex presidente de Racing y secretario de la gobernación bonaerense, Juan De Stéfano y el periodista Jacobo Timmerman. Le dice ahora a este cronista que "él podía haber zafado porque tenía una carta de un conocido del general Viola, pero no le dio bola. Nos sacaron la concesión de gastronomía antes de que nos detuvieran y también perdimos entre 400 mil y 500 mil dólares de la época. Saint Jean se ensañó con él". Caric agrega que el técnico sufrió otra secuela por aquella experiencia en dictadura: no pudo ir a ver ninguno de los partidos del Mundial 78.

"Yo era militante peronista por descendencia y convicción. Mi libro de cabecera siempre fue el Manual de Conducción Política de Perón", dice el técnico, quien se reivindica amigo de Carlos Menem y Eduardo Duhalde pero toma distancia de Mauricio Macri, a quien solo conoce del fútbol. Hace ya dos años, cuando se publicaron sus conversaciones con los dos periodistas cordobeses, pronosticaba lo que se veía venir: "...va a ser muy bravo esto: se abrió otra vez la importación, se cayó abruptamente el empleo y los jubilados siguen sin ganar un mango, y éste sigue hablando de renovación, de segundo semestre, de pobreza cero. Si seguimos así, en poco tiempo va a haber muchos más pobres en el país, y la gente se va a comer las raíces".

El ex técnico de Racing, Independiente, Vélez, Rosario Central –con el que consiguió el ascenso a Primera en 1985–, Belgrano, Talleres, Instituto y Platense, entre otros equipos, se refugió en Carlos Paz. Sigue el fútbol y las carreras de caballos –sus dos pasiones– desde ahí y siempre se acuerda de dónde salió: de los potreros de Lomas de Zamora que lo llevaron hasta la Primera de Racing en abril de 1962. Tampoco se olvida de aquella detención en el 76 porque le hizo bajar 18 kilos. Ni del momento cuando se lo llevaban detenido. Sus hijos y su señora lo miraban desde una ventana.

G.V.

(Página 12, 10 de septiembre de 2018)

EL CENARD NO SE TOCA

El Cenard no es solo un Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo, la casa de los atletas argentinos levantada en la década del cincuenta, donde se entrenan durante años, planifican sus carreras y acunan sus sueños olímpicos. El predio de Núñez se encuentra sobre la calle Miguel Benancio Sánchez, que se llama así en homenaje al atleta desaparecido durante la última dictadura cívico-militar. A la altura del 1050 está el ingreso a la que era hasta el DNU de Macri la Secretaría de Deporte. Sus oficinas conviven con la pista nacional de atletismo, el natatorio con una pileta olímpica, el complejo hotele-

ro que suele recibir a delegaciones extranjeras, y el polideportivo León Najnudel para más de dos mil personas.

El 23 de marzo de 2012 se inauguró el tramo de Crisólogo Larralde entre Avenida del Libertador y la autopista Lugones que lleva el nombre del maratonista desaparecido. Se estableció por la Ley 3945, un proyecto de la diputada Delia Bissuti aprobado por la Legislatura porteña en homenaje al atleta tucumano que fue secuestrado por un grupo de tareas en Villa España, Berazategui, el 8 de enero de 1978. Si la dirección del Cenard es Miguel Benancio Sánchez 1050 es porque ése lugar tiene una historia vinculada a los derechos humanos. Desde ahí partió en 2001 la primera carrera que se corrió con su nombre en la Argentina gracias a la iniciativa del periodista italiano Valerio Piccioni.

Pero el Cenard está en esa calle y también tiene una cancha de hockey sintético que se llama Adriana Acosta, en homenaje a la delantera del seleccionado argentino y de Lomas Athletic desaparecida el 27 de mayo de 1978. Su hermana menor Leticia, ex jugadora de hockey sobre césped dice lo que piensa sobre la hipotética mudanza o desaparición del Cenard: "Es un retroceso para el deporte, porque si bien me parece correcto que se use el Parque Roca, el Cenard es otro lugar, no es necesario mudarlo en su totalidad. Todo el esfuerzo que se hizo con la cancha de hockey, las piletas, la pista de atletismo sería tirado a la basura con una mudanza. Me parece ridículo. La cancha con el nombre de mi hermana podría desaparecer, aunque es obvio que al gobierno no le interesa, no tiene en cuenta una cosa así".

En el predio del Cenard también hay una plaqueta en la entrada que se colocó como tributo a la memoria de otro deportista desaparecido, el tenista Daniel Schapira. Es demasiada la potencia de estas historias que se entrecruzan en un mismo lugar. Las de Miguel, Adriana y Daniel. Nombres que tienen su razón de ser en un predio donde se respira deporte y no en los emprendimientos inmobiliarios que se proyectan. Mauricio Macri quisiera ver otra cosa en esas tierras muy rentables y donde se encuentra un teatro que se llama Presidente Perón con capacidad para 1.500 personas. El 2 de octubre de 2007 fue declarado monumento Histórico Nacional mediante el decreto 1272.

G.V.

(Página 12, 3 de febrero de 2019)

EL ESPACIO DONDE ESTÁN

Graciela Lois, integrante de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, es la compañera de Ricardo, un jugador de rugby del club Pucará. Claudio Morresi, el ex secretario de Deporte de la Nación, es el hermano menor de Norberto, que pasó por las divisiones inferiores de Huracán. Las historias de las dos familias, víctimas del terrorismo de Estado, mucho tienen que ver con el Espacio del Deporte y los Derechos Humanos que se inauguró en la ex ESMA. Un lugar que contiene una idea superadora de los típicos museos comerciales donde se apiñan trofeos, camisetas, pelotas y artículos de mercadeo. Ahí donde se secuestró, torturó y asesinó durante el terrorismo de Estado domina un respetuoso silencio. Pero además las vidas deportivas de los atletas desaparecidos están ubicadas en un contexto: el de su militancia. Hay sobriedad en cada rincón y trayectorias que merecían ser contadas. Asociaciones libres entre el fútbol y el marco social que lo contiene, el periodismo y la evolución del relato deportivo, hasta las figuritas coleccionables con que jugaron varias generaciones. Todo está guardado en la memoria, cantaría León Gieco. Y aunque no estuviera todo en este espacio, vale la pena conocerlo.

Con un acto al que concurrieron familiares de deportistas desaparecidos, atletas, el propio Morresi –gestor del original proyecto–y periodistas invitados, se dio por inaugurado el Espacio en avenida del Libertador 8151, en el barrio de Nuñez. El ex futbolista de Hura-

cán y River comentó porque funcionará en el ex centro clandestino de la ESMA: "para nuestra asociación los deportistas desaparecidos debían tener un espacio donde las nuevas generaciones pudieran conocer sus historias dentro del marco político y deportivo por el cual transcurrieron sus vidas. Mientras gritaron goles, tries y dobles buscaron un país más justo y para nosotros ellos siguen estando presentes ahora y siempre".

La entrada es libre y gratuita. Familiares informó que "los visitantes podrán recorrer la historia del deporte argentino desde las épocas de los pueblos originarios hasta el presente, con una línea de tiempo con el contexto histórico, social y político en el que se produjo cada acontecimiento".

Esta propuesta cronológica ubica al visitante por medio de fotografías, dibujos, información que, en suma, describe cómo transcurrieron más de cien años de deporte en la Argentina. Desde el siglo XIX hasta el presente. La mano entrenada y talentosa del dibujante Maicas aportó personajes reconocibles y el artista plástico Sergio Tesoratti realizó una obra que se observa en la cara posterior de la línea de tiempo estructurada en un espacio semicircular.

En un gran salón donde predomina el blanco de las paredes hay catorce habitáculos octogonales en los que se reconocen otros tantos momentos de nuestra cultura deportiva y recreativa. El espacio destinado a las figuritas de fútbol rescata un símbolo muy potente de la infancia con que se entretuvieron varias generaciones de pibes argentinos. ¿Quién no recuerda cuál era la figurita difícil de su época? La del jugador de Atlanta Juan Puntorero era una de ellas en la colección de 1964. Ocurría lo mismo con la de Pelé en el Mundial de Chile de 1962. ¿Cómo olvidarse del juego del espejito donde había que voltear con una figurita a otra que se apoyaba sobre el zócalo de la pared del colegio? ¿O la tapadita?

Otro sitio para detenerse un rato largo en la visita, es el que está destinado a la literatura deportiva. Ahí se mixturan en un collage

las tapas de libros fundacionales del género como Burguesía y gangsterismo en el deporte de Dante Panzeri, El fútbol a sol y sombra de Eduardo Galeano, Esperándolo a Tito de Eduardo Sacheri o Wing de metegol de Juan Sasturain, entre muchos otros que van desde la ficción al ensayo.

Los relatores deportivos tienen su espacio definido como Gargantas poderosas, donde conviven Víctor Hugo y su relato del gol de Maradona a los ingleses, y José María Muñoz, la voz del Mundial 78 y propalador del slogan "Los argentinos somos derechos y humanos", aquel leitmotiv de la dictadura cívico-militar. Su inclusión en la muestra disparó una polémica entre los realizadores que se zanjó colocando su fotografía entre narradores de diferentes épocas, como Luis Elías Sojit, Bernardino Veiga, Walter Saavedra y Mariano Closs.

La presidenta de Familiares, Lita Boitano, declaró sentirse feliz de poder llevar adelante actividades en el Espacio Memoria y recordó algunas de las primeras acciones de Familiares: cuando se repartieron volantes en la cancha de River durante el Mundial 78 o se pegaban obleas adhesivas en los espacios públicos para denunciar el terrorismo de Estado.

La síntesis que mejor expresa el significado del Espacio del Deporte y los Derechos Humanos es donde se encuentra la nómina de los deportistas desaparecidos. Aparecen con su nombre y apellido, la disciplina que practicaban y fotografías como la de Adriana Acosta, una jugadora de hockey sobre césped, brillante estudiante y militante solidaria que un grupo de tareas secuestró una semana antes del Mundial 78. El deporte olímpico también tiene asignado un lugar donde se detalla cada medalla ganada por los atletas argentinos. Desde el oro obtenido por el equipo de polo en París 1924 hasta los tres que cosechó la delegación en Río de Janeiro el mes pasado.

Pueden verse imágenes de todos los tiempos y distintos audios que, escuchados con los auriculares que están a mano, nos devuelven las voces del pasado. En el Espacio del Deporte y los Derechos Humanos se siente un clima envolvente donde el deporte está tan presente como las condiciones políticas, sociales y económicas que, para bien o para mal, lo rodearon a lo largo de su historia.

G.V.

(Página 12, 5 de septiembre de 2016)

RIVER RECUPERÓ LA MEMORIA

El 24 de abril de 1997, River dio de baja como socios honorarios a Videla, Massera y Agosti. La medida reparadora ponía en evidencia a otra tomada casi diecinueve años antes, el 4 de mayo de 1978, en vísperas del Mundial de fútbol. Ese día, la comisión directiva presidida por el empresario hotelero Rafael Aragón Cabrera votaba por unanimidad conferirle la distinción a los genocidas. Los tres festejarían días después en los palcos del estadio Monumental la Copa ganada por la selección nacional que dirigía César Luis Menotti. Cuando el club decidió quitarles en vida la condición honorífica que les había otorgado, su presidente era Alfredo Davicce. Pero el verdadero gestor de esa movida más que simbólica resultó una de las víctimas del terrorismo de Estado, el maestro Alfredo Bravo, Reconocido hincha riverplatense y socio vitalicio 19551, el dirigente socialista le había mandado una carta con el pedido a la institución el 8 de marzo de 1996. Fue a partir de su solicitud que se pusieron en movimiento los mecanismos para limpiar una mancha que se extendió por varios clubes del fútbol argentino durante la última dictadura cívico-militar.

Hoy se cumplen veinte años de aquel episodio que señaló el comienzo de un camino distinto, emblemático, que estimuló a otras entidades deportivas a hacer lo mismo en una marea restauradora de la memoria, verdad y justicia. Así sucedió con Carlos Suárez Mason en Argentinos Juniors y Roberto Viola en Colón de Santa Fe, por nombrar dos

de los casos más difundidos. El primero llegó a ser socio honorario y presidente de la Comisión de Patrimonio en el club de La Paternal.

El abogado, militante político y socio de River Marcelo Parrilli recuerda hoy aquella quita de honores, a la que él contribuyó cuando visibilizó el tema ante la Inspección General de Justicia: "Yo no era socio del club en ese momento, por lo que hice una denuncia ante la IGJ y no me dieron pelota. La planteé ahí porque se trata del organismo que debe supervisar la vida institucional de una entidad civil como River". Hoy mantiene su mirada crítica sobre la determinación de Aragón Cabrera y quienes lo acompañaban en la conducción del club en 1978. "Lamentablemente, ese episodio demostró la complicidad de los dirigentes con las autoridades políticas de turno y el negociado del Mundial", explicó.

Bravo tuvo que insistir con su carta del 8 de marzo del '96. La reenvío el 24 de marzo, a veinte años del golpe de Estado que derrocó a María Estela Martínez de Perón. El secretario general de River en aquel momento, José María Aguilar, le comunicó que se iba a tratar el tema en la comisión directiva, como finalmente ocurrió. El redactó el proyecto que votó la conducción de River por amplia mayoría, aunque no tuvo unanimidad, ni tampoco otras firmas que lo acompañaran. Hubo presiones foráneas. Recuérdese que en esa época se venía de los indultos del ex presidente Carlos Menem. Davicce reconoció que la medida se tomó "un poco tarde". Hace veinte años, los tres integrantes de la junta militar todavía vivían. Agosti murió en octubre del '96. Le siguieron Massera en 2010 y Videla en 2013. El vicealmirante Carlos Alberto Lacoste, el militar más identificado con River y hombre clave en el Ente Autárquico Mundial 78 escapó a la medida depuradora. Se sabe que otros como él también zafaron. El brigadier Osvaldo Cacciatore, intendente de facto de la ciudad de Buenos Aires, fue uno de ellos.

G.V.

(Página 12, 24 de abril de 2017)

MÍSTER MONTONERO

Jorge Reyna fue algo más que el candidato a presidente de la Nación por el Frente de la Resistencia en 1999, exiliado en los 70 y militante montonero. Su historia también estuvo vinculada al deporte, con la curiosidad de que transcurrió en tres países muy diferentes entre sí: Argentina, Suecia y Mozambique. Cordobés, nacido en Laboulaye, su familia lo trasladó a La Plata cuando él apenas tenía seis meses. Jugó por poco tiempo y en simultáneo en las divisiones inferiores de Estudiantes y en las categorías menores de La Plata Rugby Club, que tiene el triste récord de veinte desaparecidos en sus distintos planteles durante la última dictadura cívico-militar.

En la época en que Osvaldo Zubeldía, Juan Ramón Verón y Carlos Bilardo se aprestaban a ganar todo, Reyna tuvo a compañeros que tiempo después llegaron a integrar la Primera: "Jugué hasta la quinta división y me acuerdo de Zucarelli, De Marta, Taverna y el Bambi Flores. Como yo era arquero, con el Bambi teníamos una disputa desde el baby-fútbol. El técnico que más recuerdo es Miguel Ignomiriello". El mismo que reparó en él cuando lo fichó Estudiantes.

Reyna dejó el fútbol y el rugby por su militancia en el GEL (Guerrilla del Ejército de Liberación), las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros. Estuvo detenido en el penal de Rawson, recobró su libertad cuando asumió el gobierno Héctor Cámpora y salió al exilio desde la clandestinidad durante la dictadura. Vivió una fugaz estadía en Brasil y se trasladó a Suecia bajo el amparo de la ONU. Esas sucesivas experiencias políticas culminaron en su reencuentro con el fútbol.

"Estaba en un campamento de refugiados y ahí se organizó un torneo en la ciudad de Alvesta, que tenía un equipo en la Primera B sueca. Me vieron jugar de arquero y al día siguiente vino el asistente social para decirme si quería jugar en ese club. Cuando me lo preguntaron, pregunté: ¿Cuánto pagan? Me respondieron que lo mismo que por limpiar hospitales o cuidar enfermos y no lo dudé".

Pese a esa oferta seductora, Reyna recordaba que trató de zafar de Alvesta –el lugar, una especie de páramo, lo comparó con Siberia– y terminó jugando en el Limhamns, un equipo filial del Malmöe FC, el club más importante de Suecia. "Estuve como un año y medio, pero me fue tan mal con la relación humana, que en los últimos seis meses preferí limpiar escuelas. Y no exagero, pero durante el tiempo que pasé en el Limhamns, que también era de la B sueca, solo tres jugadores me dirigieron la palabra en un plantel donde éramos como veinticinco. Ganaba tres mil y pico de coronas, unos setecientos dólares".

Cuando decidió abandonar Suecia tenía dos posibles destinos para viajar como cooperante internacionalista: Nicaragua o Mozambique. La alternativa del país africano salió primero y hacia allí viajó, con su primera mujer y sus hijos.

"Fui a trabajar a la Empresa Nacional de Propaganda donde hacíamos campañas para el Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo) y de apoyo a Mandela en Sudáfrica. Cuando llegué me mandaron a Nampula, que es una provincia al norte de Maputo, la capital. Y bueno, el problema era que en Mozambique, cuando terminabas de trabajar a las cinco de la tarde no tenías nada para hacer. Entonces me ofrecí a la Dirección Nacional de Deportes y les conté la experiencia que tenía, sobre todo, la que había vivido en Suecia, donde aprendí algunos métodos de entrenamiento. Me puse a disposición y agarraron viaje enseguida. Designado director técnico del Muhaivire, un equipo provincial, ganamos el torneo que jugábamos, un certamen clasificatorio para el Nacional de Mozambique", contaba Reyna.

El buen desempeño de sus jugadores provocó que recibiera una oferta para dirigir a uno de los grandes de la ex colonia portuguesa: el Costa do Sol, los canarinhos. "Cuando me vinieron a buscar les pedí casa y comida. Un tarro de leche para las pibas, una docena de huevos por semana, que me consiguieran eso. Se comprometieron y volví desde Nampula a Maputo". Con su nuevo club, Reyna ganó la Copa de Mozambique.

"Yo había mamado un fútbol muy planificado, muy táctico. Había vivido la época de Zubeldía y Bilardo. Ellos, los mozambiqueños, eran de otra escuela, la portuguesa", decía. Tiempo después, reconocido por sus progresos en el fútbol local, le ofrecieron conducir a la selección nacional africana. Había rechazado el cargo el portugués Coluna, ex compañero de Eusebio en el exitoso Benfica de los años 60 y el seleccionado de su país. Reyna también dijo que no y regresó a la Argentina para siempre. En Mozambique le pusieron de apodo el Míster Montonero, como se llama a los entrenadores en España.

El 4 de junio de 2016 murió tras una enfermedad que le devoró rápidamente toda la vitalidad que tenía. Sus compañeros de militancia lo reivindicaron como lo que era: un luchador del campo popular que casi seis meses antes de su fallecimiento había sido reprimido de manera brutal en La Plata, frente a la intendencia. La gestión de Julio Garro, de Cambiemos, había dejado cesante a su compañera Marcela López. El la acompañaba en una manifestación pacífica. Reyna era diabético y recibió varios balazos de goma que impactaron en sus brazos y espalda. Tenía 67 años. Dejó a un hijo discapacitado y a una mujer desocupada.

G.V.

(Página 12, 19 de marzo de 2018)

BALDOSAS DE FLORESTA

La memoria camina vigorosa por las calles de Floresta y hace tiempo que dejó un mojón en la vereda de All Boys. En la ochava de Alvarez Jonte y Mercedes, desde el 7 de noviembre de 2009, cuatro militantes populares desaparecidos durante la última dictadura tienen su nombre en una baldosa, como evocación de sus historias de vida, que además se desarrollaron en el club emblemático del barrio, del cual eran socios.

"Aquí fueron felices", dice la baldosa en letras blancas sobre fondo oscuro que homenajea a Carlos Oscar Lorenzo (desaparecido el 8 de noviembre de 1978), Samuel Alberto Szczupakiewicz (7 de abril del '77), Daniel Ferreyra (30 de julio del '76) y Susana Leonardi (31 de marzo del '76). Todos eran vecinos, hinchas y socios de la institución, donde practicaban natación. Sus nombres también están en una placa de bronce colocada en el interior del club, que repite la consigna de la baldosa: "¡Porque aquí fueron felices!".

La iniciativa la tomaron en su momento los familiares, amigos y allegados de los militantes, All Boys y la organización Barrios por la Memoria y Justicia de Monte Castro, Floresta y Paternal. En Argentinos Juniors también hubo un acto el pasado 23 de marzo en el que se descubrió una placa por los siete hinchas del club desaparecidos. Uno de ellos era el cineasta Raymundo Gleyer.

Adriana Vega, vecina de All Boys y presidenta de la Asociación Cultural José Martí de Argentina, en un artículo de http://www.allboys-de primera.com.ar, los recordó en aquel acto de 2009: "Carlitos, Samuel, Danielito y Susana fueron inteligentes lectores y estudiantes fecundos. Con Carlos platicábamos fervorosamente sobre literatura, medicina, la Revolución Cubana y él manifestaba que sus grandes amores eran, en este orden, primero el Che y Cuba, luego All Boys y Boca, porque estaban en distintas categorías...". Aunque en ese momento jugaban en Primera los dos.

G.V.

(Página 12, 4 de agosto de 2013)

CAPÍTULO 5

HISTORIAS COMPARTIDAS



Gustavo Olmedo jugó en varios puestos. En la foto: de arquero en Los Andes (La Rioja)

LA SANGRE DERRAMADA DEL GOLEADOR

Para todos los compañeros que en Santa Fe luchan cada día por memoria, verdad y justicia

Quizás fue ese el día en que Cielo se enamoró de Gustavo. A lo mejor ella estaba en la cancha o acaso leyó al otro día, en el diario, que con un gol de él, el modesto equipo de Los Andes de Los Sarmientos había vencido nada menos que a Atlético Chilecito, el más grande de la región. Centro de Cachavacha Valverdi y gol de Papilo. "Atlético no pudo cruzar Los Andes", tituló el diario.

Romance de pueblo entre el goleador y la mujercita de sus desvelos a la que se le ilumina la cara fresca de la adolescencia pensando en un hijo. Casi una novela, protagonizada por el pibe que debutó en primera a los 15, que tenía condiciones en el área rival y que, con tal de jugar siempre, hasta se defendía si lo mandaban al arco. Los Sarmientos tenía a Gustavo Olmedo, Papilo, el centrodelantero goleador de físico privilegiado y futuro prometedor, a Cielo, la mocosa que lo hacía suspirar y no tantos otros habitantes.

Serían doscientos más allá por los comienzos de la década del 70. Es que el riojano pueblo de Los Sarmientos está muy influenciado por Chilecito, la segunda ciudad de la provincia, a la que está unida por un río de montaña que trae poca agua y mucha piedra desde lo alto del cerro, donde el nevado de Famatina deja caer su barba de eterna nieve blanca.

En Los Sarmientos los días se contaban hasta el otro domingo, cuando jugaba Los Andes, para esperar los goles de Papilo y alimentar el sueño de campeón que a los más pequeños pocas veces se les concede. Hasta que Papilo llegó a la mayoría de edad y se fue a estudiar a Córdoba, a cumplir con el mandato familiar de ser ingeniero, como el viejo Tomás, o como los hermanos que ya estaban en la Docta.

Y Papilo no volvió más al pago. Cielo lo miraba desde aquel recorte del diario, cuando le ganaron a Atlético, los amigos se preguntaban en qué cuadro cerraban los puños para gritar los goles de Papilo y algunos chismosos repetían con necedad que podría estar en México o el Caribe. Pasaron 27 años y Papilo no volvía.

Pero una tarde, una inolvidable tarde de jueves, el 23 de octubre de 2003, Gustavo llegó otra vez al pueblo. Volvió así, como llegaba Pichuco al barrio haciendo roncar el bandoneón y clamando que nunca se había ido, o como vuelven los poetas que regresando a la querencia quieren recuperar la infancia. Sólo que Papilo ya no era Papilo, ni el goleador que prometía, ni el ingeniero que quiso ser, ni el padre de los hijos que Cielo soñó. Nada de eso.

Gustavo Papilo Olmedo Ilegó hecho jirones, maniatado en sus manos y en sus pies, muerto en una urna gigante, baleado en la espalda por una jauría del Tercer Cuerpo de Ejército que en Córdoba conducía el genocida Luciano Benjamín Menéndez. A las puertas de Los Sarmientos, más de 100 personas fueron a recibirlo.

Cachavacha Valverdi, el wing derecho, corrió por la punta a invitar a todos. Una bandera argentina rodeó los restos, los pibes de la escuela Pizzurno gritaron fuerte ¡presente! al paso de la caravana, un caja chayera improvisó sentidas coplas, los pibes de las divisiones inferiores de Los Andes, enfundados en la camiseta rojiblanca del cuadrito del pueblo, le hicieron un respetuoso cordón de aplausos, un ser querido gritó "llegaste a casa, Papilo, volviste y ya nadie te podrá hacer daño" y Cielo derramó algunas lágrimas, corroborando en ese instante el injusto paso del tiempo por su vida.

El 26 de marzo de 1976, un grupo de militares rodeó una casa del Barrio Altamira, en la capital cordobesa, evacuó las zonas aledañas sigilosamente y cortó las luces. Cerca de las diez de la noche, una tanqueta del ejército argentino fusiló a José Luis Nicola, a Vilma Ethel Ortiz y a Gustavo Olmedo, que tenía 20 años, cursaba el tercer año de Ingeniería y recién empezaba su vida como militante universitario.

Papilo tenía dos tiros de gracia y muchos orificios de bala por la espalda. Es que la muerte lo sorprendió salvando una vida. Ante la furia asesina, atinó a cubrir a Fausto, el bebé de 9 meses que tenían sus amigos. Saciada la sed caníbal de la tropa de Menéndez, se olvidaron a Fausto pero se llevaron para siempre a José, a Vilma y a Papilo. El cuerpo fue encontrado en una fosa común del Sector C del Cementerio de San Vicente, tras un trabajo realizado por Arhista, el Equipo de Argentino de Antropología Forense (EAAF) y las Abuelas de Plaza de Mayo de Córdoba.

Durante la investigación para dar con el cuerpo de Gustavo, sus familiares tuvieron acceso a un radiograma de época, con la firma de Menéndez, en el que recomendaba la apropiación de niños como un modo de dominación sobre el enemigo. El chacal decía que "los escandinavos mataban al primogénito de sus adversarios y se tomaban su sangre, como símbolo". Como él era "cristiano", decía que no se permitía tanto, pero quedarse con los hijos de sus víctimas lo hacía verdaderamente vencedor y feliz.

Ahora Gustavo Papilo Olmedo está sepultado en el cementerio de Los Sarmientos. Luciano Benjamín Menéndez anda en silla de ruedas, pero anda, indultado por otro riojano, Carlos Menem. Fausto, el pibe cubierto por la espalda de Papilo milita junto con las Abuelas cordobesas. Cachavacha sobrevive con un plan Jefe de Hogar. Y dicen que Cielo, que no pudo tener ningún Fausto, pasa todos los días por una calle de Los Sarmientos que antes se llamaba Gendarmería Nacional y que, desde el 23 de octubre de 2003, se llama Gustavo Papilo Olmedo.

Claudio Cherep

(Un Caño, número 9, mayo de 2006)

REQUENA, EL PROFESOR FUTBOLISTA

Eduardo Raúl Requena era para todos el Gallego, un querido y respetado profesor, un comprometido militante social y gremial hasta aquel atardecer de julio de 1976 en que fue secuestrado y luego desaparecido.

Había nacido el 15 de noviembre de 1938 en Villa María (Córdoba), y desde muy chico practicó atletismo y jugó al fútbol en el club del mismo barrio en que se crió: Almirante Brown. Cursó la escuela primaria en el Instituto Santísima Trinidad y la secundaria en el Bernardino Rivadavia.

En 1963 se recibió de profesor de Historia y Geografía, en la Escuela Normal Víctor Mercante, de su ciudad. Fue docente del mis-

mo Rivadavia y en el profesorado de la ciudad de Bell Ville, donde inició su actividad gremial cuando lo eligieron delegado en el Sindicato de Educadores Privados y Particulares de la provincia de Córdoba (SEPPAC). En 1973 fue uno de los delegados a las reuniones de Huerta Grande en el Congreso Unificador de la Docencia Argentina, donde nació la CTERA. Nunca le cobraba sus viáticos al gremio, por entender que no correspondía: "Usando la plata de los trabajadores es fácil hacer sindicalismo", solía decir. Así pensaba él Gallego. Su compromiso trascendía lo gremial y se articulaba con una militancia política y social en defensa de los intereses populares.

A los 13 años comenzó a practicar atletismo, integrando el equipo de la Escuela Domingo F. Sarmiento, la única institución que contaba con la actividad, de la que también participaban alumnos de otros colegios. Su profesor era un ex atleta olímpico Guillermo Evans, el primer villamariense en participar en los Juegos Olímpicos de Londres 1948.

Requena tenía un físico privilegiado: era alto, delgado, con mucha flexibilidad. Había sido campeón argentino en 64 metros con vallas y subcampeón en salto en alto, en los torneos Evita, en los años 1953 y 1954, representando a Córdoba.

Una de las grandes pasiones del Gallego era el fútbol y comenzó a jugar en el club River Plate de Villa María desde los 12 años. A su vez lo hacía en la selección de Villa María, en la que debutó con sólo quince años, enfrentando al club Tigre de Buenos Aires.

En 1956 llegó a la primera de su club, con el que logró el histórico tetracampeonato entre 1958 y 1962. Todos los que lo conocieron tienen un gran recuerdo de lo que fue como jugador, pero mejor aún como persona. Para muchos era un crack, un gran defensor, un diestro que se destacaba por el sector izquierdo de la defensa. Veloz y con buen manejo de pelota. Sobresalía en el juego aéreo y era un muy buen cabeceador tanto en defensa como en ataque. Anotó muchos goles. Era un auténtico tres de esa época.

Siempre jugó en River, y pese a los ofrecimientos que recibía nunca quiso hacerlo en otro club que no fuera el de su barrio, sin pretender retribuciones económicas que en esa época comenzaban a ser algo común en ese fútbol liguero.

En la selección de Villa María jugó muchos partidos. Su forma de ser era la misma en la cancha y en el gremio, en un aula como en la vida. Era leal, honesto, querido, respetado y solidario, un caballero con todas las letras, un idealista, un gran maestro, un formador de hombres. Se retiró muy joven en 1965, con apenas 27 años, para darle prioridad a su actividad gremial.

En el atardecer del 23 de julio de 1976, Eduardo Requena entró al café Miracles en la Avenida Colón al 1100 de la capital provincial (ubicado a pocos metros de la plaza Colón). Eran tiempos en los que el General Luciano Benjamín Menéndez y su patota se consideraban "amos y señores" en la provincia. El Gallego sabía que lo buscaban, pero no se ocultaba. Un grupo de civil lo estaba esperando y se lo llevó. Muchos sobrevivientes lo vieron en el centro clandestino de detención La Perla, de donde desapareció.

Gustavo Ferradans

(El Diario de Villa María, Córdoba, noviembre de 2008)

El Centro Educativo en Derechos Humanos que funciona en el ex centro clandestino de detención La Perla, se llama Eduardo requena. También una calle de Villa María y una escuela de la capital cordobesa.

EL TENISTA AL QUE LE CORTARON LOS SUEÑOS

Mientras habla, Edgardo Topo Schapira tiene frente a sí fotos en blanco y negro de su hermano mayor, Daniel. Y en su memoria, la imagen de una tarde: "Yo tenía 11 años y Daniel, 15 —rememora—, un día fui

a jugar al tenis a San Lorenzo y unos muchachos de una barrita, de unos 18 o 19 años, me amenazaron por ser judío. Mi papá era de la Comisión de Tenis, y cuando le avisé los echaron. Ellos vinieron a buscarme a casa, en Pedro Goyena y Avenida La Plata. Pero Daniel se enteró y, solo, salió a hacerles frente con una botella en la mano".

Hace demasiado tiempo que Edgardo no puede repasar aquella anécdota con su hermano. Porque Daniel Schapira, que era tenista al igual que su hermano menor, es una de las miles de víctimas de la represión ilegal de la dictadura militar que usurpó el poder el 24 de marzo de 1976, hace hoy 27 años. El 7 de abril de 1977, Daniel fue secuestrado por un Grupo de Tareas, y continúa desaparecido.

Daniel Schapira, contemporáneo de jugadores como Rubén Cano y Pancho Mastelli, llegó a estar entre los 10 primeros del ranking argentino de Juveniles. A principios de los '70 casi no había tenistas profesionales, y Daniel se ganaba la vida dando clases. En esa época lo conoció, en el club Macabi, el hoy periodista Oscar Pinco. "Tenía la nariz pelada de pasar tanto tiempo al sol, lo tomé por un rubio fachero; era buen jugador pero lo imaginaba desinteresado de cualquier cosa que no fuera el deporte", cuenta Pinco, que hace dos años publicó la historia de Schapira en el diario Los Andes, de Mendoza. Los prejuicios de Pinco sobre el profe de tenis quedaron en nada un día de 1973, cuando lo encontró en una manifestación de protesta por el golpe contra el presidente chileno Salvador Allende: "De ahí en más hablamos muchas veces, y supe que tenía una preparación intelectual brillante".

Edgardo cuenta que su hermano empezó a militar en la Juventud Universitaria Peronista en la Facultad de Derecho —"ya en la secundaria quería ser abogado"—, y que fue ayudante de cátedra de Rodolfo Ortega Peña (asesinado por la Triple A en 1974) y Eduardo Luis Duhalde, abogados y defensores de presos políticos.

"Daniel era un caballero en el tenis, y un tipo leal en todo", dice su hermano, mientras mira a otro Daniel, su sobrino, que nació 8 meses después del secuestro de su papá (su mamá, Andrea Yankilevich, también está desaparecida). "En el '76 mi hermano militaba en Córdoba, y en un operativo le dieron tres balazos. Pero era fuerte, herido y todo pudo escaparse. La familia le pidió que dejara el país, pero él se negó porque consideraba que era traicionar a sus compañeros. Yo admiro esa entrega que él tenía, su convicción".

El 7 de abril de 1977 Daniel fue secuestrado mientras viajaba en colectivo, cerca de San Juan y Boedo. Por testimonios de sobrevivientes se sabe que estuvo detenido ilegalmente en la ESMA. A Edgardo le duele contar que "lo torturaron, incluso un torturador al que le decían "Trueno" le disparó dardos venenosos para probarlos y Daniel tuvo un infarto". Los hechos figuran en el auto de procesamiento del juez español Baltazar Garzón contra represores argentinos, que indica que "Trueno" era el alias del represor Alejandro Pernías. En esa causa por genocidio y torturas está también acusado el ex marino Ricardo M. Cavallo, detenido en México en 2000.

Carlos Prieto (Clarín, 24 de marzo de 2003)

Daniel Schapira tiene una placa que lo recuerda desde el 17 de noviembre de 2004 en la Secretaría de Deporte.

EL REPRESOR QUE SE RECICLÓ EN LA AFA

Alberto Julio Candioti fue uno de los dirigentes más cercanos a Julio Humberto Grondona. El fútbol le sirvió para ocultar su pasado durante décadas: fue integrante del Batallón de Inteligencia 601 y actuó en al menos cuatro centros clandestinos de detención, entre ellos "La Cacha", en el mismo período en que fue asesinada Laura Carlotto. En Santa Fe, está acusado de la desaparición de un conscripto. Las

fechas confirman que, mientras era dirigente de Colón, trabajaba para la dictadura.

La información difiere según el padrón que se consulte. En 2010, la nómina de los socios habilitados a votar en las elecciones de Colón indicaba que Alberto Julio Candioti se había asociado a la entidad el 14 de enero de 1976, bajo el número 25.577. En el padrón de 2013, en cambio, su número es el 109.292 y su alta es el 14 de enero de 1973. Hay menos dudas sobre su doble vida: en una entrevista con El Litoral, en 2002, repasó su trayectoria como dirigente sabalero y recordó su función como representante en AFA entre 1977 y 1980. El mismo período en el que la Sala III de la Cámara Federal de La Plata lo acusa de ser parte "desde el cargo y función que ocupó, del plan sistemático de desaparición de personas" durante la dictadura cívico militar.

Su legajo militar es aún más preciso: integró el Destacamento de Inteligencia 101 desde el 28 de diciembre de 1977 hasta el 4 de mayo de 1979. Durante mucho tiempo su tarea no fue menor: fue jefe de la Sección Comando y Servicios entre el 9 de enero de 1978 y el 7 de abril de 1979. Por su rango, Candioti tenía bajo su mando a tenientes, subtenientes, suboficiales y también a una parte de los civiles que provenían del temible Batallón de Inteligencia 601, organismo que Candioti conocía a la perfección: fue uno de los 345 militares de esa repartición, tal como quedó comprobado tras la desclasificación de los documentos en 2010.

Es imposible saber si la historia es cierta. Pero Candioti la contó ante un grupo de periodistas santafesinos, a mediados de la década del '90. Cuando le preguntaron cómo había logrado construir su relación con Grondona, se jactó de una supuesta intervención para que su hijo, Humberto Mario, fuera liberado sano y salvo de un secuestro. El ex técnico de la selección nacional Sub 20 contó aquel episodio en una entrevista con El Gráfico, en 2008: "Fue en 1973, tenía 14 años. Salía del entrenamiento de Arsenal cami-

nando con un amigo, me pusieron un revólver en la cabeza y me metieron en un auto. Estuve 8 días secuestrado y me dejaron en la calle con dos pesos. Me tomé el colectivo y volví". El pago fueron dos ambulancias para el Hospital Fiorito.

En 2005, el periodista de La Nación, Claudio Mauri, escribió una columna con una gran cantidad de detalles biográficos sobre el histórico presidente de AFA. Allí asegura que Grondona "está convencido de que nada lo endureció más en la vida que el secuestro de su hijo Humberto en 1973, a la salida de un entrenamiento de Arsenal". "Durante nueve días se encargó de negociar con los secuestradores el pago del rescate y la liberación", agrega. ¿Candioti fue realmente clave para lograr la liberación de Grondona? Sólo el ex vicepresidente FIFA pudo saberlo. Y ya no está.

Según sus propias palabras, Candioti cumplió funciones como representante de Colón en la entidad de calle Viamonte desde 1977. Años más tarde empezó a formar parte de algunas comisiones directivas. Entre ellas, la primera electa tras la vuelta a la democracia al país, con el cargo de Secretario de Relaciones Públicas y Humanas. En 1984 Claudio "Carozo" Mir cumplió una tarea extraordinaria en la Primera "B": marcó 26 goles en 41 partidos para el Sabalero. Fue transferido a Unión, su clásico rival. Candioti tuvo un rol protagónico en esa negociación, que no cayó nada bien en los rojinegros. Se retiró como militar y, apenas un par de años después, se recibió de abogado en la Universidad Católica Argentina. De inmediato pasó a integrar el Registro Nacional de las Personas: sí, un espía de la dictadura que, en democracia, llegó a ocupar altos cargos en el organismo que contiene los datos de todos los habitantes del país.

En Colón fue vicepresidente durante las gestiones de José Vignatti. En 2002 se distanció de él y lo enfrentó en elecciones, pero no pudo derrotarlo. Ya era por entonces mano derecha de Grondona, a quien defendió como abogado cuando Mario Das Neves lo acusó de administración fraudulenta. Cada tanto volvía a Santa Fe, donde era

un hombre de consulta permanente en los medios de comunicación. Organizaba cenas en las que invitaba a periodistas y les contaba sus vueltas por el mundo con la Selección Nacional y su cercanía con las figuras más destacadas del equipo. En 2006 integró la lista de Futuro Sabalero, que perdió ante Germán Lerche.

Nunca quedó claro por qué, pero se distanció de Grondona. Pasó a ser asesor legal de la Unión de Trabajadores del Turf y Afines (UTTA) y de su obra social, OSPAT. Siempre con perfil alto. Hasta que en 2012 la justicia pidió su captura. Estuvo 436 días prófugo en Montevideo, Uruguay. Resistió su extradición todo lo que pudo. En 2016 regresó al país y fue procesado por su participación en más de cien delitos de lesa humanidad.

Candioti aparece en distintas causas judiciales en al menos cuatro centros clandestinos de detención: la Brigada de Investigaciones San Justo, el Pozo de Banfield, el Pozo de Quilmes y La Cacha. En Banfield se lo menciona como "responsable de las áreas de Personal e Inteligencia en la Plana Mayor, con el grado de Capitán". Era uno de los responsables de lo que ocurría en La Cacha. Uno de los condenados a cadena perpetua por su intervención en ese lugar, Roberto Balmaceda, lo mencionó como su superior directo: "En la terminología castrense está lo que denominamos jerarquías. Quiero mostrarles que yo estaba abajo de todos los oficiales que ya estaban en el Destacamento cuando yo fui. Estaba el capitán Romero Pavón, el capitán Pasquale y un capitán Candioti, que no está en este momento acá", afirmó. El audio fue registrado por la periodista Virginia llariucci de Radio Universidad de La Plata.

El testimonio de Balmaceda y su propio legajo no dejan dudas: Candioti era uno de los militares que tomaban decisiones en La Cacha, en el mismo período de tiempo en el que allí fue asesinada Laura Carlotto, hija de la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto, quien recién pudo reencontrarse con su nieto Guido en 2014, 37 años después de su nacimiento.

En Santa Fe está acusado de la desaparición de Roberto Daniel Suárez, un militante peronista que, tras el secuestro de su mujer embarazada y el nacimiento de su hijo en cautiverio, decidió presentarse para el Servicio Militar Obligatorio. Estuvo apenas unos meses: desapareció el 1º de agosto de 1977. Candioti era uno de sus superiores. Años después apareció en una denuncia anónima en la CONA-DEP. Según el legajo 1421 "se presenta un individuo, aparentemente que revistó como suboficial del Ejército, y manifiesta que, habiendo visto en el diario la foto de Suárez y la denuncia de su desaparición, comparece para decir que el mismo fue asesinado por el entonces jefe de dicho Batallón, Coronel José Tidio Lagomarsino de León, con su pistola calibre Nro. 9, con un tiro en la cabeza, complicando en el caso a los oficiales Candioti y De Gracia. Este suboficial denunció también que al cadáver lo envolvieron en una lona verde, lo subieron en una barcaza y cruzaron el río a una isla, regresando luego en la barcaza sin el cadáver".

> Nicolás Lovaisa (Abril de 2019, texto inédito)

DURMIENDO CON EL ENEMIGO

Un domingo de noviembre del 82, los barras de Racing aprovechan que Independiente juega de visitante, entran de manera violenta a la Doble Visera, le pegan al portero y roban las banderas y los bombos del Rojo. A partir de ahí arranca una historia que bien podría inspirar a los guionistas de El Marginal III. Los barrabravas del Rojo empiezan a patrullar las calles de Avellaneda, hasta que recuperan parte del botín, que estaba escondido en un bar frente al Cilindro, y en el operativo rescate aprovechan para llevarse algunas banderas de Racing.

La ecuación se invierte: ahora son los de La Academia los que

salen a las calles en búsqueda de los trapos. La guerra está declarada, pero excede a los barras. En la causa llegan a intervenir dirigentes de los dos clubes y hasta el intendente de Avellaneda. Entonces, los barras firman una tregua y se devuelven las banderas en el entretiempo de un partido en cancha del Rojo. Entre aquel primer robo y la devolución pasó un año y medio. En ese lapso hubo amenazas, pistas falsas, búsquedas inútiles y hasta el secuestro de un barra de Racing para que cantara.

Pero el episodio más extraño ocurrió en la sede de Independiente meses antes de la tregua, cuando los barrabravas se cruzaron con ese extraño dirigente que apenas conocían. El tipo los encaró, y con un tono firme y prepotente les prometió: —Si me dan dos nombres, en 48 horas aparecen las banderas. Ese dirigente era Julio César Santuccione, un militar de la Fuerza Aérea acostumbrado a los aprietes. Había llegado al club con el aval de Julio Grondona y fue tesorero entre el 82 y el 84, con Pedro Iso de presidente. Por entonces, pocos conocían su prontuario: había sido el jefe de la Policía de Mendoza del 75 al 77. En la provincia cuyana operó en el D2, uno de los mayores centros clandestinos de detención de la provincia, e integró el CAM (Comando Anticomunista Mendoza), una versión de la Triple A más moralizadora, que además de perseguir y asesinar militantes se ensañó particularmente con las prostitutas. Era ultracatólico y nacionalista.

"Fue uno de los personajes más nefastos que hayan pasado por Mendoza durante la dictadura", define Alba Vega, integrante de la agrupación HIJOS de esa provincia. En Independiente lo recuerdan como un personaje duro y excéntrico, que imponía respeto. Llegaba a la sede de Avellaneda en un auto de la Fuerza Aérea con chofer, y usaba camisas con sus iniciales bordadas y gemelos de oro. Entre los dirigentes mostraba su lado amable, extrovertido. Pero Santuccione era, sobre todo, un tipo que solucionaba problemas. Gracias a las relaciones que había tejido en las Fuerzas Armadas, podía destrabar

conflictos, una condición que suele ser escasa en las comisiones directivas de los clubes de fútbol.

Tal vez fue esa capacidad para resolver dificultades, o por su buena relación con algún dirigente, lo cierto es que Santuccione volvió a ser tesorero de Independiente entre el 91 y el 93, durante la presidencia de Horacio Sande. Habían pasado ocho años del regreso de la democracia y su prontuario ya no era un secreto. Pero ahí estaba, manejando los fondos del club. "Parecía un tipo con doble personalidad, afuera era un genocida, pero en el club era honesto, casi lo definiría como un tipo agradable", describe Fernando Sciaccaluga, un ex dirigente que compartió la comisión directiva con el militar. Hay un detalle curioso de los dos ciclos de Santuccione en Independiente: en la memoria y balance que el club publicó en 1982 lo presentan como "comodoro", pero en la de 1991 pasó a ser "señor". Santuccione murió en 1996. Nunca fue condenado. Ni siquiera sufrió escraches de organizaciones de derechos humanos.

Claudio Gómez (Perfil, 24 de marzo de 2019)

EL PARTIDO DE LA MEMORIA

El hombre, de unos sesenta años, para la bici y comienza a hablar de Racing. Al rato, recuerda que él pasó aquel 22 de febrero de 1977 por ese mismo tramo de la calle Colón. Que vio manchas de sangre y marcas de proyectiles en la pared. Se acerca otro hombre. Dice que es su primera vez en Avellaneda. Que él es el único hincha de Racing en su pueblo jujeño. Y que le emociona sumarse a la pintada del mural que homenajea a los fusilados. Pintan las niñas Chiara y Francesca y también una pareja que llega en moto desde Benito Juárez. Y Carmen "Tota" Guede, madre de Plaza de Mayo, esposa de Dante, uno de "Los

desaparecidos de Racing", libro de Julián Scher. Carlos Krug y Alberto Laporte, emocionan al recordar a sus hermanos también hinchas de Racing. También desaparecidos. Llega Vicente Zito Lema, poeta, periodista, docente. Padres y madres le dicen al artista Mario Almaraz que sus hijos también quieren pintar. El colectivo Memoria Racinguista siente misión cumplida. El mural frente al Cilindro de Avellaneda dibuja el pañuelo de las Madres, una pelota con sangre, el brazo extendido con el puño cerrado hacia un arco y la leyenda "Los fusilados de Racing 22/2/77".

Oreste Osmar Corbatta, 7 legendario de la Acadé, se topó con los cadáveres en el piso cuando volvía de madrugada con Rafael Barone, amigo de borracheras. "Rajemos", le dijo Corbatta. El dato, contado por Alejandro Wall en su libro Corbatta, llevó a Micaela Polak a recorrer cementerios y archivos. "El 22 de febrero de 1977 la cancha de Racing fue un paredón de fusilamiento". Es el inicio de su notable artículo de Página 12. Lo escribió el 22 de febrero de 2017, al cumplirse cuarenta años de la masacre. Marcelo Izquierdo está próximo a publicar otro libro sobre Racing con nuevos testimonios que sugieren inclusive que los fusilados esa noche podrían haber sido mucho más que seis.

¿Pero cuántos más muertos de descampados más anónimos seguirán siquiera sin chances de ser identificados y sin reclamo público como los fusilados de Racing? "Los 30.000 –escribe alguien en la web- no son un número. Son un nombre".

Horas después de la pintada en Racing, decenas de hinchas marchan a Plaza de Mayo. Visten las camisetas de sus respectivos equipos. Algunos levantan carteles que llevan foto, nombre, fecha y escudo. "Los escudos -escribe Nadia Petrizzo en el sitio de Facebook de la Coordinadora DDHH del Fútbol Argentino, promotora de la iniciativano separan, suman". "Juan Carlos Mardikian, hincha de River". "¡Presente!". "Roberto Luis Cristina, de Ferro". "¡Presente!". Está también el cartel del documentalista Raymundo Gleyzer, hincha de Argentinos Ju-

niors. "Alejandro Almeida, hincha de Racing". "¡Presente!". "Horacio Ungaro, socio de Estudiantes". "¡Presente!". "Pablo Daniel Musso, Temperley". "¡Presente!". "Antonio Luis Tovo, Rosario Central". "¡Presente!".

Clubes que restituyen a sus hinchas desaparecidos su condición de socios. Que publican el 24 de marzo en sus cuentas oficiales "Memoria, Verdad y Justicia", como dice el cartel con el que salieron a la cancha en Mendoza San Martín y Palmira. "¿Nuestros clubes tendrán el mismo coraje?", se pregunta en Brasil el periodista Zé Trajano. Difícil. El presidente Jair Bolsonaro ordenó conmemorar en los cuarteles el aniversario del golpe del 31 de marzo de 1964 que derrocó a Joao Goulart. Pobre Brasil.

La ESMA, el principal de los 340 centros clandestinos de tortura y detención, que funcionó a solo setecientos metros del Monumental, en plena fiesta del Mundial 78, fue escenario este fin de semana de un hecho excepcional. Hijas y familiares de represores lanzan su libro "Historias desobedientes" en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti. "Cada persona es un nuevo comienzo". Cuenta una de ellas que su padre, represor condenado, quiere desheredarla por "indignidad". Otra habla de la vergüenza de tener un padre que torturó a mujeres embarazadas. "Cuanto más vulnerables, más unidas, más visibles", dice una. "Al dolor -grafica la mujer que está a su lado- lo hice pañuelo". Es el mismo pañuelo que Rosario Central incluyó en sus camisetas ante San Lorenzo. Los mismos pañuelos blancos con los que llegan el domingo a la plaza en sillas de ruedas Abuelas y Madres. Es una de las imágenes más poderosas del acto. "Todo está escondido en la memoria -canta León Gieco-, refugio de la vida y de la historia". "Tal vez sea mi último 24 de marzo en la plaza", dice Rosa Roisinblit, 99 años, y que hace cuatro recibió al plantel de Nueva Chicago en la Costanera. Me cuentan que antes de la reunión, Rosa pidió detalles sobre la marcha del equipo, el primero que visitaba el Parque de la Memoria. Es la memoria colectiva que siempre se rejuvenece. "Los felicito -sorprendió Rosa de entrada a los jugadores- porque ayer ganaron un partido importante. Nosotras tenemos nuestra lucha y les agradez-co por interesarse".

Ezequiel Fernández Moores (La Nación, 26 de marzo de 2019)

PEÑAROL NO OLVIDA

De las decenas de clubes que suman su aporte a la memoria en los últimos años, hay historias que trascienden y otras que se agigantan en su combate contra el silencio de los grandes medios. Movidos por grupos de jóvenes que han comprendido mejor que muchos la importancia del "no me olvides" y que, aunque no lo sepan, practican inconscientemente la garantía de no repetición, diversas instituciones recuerdan, desde abajo, a los deportistas, socios, hinchas que fueron llevados por la mano genocida de la dictadura cívico militar.

Ya no se trata solamente de hacer listas, placas, fotos, murales. Cada uno de los /las militantes que pasaron días de su infancia o adolescencia o madurez en las sedes sociales, las canchas, las instalaciones, vuelven a sus espacios deportivos con la calidez de un recuerdo que siempre conmueve. Ninguna historia será catalogada mejor que la otra. Cada hincha vivirá a su manera la evocación. Pero también sentirán en la nuca el frío soplido del combate a la impunidad, esos oscuros personajes que desde esos mismos clubes aún se atrincheran en la estúpida pose del negacionismo. Todos recordamos al ex árbitro (de porquería) de apellido Giménez, que se negó a los homenajes y el recuerdo cuando se cumplían 20 años del golpe. Además de árbitro era suboficial retirado. Además de ello, era un mal bicho.

En los comienzos de abril de 2019, durante el cierre de las séptimas Jornadas Nacionales de abogadas/os en causas de Lesa Hu-

manidad en Mar del Plata, los organizadores prepararon la cena de despedida en el legendario club Peñarol. Esencialmente templo del básquetbol argentino, Peñarol no extravió la memoria. Uno de sus jugadores de básquet desaparecidos, Julio Genoud, fue preso político en los 70 y luego formó parte del grupo militante que ingresó al país a luchar contra la dictadura en todos los frentes, el político, gremial y los más diversos. Se trataba de la contraofensiva montonera (1979-1980). Julio fue secuestrado y es uno de los 30.000 desaparecidos.

La noche de la cena, trabajadores del club Peñarol leyeron una carta que Julio le había escrito a otro compañero del club durante enero de 1976 cuando estaba preso en el penal de Sierra Chica: "Querido Guillermo. Hoy recibí tu carta que agradezco mucho ya que es la primera que viene del ambiente basquebolístico. Perdoname, se hace difícil escribir o comunicarme cuando hay tantas cosas que nos separan, pero hay cosas que nos unen y sobre ellas debemos pivotear. Vos me contás sobre tu vida, tus expectativas y me hacés llegar tu afecto del que, debo declarar, nunca dudé... Yo siempre te consideré un tipo solitario... Te voy a contar cómo estoy, qué pienso, qué espero. Mis condiciones ambientales no son óptimas, como es lógico pensar, pero creo que la gente no tiene una dimensión exacta sobre qué es esto y por qué es esto. Se dice que estamos en malas condiciones, vejados, golpeados, etc. La realidad es más cruda de cómo la pinta la prensa. Estamos recluidos en celdas individuales de 3 metros de largo por 1,20 de ancho, sucias, húmedas y que sirven de alojamiento a todos los insectos de la enciclopedia. Esto no es del todo grave si no se supiera el régimen que tenemos. Solo vemos gente o charlamos con alguien tres horas por semana, más la media hora de visita. Esto tiende a que los muchachos se destruyan mentalmente y renieguen de sus ideales..."

La carta le describe al amigo no sólo las condiciones de cautiverio, sino la situación de época, pocas semanas antes del golpe: "...tendrían que ver cómo llegan los muchachos al penal después de un mes de estar secuestrados por el ejército, torturados, destrozados, quemados...". Es el esfuerzo enorme de un deportista para contar aquello que gran parte de la sociedad argentina se negaba a ver. El horror de quienes llevaban adelante un plan de exterminio.

"En síntesis – decía Julio Genoud en la cuarta página de la carta-nuestro estado es bueno a pesar de las vicisitudes, porque nuestra causa es justa y estamos orgullosos de pagar este costo por ella..." Julio se despediría con una arenga deportiva: "...Estoy dejando de fumar, sólo consumo 5 cigarrillos diarios, hubo meses en que no fumaba, mi estado físico es bueno. Me olvidaba ¡VIVA RIVER CARAJO!, QUÉ LINDO, ME HUBIERA GUSTADO VERLO (se refiere al título logrado por River después de 18 años de sequía). Tengo una radio con la que pude escuchar los partidos... Un saludo especial a todos los pibes de las inferiores del club. No sé cuándo los veré, pero siempre, pase lo que pase, los recordaré con cariño".

Mientras la carta se leía ante ochenta personas en el restaurante del club, las emociones del alma afloraban de las formas más variadas. A este cronista sólo se le ocurrió pensar en la dignidad del deportista militante. Ese que tanta falta nos hace en estos tiempos de deportistas vacíos de política, pero repletos de marketing y negocios.

Julio Genoud, presente. En la cancha y en la vida. Gracias Peñarol.

Pablo Llonto (Abril de 2019, texto inédito)

UN CRACK EN TODO SENTIDO

Es febrero de 2007. Para Chichí, a sus 81 años, el tiempo no es el tiempo. El tiempo se detuvo una noche, treinta años atrás. Ahora sólo hay días y meses y años, pero no tiempo. Como cada mañana, camina sin

apuro hacia la cocina y pone el agua a calentar en la pava de siempre. Después abre la ventana, que da a la calle Sargento Cabral —en el centro de la ciudad de Tres Arroyos—, y se sienta a esperar mientras mira hacia afuera. Y espera.

11 11 11

Afuera de esa casa, sin embargo, el tiempo sí existe y se llevará a María Rosa Zambotti de Rivada, Chichí, sabiendo lo mismo sobre la desaparición de su hijo Carlos Alberto Rivada y su nuera María Beatriz Loperena que la mañana después de su secuestro, ocurrido en la madrugada del 3 de febrero de 1977: nada.

La Voz del Pueblo, el diario de Tres Arroyos —ciudad triguera del sur de la Provincia de Buenos Aires— dirá el viernes 4 que "El deportista Carlos Rivada y su esposa habrían sido raptados" y que sus hijos Diego —de dos años y medio — y Josefina —de exactamente cinco meses— "habían sido abandonados en la puerta del Hospital Pirovano por personas desconocidas". En su media página inicial y en las que seguirán, y en los recuadros que le dedicarán al caso, mencionarán que era futbolista y basquetbolista del club Huracán de la ciudad, sin omitir su título de ingeniero electricista, emitido por una entidad de estudios superiores de Bahía Blanca a la que no considerarán importante hacer referencia, a pesar de que hacía más de un año que la Universidad Nacional del Sur era protagonista en las sangrientas secciones policiales de los periódicos de la región.

Los días transcurrirán y las líneas cada vez más reducidas del diario, así como los minutos cada vez más escasos de la radio local, serán estériles para explicar quién era Carlos Rivada. No contarán que el Chivo, uno de los más grandes goleadores de Huracán de Tres Arroyos en todas sus épocas —82 goles en 125 partidos oficiales—, portaba además la cinta de capitán. Ni recordarán su brillante actuación en la final del certamen de básquet tresarroyense, apenas un mes atrás.



Antonio Piovoso y Carlos Rivada compartieron equipo en Huracán de Tres Arroyos en 1974.

Tampoco explicarán la seriedad y el profesionalismo con que se tomaba el deporte en tiempos muy distintos a los actuales, a tal punto que con ese instrumento había costeado sus estudios universitarios. Mucho menos revelarán que había invertido su primer sueldo en comprar víveres para la casa de sus padres, que su mamá Chichí lo había mirado con ojos de amor cuando lo vio venir acarreando una bolsa de papas y jamás olvidaría ese mediodía. En ninguna parte señalarán que el orgullo que papá Héctor sentía por él era tan grande que decía sobre su hijo a cualquiera que se le cruzara: "este pibe hace todo bien, hace todo bien". Pasarán inadvertidas las caricias en la cabeza de su hijo Dieguito, el empeño con que bañaba a su pequeña Josefina y las tardes en las playas de Claromecó, correteando con su esposa Bea montada sobre su espalda, zambulléndose juntos en la orilla del mar. La pelota seguirá rodando. Y Carlos Rivada ya no estará en las

crónicas de fútbol ni de básquet. Su nombre simplemente desaparecerá de ahí. Será el más ilustre de los 22 tresarroyenses desaparecidos. La gente se preguntará qué le pasó a ese hombre que tanto daba que hablar por sus proezas deportivas, y nadie en Tres Arroyos podrá responder a esa pregunta, excepto tal vez un hombre.

11 11 11

Rivada era un capitán sin ego. Dicen quienes lo vieron jugar y quienes compartieron el deporte con él que tanto dentro como fuera de la cancha actuaba irrestrictamente al servicio del equipo. Lo veían obrar con humildad, como si no portara la cinta blanca de la capitanía en el brazo izquierdo, como si no contara con un historial de goles superlativo, como si su influencia en la cancha no hubiese despertado el interés de clubes más importantes.

En una entrevista para el documental ¿Dónde está Carlos Rivada?, José Ramón Palacio recuerda a su viejo amigo y compañero en el ataque del exitoso equipo del Globo tresarroyense de los años '70. Lo primero que hace es desafiar a la memoria colectiva. Difusa después de 42 años, ésta ha dejado establecido que Rivada era un wing clásico, de esos que hacían firuletes pegados a la raya de cal y desbordaban para tirar el centro. Eso no fue así. "Tenía la virtud de poder jugar en varias posiciones. Lo hacía como delantero pero también jugaba como número 4 o como número 8", dice. Supo, incluso, jugar en la zaga central.

Carlos Rivada tenía algunas destrezas técnicas y suplía las que le faltaban con su entrega y un despliegue físico remarcable. Había heredado el apodo de Chivo de su padre. En sus genes estaban la vehemencia y un espíritu competitivo que lo llevarían a ser el autor de recordadas arengas para potenciar a los equipos de los que formó parte.

"Los compañeros como él tienen virtudes que son iguales o más importantes que ser un jugador exquisito. Eso él lo tenía y nos lo trasladaba a todos —asegura el Gallego Palacio—. Era buen compañero, muy solidario, buena persona. Todo lo que era afuera, él lo transmitía adentro de la cancha. Todos queríamos tenerlo a él".

11 11 11

Carlos empezó la carrera de Ingeniería Eléctrónica en la Universidad Nacional del Sur (UNS) de Bahía Blanca en marzo de 1968, a los 19 años. Eran los tiempos de la "Revolución Argentina", en pleno gobierno del dictador Juan Carlos Onganía. Venía de ser un muy buen alumno de la Escuela Técnica N° 1 de Tres Arroyos y estaba pronto a descubrir el mundo y desarrollar sus ideas políticas y sociales. Le tocó una época convulsionada, de esas que te obligan a madurar prematuramente.

En 1971, Bea Loperena, novia de Carlos, comenzó a estudiar letras en la misma Universidad. En enero del año siguiente se casaron y se mudaron juntos a una casa de la calle Perú, en la que serán habituales las reuniones de la Juventud Universitaria Peronista, corriente en la que militaban.

El año en que nació su hijo Diego, 1974, Carlos Rivada jugó y convirtió goles en los viejos Torneos Regionales de fútbol para Huracán de Tres Arroyos. Más adelante transpirará la camiseta de básquet y de fútbol del club Liniers de Bahía Blanca.

"Año 1975. La Universidad Nacional del Sur se adelanta al proceso militar", consigna Edgardo Fernández Stacco en su libro Apuntes para la historia de la UNS. "Los pasillos de la universidad —en la que Carlos y Beatriz cursaban sus últimas materias— se convirtieron en un verdadero cementerio", señala el texto que documenta el funcionamiento de patotas funcionales a la Triple A, conducidas intelectualmente por el propio rector Remus Tetu, nombrado interventor ese año. El 3 de abril se encargarán de asesinar al estudiante de ingeniería David Holver Cilleruelo —secretario general de la Federación Uni-

versitaria de Bahía Blanca— de un balazo en la cabeza en los mismísimos pasillos de la facultad, en horario de clases. Watu, de 23 años, será el único asesinado dentro del recinto de cualquier Universidad de nuestro país.

Cuando Carlos termine la carrera de ingeniería, en octubre del '75, el clima será un clima de muerte.

11 11 11

El 25 de marzo de 1976, 24 horas después del golpe de Estado que derrocó al gobierno de María Estela Martínez de Perón, la Armada tomó el control de la Universidad Nacional del Sur. La militancia se convirtió en una actividad clandestina, mientras que para el diario bahiense La Nueva Provincia—el mismo que hablaba de Rivada en su exitosa faceta deportiva en el club Liniers, con un doble ascenso en básquet y otro en fútbol—, la Universidad había quedado "convertida en una usina subversiva".

El comandante del V Cuerpo del Ejército Osvaldo René Azpitarte ordenará una "investigación contra la subversión y el terrorismo" en la UNS. Esa investigación la hará efectiva el propio juez federal Guillermo Federico Madueño.

Los tiempos universitarios han terminado para Carlos, y pronto también para Beatriz. Justo a tiempo, habrán pensado. Volverán a vivir en Tres Arroyos: su hogar será un departamento pegado al negocio familiar, la casa de deportes de los Mellizos Rivada. Carlos seguirá jugando en Huracán al fútbol —divorciándose de las intermitencias que lo llevaban a Liniers— y regresará al equipo de básquet, al tiempo que trabajará como ingeniero electricista para la empresa Trailers de Monterrey, más allá de realizar instalaciones eléctricas particulares y de dar clases en la Escuela Técnica en la que hizo la secundaria.

Beatriz estaba embarazada. El matrimonio Rivada se preparaba para recibir a su hija desconociendo que se aproximaba una película de terror. O, más bien, una serie con diferentes capítulos en el transcurso de seis largos meses. Entre fines de julio de 1976 y fines de diciembre, fueron detenidos ilegalmente María Graciela Izurieta y su compañero Ricardo Garralda, María Cora Pioli, Dora Rita Mercero y su marido Luis Alberto Sotuyo. Las tres eran amigas y compañeras universitarias de Beatriz y todos eran asiduos concurrentes a la casa que habitaban con Carlos y su hijo Diego, en ocasión de reuniones de la Juventud Universitaria Peronista. Todos los recursos de hábeas corpus fueron rechazados por el juez federal Madueño. Todos serán desaparecidos.

Once días después de que naciera Josefina, el 14 de septiembre, los tanques del Ejército sitiaron la ciudad de Tres Arroyos. Realizaron un operativo rastrillo, la Operación Trigo. Al mando estaba el Teniente Coronel Osvaldo Bernardino Páez, representando al V Cuerpo del Ejército. "La subversión se presenta en los más inesperados frentes", le confesó al periodismo local. Requisaron la casa familiar de un famoso deportista: la de Carlos Rivada, en el corazón de la ciudad.

La cifra de detenidos llegó a 32. Todo ocurrió a plena luz del día. Varios de ellos —tortura mediante— tardaron meses en retornar a sus hogares.

- −¿Por qué no se van del país, Carlos? Podés ver la posibilidad con la empresa mexicana...
 - -No tengo por qué irme, papá. Si no hemos hecho nada.

Trailers de Monterrey hubiese sido —posiblemente— una salida hacia el norte del continente para la familia Rivada. El hermano mayor de Carlos, Héctor, también había propuesto juntar dinero para que se fueran.

¿Cuál era el pecado?

Π Π Π

"¿Le podremos pedir una foto del señor Rivada? Somos gente del básquet con llegada al club Olimpo. Hemos leído en el diario que anda muy bien" preguntó Julio César Videla, sentado en el sillón de una oficina en la sede social del club Huracán de Tres Arroyos.

Quien respondió a la consulta en aquella mañana del jueves 20 de enero de 1977 era Alberto Alfonso, dirigente de Huracán. Los invitó a una cena agasajo al plantel de básquet ese sábado en el fogón del club, para celebrar el Torneo Oficial tresarroyense —en la final, en diciembre del '76, Rivada había sido el goleador con 29 puntos—.

Videla era policía de la Comisaría de Tres Arroyos y el otro hombre, del cual nadie recordará el nombre, se presentó como integrante del Servicio de Inteligencia de la Marina. Disfrazados de fotógrafos con la excusa de armar un álbum del equipo campeón, hicieron el mejor acto de inteligencia posible en el fogón del club: tomaron fotos de Carlos, de su mujer Beatriz y de sus hijos.

Lo que conocían mucho mejor que el rendimiento de Carlos Rivada frente a un aro de básquet, era que había alojado en su casa a José Antonio Garza, un amigo suyo y con quien habían hecho juntos toda la secundaria y parte de la carrera de Ingeniería Electrónica. También compartían las ideas políticas. Hacía tiempo que Garza era buscado por los servicios de inteligencia naval, fichado dentro de los cuadros del Movimiento Villero Peronista. Más tarde lo encontrarán y será uno más de los 30.000 desaparecidos.

11 11 11

Iban en dos autos. Cuatro hombres con armas largas en cada uno. Partieron juntos, en hilera, desde Puerto Belgrano hacia la ruta 249 en dirección norte. Al encontrarse con la rotonda, empalmaron con la ruta 3 hacia el este. El plan estaba perfectamente diagramado. En el camino hablaban de cualquier cosa, para distenderse. A la hora y media de viaje, el auto que venía primero giró a la izquierda y salió de la ruta, ingresando por la calle República Argentina al pequeño poblado de El Perdido, también conocido como Estación José Guisasola. El otro le hizo luces y siguió. Se hacía de noche.

Eran casi las nueve de un miércoles algo caluroso, de verano. El Chivo se preparaba para entrar a la cancha. Con mucha gente de vacaciones en Claromecó, Reta y otras playas cercanas, Huracán no esperaba mucha afluencia de público en un amistoso nocturno de pretemporada ante el campeón de la Liga Necochense, Estación Quequén. Beatriz no estaba en la tribuna esa noche, se había quedado cuidando a sus hijos. Diego tenía dos años y medio y Josefina cumpliría cinco meses al día siguiente.

Adriana Archenti se había recibido hacía tres años de antropóloga en la Universidad de La Plata. Era joven y vivía en El Perdido con sus padres. Esa noche estaba en Monte Hermoso. Habían ido a celebrar el cumpleaños de su hermano. Era afín a la Juventud Peronista, pero no conocía a los Rivada ni a los Loperena.

Cuando el auto entró en El Perdido fue a reconocer la casa que tenían marcada. Después los hombres abrieron el baúl, sacaron las herramientas y procedieron a cortar el cable de luz de dos de las manzanas. Para cuando terminaron, el otro auto ya había llegado a Tres Arroyos y daba vueltas por el centro. Ya había pasado dos veces, despacio, por la calle 9 de Julio.

Huracán perdió 3 a 2 y el partido no fue bueno en general. Carlos, quien jugaba a donde fuera en pos del equipo, había actuado como marcador central y no estaba para nada conforme con el rendimiento de los dueños de casa. Se le pasó la bronca un rato después cuando con sus compañeros, tal como hacían después de cada partido, se juntaron a cenar en el fogón del club. Bea había cenado antes y ya había acostado a los chicos.

Pasada la medianoche los Archenti estaban prontos a volver

del festejo en Monte Hermoso. Los dos autos estaban listos para cumplir con la tarea que les habían encomendado. En la Fiat Multicarga de color clarito que se había comprado hacía muy poco, Carlos llevó al arquero de Huracán Bartolo Flores a buscar a su mujer y a su hijo y los acercó hasta la quinta en que vivían. Después se dirigió a su casa. Beatriz lo esperaba despierta, los nenes dormían. Tocaron la puerta. A esa hora, ¿quién es? Coordinación Federal, dijeron.

Adriana y su padre llegaron al Perdido después de dejar a su hermano en el campo. Se dieron cuenta de que no había luz en su manzana. Qué macana, pero de todas formas ya era hora de dormir. Cuando estaban entrando el auto al garaje, un vehículo desconocido estacionó detrás. Cuatro hombres se bajaron, dijeron ser de Coordinación Federal. La esposaron, la encapucharon, la secuestraron.

La casa de los Rivada la dieron vuelta. Dos hombres los esposaron y se los llevaron en un auto en dirección a la ruta 3. Los otros dos subieron a sus hijos en la camioneta Fiat Multicarga que Carlos usaba para trabajar. Diez cuadras, derecho por la calle Istilart. En la puerta del Hospital Pirovano dejaron a Diego y a Josefina.

Tres de la mañana. Los dos autos están de vuelta en la ruta, en dirección sur. Adriana escucha que del operativo forma parte otro auto. No es la única secuestrada esa noche, en un radio de 80 kilómetros. No sabrá quiénes son los demás hasta décadas después. Nunca se verán las caras. Nunca se escucharán las voces. Adriana vivirá para contarlo.

11 11 11

Carlos Rivada hacía goles en un arco. Antonio Piovoso los evitaba en el otro. Ambos defendieron, durante seis partidos —cuatro del Torneo Regional de 1974 y dos amistosos previos—, la camiseta de Huracán de Tres Arroyos. Tristemente, el club es dueño del récord más

oscuro en la historia del fútbol argentino: es el único en el que jugaron dos desaparecidos.

Piovoso, además, fue uno de los dos futbolistas víctimas del terrorismo de Estado que actuó en Primera División (el otro es Ernesto David Rojas en el Nacional de 1970). Atajó tres partidos para Gimnasia La Plata durante el Metropolitano de 1973. Por ese motivo, justamente, la dirigencia de Huracán se fijó en él para reforzar al equipo campeón tresarroyense con la ilusión de clasificarse para el Torneo Nacional.

11 11 11

Héctor Rivada tocó todas las puertas en todos los niveles de mando. Quería saber dónde estaban su hijo Carlos y su nuera Beatriz. Solicitó audiencias e insistió hasta que se produjeran con el general a cargo del V Cuerpo del Ejército, René Osvaldo Azpitarte. También con el jefe de la base naval Puerto Belgrano, capitán de navío Zenón Saúl Bolino. No recibió más que palabras vacías. Envío una carta al presidente de facto Jorge Rafael Videla y no obtuvo respuesta. Que el señor le bendiga y fortalezca, le respondió la Conferencia Episcopal Argentina.

A fines de 1978, a casi dos años de la desaparición y sin ningún dato firme sobre su paradero o qué era lo que les ocurrió, decidió mandarle una carta al almirante Emilio Eduardo Massera, implorando por la verdad, por más cruda que fuera. Escribió Héctor: "Personalmente creo que es peor no saber nada de lo que le ha ocurrido a mi hijo y su esposa que tener la seguridad de que ambos han muerto y que sus restos, positivamente identificados por la autoridad, se encuentran depositados en alguna parte, desde donde pueda traerlos. Todo es preferible a esta angustia tremenda que se prolonga desde hace dos años".

Rivada padre falleció de un paro cardíaco cuatro años después,

a los 63 años. Héctor hijo, hermano de Carlos y con quien tenía una gran afinidad, también murió por una afección del corazón, a los 43 años. Chichí, su mamá, crio a su nieta Josefina en Tres Arroyos. Mientras que la abuela Raquel, madre de Beatriz, se ocupó de Diego en Gonzales Chaves. Siempre esperando que Carlos y Beatriz volvieran. Siempre esperando.

Santiago Menichelli (Abril de 2019, texto inédito)

NÓMINA DE DEPORTISTAS DESAPARECIDOS

Ajedrez (13)

Básquet (5)

AMARAZ, Víctor Eduardo ALFONSÍN, Alicia
BALLARINO, Carlos Alberto COLELLA, Eduardo
BRUZZONE, Gustavo Ramón GALEAZZI, Carlos
CARRICABURU, Tomás GENOUD, Julio

CHEVES DE ALMARAZ, Alicia Susana TOSCANO, Jorge Daniel

MEZA NIELLA, Néstor ODORISIO, Roberto Miguel

PEGNEGUY, Pierre Albert "Pedro" (1) Boxeo (3)

PÉREZ, Carlos Alberto STREJILEVICH, Gerardo TROD, Jorge Luis WALSH, Rodolfo

ZUKERFELD, Luis

DOXED (3)

GARCÍA, Gualberto Floreal (2) JOTAR YRIBAR, Alberto MONTI, Eduardo Pablo (3)

Ciclismo (2)

Andinismo (1)

BECERRA ISSA, Elsa del Carmen

CHUKRI, Ismael ROLDÁN. Tristán Omar

Atletismo (2) Fútbol (19)

LOMÓNACO, Víctor Hugo SÁNCHEZ, Miguel Benancio

BRÚ, Raúl Leonel CIANCIO, Luis

CISNEROS, Ignacio Manuel CUESTA, Ricardo Osvaldo

|| Gustavo Veiga ||

DEL RÍO, Ricardo Gabriel "Gallego"

FAVERO, Daniel

FRÍAS, Pedro "Paisano"

GARBIGLIA, Alberto Armando

LUNA, Juan Carlos

MANFIL, Carlos Laudelino

OLMEDO, Gustavo "Papilo"

PANA, Francisco Víctor

PENINO, Hugo Reynaldo PRESTIPINO. Rodolfo

PIOVOSO, Antonio

REQUENA, Eduardo "El Gallego"

RIVADA, Carlos Alberto

ROJAS, Ernesto David "Ranga"

SANTUCHO, Heldy Rubén "Tucho"

GÓMEZ, Ileana Esther

MORAL, Ana

MOYANO, María del Carmen

PARODI, Silvina

PORTAS. Osvaldo Horacio

SEMBER, Gregorio "Guyo"

SOTO. Delfor

TENEMBAUM, Gisela Lidia

Pelota al cesto (1)

RABINOVICH, Alicia

Rugby (152)

Gimnasia artística (1) ABACHIAN, Juan Carlos

ALMEIDA, Alejandro

TULA, Sergio Fernando (4) ÁLVAREZ, Julio "Choclo"

ARAYA ECHESORTU, Jorge

ARRÁZOLA, Juan Carlos

ATTADEMO, Abigail

AXAT, Rodolfo Jorge BÁEZ, Fernando

BALUT. Pablo

B/ (201) 1 4510

BARBER CAIXAL, Luis

BARRY, Alejandro

BARRY, Enrique

BELIZÁN. Fernando

BERNER, Ernesto

Natación (10)

ACOSTA, Adriana

MORO, Miriam Susana

Hockey (2)

BARBERIS FORNERO, Elena Cristina CROSETTO, Víctor Miguel Valentín

|| DEPORTE, DESAPARECIDOS Y DICTADURA ||

BETTINI, Marcelo "Beto" FIGUEREDO, Raúl
BIÉ, Jorge Víctor FOSSATI, Rubén
BONAMÍN, Luis FRESNEDA, Tomás
BRIGGILER, Reinaldo Ramón GALEAZZI, Roberto
CABASSI, Mario GARBARINO, Antonio

CARRERA TOMATTI, Eduardo GARCÍA MARTEGANI, Alejandro

CARRERA TOMATTI. Ricardo GASPARRI, Daniel GERMANO. Eduardo CARRERA, Marcelo CARUSO, José Victorio GFRSHANIK, Mario CASTRO, Miguel Ángel GIOMBINI, Claudio CELESIA. Federico GIRIBALDI. Mario CIRIO, Marcos GOLDEMBERG, Carlos CONY. Gonzalo GÓMEZ. Conrado CORDERO, Fernando "Negro" GRIGERA, Gustavo CÓRDOBA, Pablo Marcelo HATTEMER. Revnaldo

CORVALÁN, Eduardo HERNÁNDEZ LARGUÍA, Juan Sebastián

DAKUYAKU, Ricardo HUNZIKER, Diego
DE LA CRUZ AGÜERO, Jorge HUNZIKER, Hernán
DE SANCTIS. Raúl IDE. Eduardo

DE VICENZO, Roberto ILLA NICOLETTI, Santiago

DEL RIVERO, Pablo ISHIKAWA, Carlos DELPECH. Luis María JASMINOY, José DEPAOLI, Raúl Alberto KURI AT. Marcelo DESIMONE. Enrique LAFLEUR, Gustavo DONDA. José Maria LAGRUTTA. Eduardo LARROSA, Horacio DUNAYEVICH, Gabriel ELIZAGARAY, Jorge LAVALLE, Hugo "Pinino" ESPECHE. Emilio LOIÁCONO, Cayetano ESPONDA. Carlos LOIS. Ricardo Omar EVEQUOZ, Manuel LUCCIONI. Rodolfo

FERRARONS, Juan Máximo LUQUE, Marcos
FERRAZA, Horacio MALBERTI, Jorge
FERREYRA BELTRÁN, Diego MANTELLO, Osvaldo

|| Gustavo Veiga ||

MARTÍNEZ LAGRAVA, Atilio RAMOS MEJÍA, Eduardo MEGNA, Hugo RAMOS, Juan José

MENDIBURU ELIÇABE, Daniel "Guliver" RAPAPORT, Horacio MERBILHAÁ, Eduardo RATTI, Rodolfo MERCADER, Mario REBOREDO, Alfredo

MICELI, Leonardo RIVELLI, Horacio

MONTEQUÍN, Mariano RIVELLI, Roberto

MOURA. Jorge ROBERTS. Carlos

MOURA, Jorge ROBERTS, Carlos MUNITIS ORIONE, Luis "Luti" ROCCA, Hernán

Murici, Juan RODRÍGUEZ, Guillermo
NAVAJAS JÁUREGUI, Eduardo "Manopla" SACKMANN, Alejandro
NEGRÍN. Manuel SALOMÓN. Julio César

NICOLINI, Ricardo SÁNCHEZ VIAMONTE, Santiago

OYARZÁBAL, José SEGARRA, Rodolfo

PALÁ, Eduardo SIERRA, Enrique "Shortorn"

PANTALEO ÁBALOS, Mario SIMON, Carlos
PAREJO, Guillermo SOLÉ RIVAS, Néstor
PARTIDA, Norberto STANCANELLI, Alejandro

PASCUA, Otilio STARITA, Rubén
PENAYO, Raúl STEIMBERG, Pablo
PERALTA, José Luis STRAPPA, Adolfo

PERCHANTE, Juan Carlos SUÁREZ CABALLERO, Hugo PÉREZ CATÁN, Jorge TAMBURINI, Guillermo

PÉREZ LABRADOR, PalmiroTELLO, MarceloPÉREZ PAVÓN, GuillermoTELLO, PabloPÉREZ RUEDA, CarlosTELLO, Rafael

PIÉROLA, Fernando THOUGNÓN ISLAS, Carlos Alfredo José

POCE, Julio TISSERA, Ricardo Leandro
POCE, Ricardo ULLA, Jorge Alejandro
PUCCI, Eduardo VALETTO, Roberto Miguel
QUAGLINO, Hugo VALLEDOR, Constantino

|| DEPORTE, DESAPARECIDOS Y DICTADURA ||

VARGAS, Juan Ramón Tenis de mesa (1)

VICARIO, Juan Carlos

VIDELA YANZI, Guillermo ROISINBLIT, Patricia Julia

VIDELA YANZI, Jorge

VIGO, Abel

WALKER, Enrique

WHITE, Guillermo Horacio DISALVO, Pedro Alfredo "Bocha"

WILLIAMS, Carlos Guillermo "Willy" MORANDINI, Néstor Luis

ZORRILLA, Claudio MORINI REINOSO, Miguel Angel

ZUCARÍA HIT, Ricardo OGANDO, Gustavo

Waterpolo (1)

Vóley (4)

Tenis (1)

SCHAPIRA, Daniel FERRARIS, Claudio

Tenis criollo (1) Yachting (1)

ROSETTI, Benjamín GILLIE, Deryck

Comprobamos 220 casos. Pueden ser más.

- (1) Nació en Francia
- (2) Nació en Uruguay
- (3) Fue secuestrado y asesinado por la policía durante la dictadura de Alejandro Agustín Lanusse
- (4) Nació en Brasil

ÍNDICE

| Prólogo a la tercera edición | 7 |
|---|-----|
| Prólogo a la primera y segunda edición | 11 |
| A modo de presentación | 13 |
| Capítulo 1: LOS ATLETAS DESAPARECIDOS | 17 |
| La CNU fusila a Ranga Rojas | 17 |
| La Plata, un club diezmado | 22 |
| El primero de una larga lista | 29 |
| En el nombre del padre | 33 |
| Media vida en Pucará | 36 |
| De Miguel a Murakami | 39 |
| Ciancio descansa en Berisso | 41 |
| Una leona hecha presencia cotidiana | 45 |
| Alicia soñaba con Juan | 49 |
| La última partida de Gustavo | 53 |
| Nadar en aguas turbulentas | 56 |
| Dos arqueros desaparecen | 51 |
| Rapsodia bohemia | 65 |
| En Azul hay un día del arquero | 68 |
| Un ciclista de Perón | 72 |
| García, el boxeador tupamaro | 75 |
| Capítulo 2: REPRESORES, SERVICIOS Y DEPORTISTAS | |
| El señor Suárez | 79 |
| Técnico de día, represor de noche | 83 |
| Repudiado y sin película | 88 |
| Al servicio de la dictadura | 91 |
| Dos árbitros en offside | 94 |
| La profesión como escudo vil | 98 |
| Del batallón 601 a All Boys | 102 |

| Capítulo 3: DEL MUNDIAL '78 A MALVINAS | |
|--|-----|
| Cuando el fútbol se lo comió todo | 107 |
| Lacoste, el hombre del Mundia | 111 |
| El archivo del EAM '78 | 115 |
| Astiz y el 6 a 0 a Perú | 117 |
| De estadios y dictadores | 121 |
| Historias de trincheras y pelotas | 122 |
| Capítulo 4: MEMORIAS RECUPERADAS | |
| La tribuna de Marquitos | 127 |
| De terrenos, jugadores y desaparecidos | 132 |
| Volver a Boedo | 134 |
| Huracán en la ex ESMA | 138 |
| Marche preso, Marchetta | 140 |
| El Cenard no se toca | 143 |
| Un espacio que debe visitarse | 145 |
| River recobró la memoria | 148 |
| Míster Montonero | 150 |
| Baldosas de Floresta | 152 |
| Capítulo 5: HISTORIAS COMPARTIDAS | |
| La sangre derramada del goleador | 155 |
| Requena, el profesor futbolista | 158 |
| El tenista al que le cortaron los sueños | 160 |
| El represor que se recicló en la AFA | 162 |
| Durmiendo con el enemigo | 166 |
| El partido de la memoria | 168 |
| Peñarol no olvida | 171 |
| Un crack en todo sentido | 173 |

"Mediante un trabajo periodístico metódico y consecuente, Gustavo Veiga ha ido desentrañando las tramas del ocultamiento que históricamente han rodeado hechos de esta naturaleza. Ejercitando el arte, la pasión y la ciencia del mejor periodismo investigador, el autor nos introduce a la vida que estos deportistas víctimas de la represión han vivido, sus pasiones, sus amores y sus temores. A través de estas páginas, le será posible al lector, si no saber a ciencia cierta, al menos imaginar las vidas que estos deportistas argentinos hubieran podido vivir, de no haber sido tronchadas por la barbarie y el terror. No han podido ser vidas reales a causa de su desaparición. Pero, gracias a la investigación de un periodista, se convierten aquí al menos en vidas posibles e imaginables que, al ser relatadas, superan las sombras del ocultamiento".

Claudio Tamburrini



GUSTAVO VEIGA

Nació en Buenos Aires el 12/11/57. Comenzó en el periodismo en agosto de 1978. Actualmente escribe en Página 12 y Acción.



Trabajó en los diarios Clarín, Crónica, Perfil v La Voz del Interior, entre otros. En las revistas Goles Match, El Gráfico, El Periodista, Noticias y Rumbos. Es docente por concurso en la UBA en Taller 3 y en la UNLP da la materia Comunicación, Deporte v Derechos Humanos. Publicó cuatro libros: Donde manda la patota (barrabravas, poder y política) (1998); Fútbol limpio, negocios turbios (2002); Deporte, Desaparecidos y Dictadura (2006) y La vuelta al fútbol en 50 historias (2018). También participó en Violencia y Medios de Comunicación 3 (ensayo editado en México); La hinchada te saluda jubilosa, con un cuento homenaje a Roberto Fontanarrosa y Osvaldo Bayer, por otras voces. Realizó distintas coberturas en Alemania, Bolivia, Brasil, Cuba, Chile, España, Italia, México, Paraguay, Sudáfrica, Uruguay y Venezuela.

Se desempeñó varios años como columnista, investigador y productor en radio. Dirigió cuatro documentales y fue guionista de una miniserie que ganó un concurso del INCAA en 2011, basada en el libro Deporte, Desaparecidos y Dictadura. Premio Konex 2007 en Prensa deportiva escrita y Jurado del mismo premio en 2010.

Twitter: @gustavojveiga

Página web:

www.gustavojveiga.wordpress.com